

COMENTARIO

# BÍBLICO HISTÓRICO

ILUSTRADO

TOMO

1

## GÉNESIS

ALFRED EDELSHEIM

# COMENTARIO BÍBLICO HISTÓRICO

ILUSTRADO



editorial clie

ALFRED EDERSHEIM

**EDITORIAL CLIE**

**MCE Horeb, E.R. n° 2.910-SE/A**

C/ Ferrocarril, 8

08232 VILADECAVALLS (Barcelona) ESPAÑA

**COMENTARIO BÍBLICO HISTÓRICO**

Traductor del Comentario al Antiguo Testamento: George Peter Grayling

Traductor del Comentario al Nuevo Testamento: Dr. Xavier Vila

Proyecto gráfico e ilustración: Departamento de arte de Editorial Clie - Samuel Garrofé

ISBN: 978-84-8267-462-9

Clasifíquese: 98 HERMENÉUTICA:

Comentarios completos a toda la Biblia

CTC: 01-02-0098-46

Referencia: 224493

## **Prólogo de los editores**

*El éxito y los numerosos comentarios de elogio que hemos recibido de parte de profesores, pastores y estudiantes de todos los países de habla hispana, por la edición española de The Life and Times of Jesus de Messiah (La Vida y los Tiempos de Jesús el Mesías) así como por las demás obras que hasta el momento hemos publicado de Alfred Edersheim, este judío vienés convertido al cristianismo y considerado como el más experto conocedor de las costumbres, prácticas y condiciones del judaísmo de los tiempos bíblicos—, nos animó a proseguir con la traducción al español de su Old Testament Bible History, obra equivalente a The Life and Times of Jesus de Messiah en lo que respecta al A.T. y calificada por muchos eruditos como lo mejor que se ha escrito sobre la historia del pueblo judío, tal y como la encontramos en el Antiguo Testamento, presentándola en una nueva visión de paralelismo con las costumbres y formas de los otros pueblos de la época.*

*Ahora, tenemos el privilegio de presentar ambas obras juntas en un mismo volumen, al que hemos dado el título de COMENTARIO BÍBLICO HISTORICO, puesto que a pesar de que, e en honor a la verdad, es necesario aclarar que no cubre Los Hechos de los Apóstoles, —abarca solamente la historia del Antiguo Testamento y la vida de Cristo descrita en los cuatro evangelios—, entendemos que es el título que mejor describe su contenido y propósito: analizar el contenido histórico del texto bíblico de Génesis a Juan, libro por libro, capítulo tras capítulo, explicando y aclarando a la luz del contexto histórico y de las costumbres del pueblo hebreo en la época en que se escribió, todas aquellas cosas que desgajadas de su contexto cultural resultan enigmáticas o incomprensibles a los lectores del siglo XXI.*

*El COMENTARIO BÍBLICO HISTORICO es, por tanto, una obra única en su género. Acontecimientos bíblicos que a primera vista parecen incomprensibles, adquieren en estas páginas toda su lógica y sentido histórico. Detalles de comportamiento humano que al lector de la Biblia le pasan fácilmente desapercibidos, se revelan aquí de una dimensión y una trascendencia desconocidas. Genealogías sobre las que a veces nos preguntamos la razón de su presencia en las páginas de la Sagrada Escritura, adquieren bajo la pluma de Edersheim un sentido y un valor que no habíamos ni siquiera imaginado.*

*Su lectura, proporciona la agradable sensación de ver cómo, poco a poco, las muchas piezas del rompecabezas bíblico en el Antiguo Testamento van ocupando su lugar exacto y formando, en magistral ensamblaje con las páginas del Nuevo Testamento, un cuadro maravilloso del plan de Dios para con el hombre actuando Soberano del Universo y Señor de la historia.*

*Su consulta, abre al estudioso de la Biblia un horizonte novedoso de datos y aclaraciones históricas, y más importante aún, permite al predicador y maestro aclarar a sus oyentes, con toda riqueza de detalles, particularidades culturales de la época que aportan muchísima luz a las enseñanzas trascendentes del texto expuesto y comentado.*

*En su prefacio a la edición inglesa, Edersheim define su propósito al escribir esta obra monumental, con estas palabras:*

*«Al escribir, tengo en mente a los que enseñan y a los que aprenden... y es mi deseo que lo que escribo resulte ser un libro útil para colocar en manos de hombres jóvenes, no sólo para mostrarles lo que la Biblia enseña, sino para defenderlos de los ataques provocados por la presentación o la interpretación errónea del texto sagrado. Me he esforzado en escribir de un modo tan popular y fácilmente inteligible que resulte también útil para el profesor como para el estudioso, el erudito o el maestro de Escuela Dominical; procurando avanzar gradualmente de lo más sencillo a lo más detallado».*

*La edición española, se presenta enriquecida con cientos de fotografías arqueológicas, todas ellas directamente relacionadas con el texto de la obra, que se transcribe en los pies de las mismas, y que aportan un considerable valor añadido al proporcionar una visión gráfica completa y actualizada de lo expuesto por el autor. Estructurada en tres partes básicas: Antiguo Testamento., Período Intertestamentario, y Nuevo Testamento, cubre todo el texto bíblico de*

*contenido histórico, desde la Creación en Génesis 1:1 hasta la Gran Comisión. Y en este sentido, las cabeceras de página indicando los pasajes comentados, sumadas a los índices textuales, permiten encontrar en pocos segundos la información deseada sobre cualquier parte de la Biblia.*

*Con ello queremos aportar nuestro granito de arena a que el deseo del autor se cumpla de la forma más amplia y efectiva, haciendo que su trabajo y esfuerzo, que tanto ha contribuido y sigue contribuyendo a la formación de líderes cristianos en el mundo anglosajón, sea también accesible a los pueblos hispanos.*

*Los Editores*

## ***Prefacio del autor***

Uno de los aspectos más notables y esperanzadores de nuestro tiempo es el aumento de la importancia que se da a todos los campos del estudio de la Sagrada escritura. Los que creen en la Biblia y la aman, que han experimentado su verdad y poder, no pueden hacer otra cosa que regocijarse por ello. Saben que «la Palabra de Dios vive y permanece para siempre»; que «ni una tilde» de ella «se frustrará»; y que «puede hacer sabio para salvación por medio de la fe que es en Cristo Jesús». Es por esto que no deben temer los resultados de la investigación científica aplicada a «las cosas que entre nosotros han sido certísimas». Porque, cuanto más se estudie la Biblia, más profunda será nuestra convicción de que «el fundamento de Dios está firme».

Es pues el propósito de la serie iniciada con el presente volumen ayudar, en lo que podamos, al lector de la Sagrada escritura y no reemplazar la lectura de la misma. Al escribirlo tengo en mente principalmente a los que enseñan y los que aprenden, ya sea en la escuela o en la familia. Pero mi objetivo es también más amplio. Ha sido mi deseo proporcionar una herramienta útil para leer en familia; lo cual, sin lugar a dudas, servirá también como una exposición popular de la historia sagrada. Y más que esto, espero que resulte ser un libro para colocar en las manos de hombres jóvenes, no sólo para mostrarles lo que la Biblia enseña, sino para defenderlos de los ataques provocados por la presentación o la interpretación erróneas del texto sagrado.

Con esta finalidad tripartita, me he esforzado por escribir en un modo tan popular y fácilmente inteligible como para ser útil para un profesor de escuela dominical, el estudioso avanzado, y la escuela bíblica; avanzando gradualmente, de lo más sencillo a lo más detallado. Al mismo tiempo, he seguido la narración de la escritura en su propio orden, capítulo por capítulo, indicando siempre los fragmentos de la Biblia explicados, de modo que el texto sagrado pueda ser comparado con las exposiciones, ya sea en la lectura familiar o personal. Finalmente, sin mencionar las objeciones por parte de los oponentes, me he esforzado para dar una respuesta a las que ya surgieron, y esto no por afán de controversia, sino para obtener un estudio más completo y correcto del texto sagrado en el original. Con ello, me he valido libremente no solo de los resultados de la mejor crítica alemana e inglesa, sino también de la ayuda de estudios afines tales como geografía y antigüedades bíblicas, monumentos egipcios y asirios, etc.

Pero cuando todo ha sido ya llevado a cabo, crece un sentimiento todavía más fuerte de que existe una comprensión más elevada de la Biblia, sin la cual todo lo demás es en vano. No se trata meramente de conocer el significado de las narraciones de la escritura, sino darse cuenta de su aplicación espiritual; sentir su importancia eterna; experimentarlas en nosotros mismos; éste es el único estudio provechoso de la Biblia, y todo lo demás es simplemente preparación exterior. Allí donde el resultado sea «doctrina, reprobación, corrección, e instrucción en justicia», el Profesor será aquél, por medio de la «inspiración del cual es dada toda escritura». «Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoce las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios». Pero el

fin de todo es Cristo, no sólo «el fin de la ley para justicia a todo aquel que cree», sino también aquél en quien «todas las promesas de Dios son Sí y Amén».

Alfred Edersheim

## ***Tabla de abreviaturas usadas en las referencias a los escritos rabínicos empleados en esta obra***

La Mishnah se usa siempre citándola según el tratado, capítulo (Pereq) y párrafo (Mishnah), el capítulo marcado en números romanos, y el párrafo en números corrientes o arábigos. Así, Ber. ii. 4 significa el Tratado Mishnico Berakhoth, capítulo segundo, párrafo cuarto.

El Talmud de Jerusalén se distingue por la abreviación Jer. delante del nombre del Tratado. Así, Jer. Ber. es la Jer. Gemara, o Talmud, del Tratado Berakhoth. La edición de la cual se hacen las citas es la usada comúnmente, Krotoschin, 1866, 1 vol. fol. Las citas se hacen o bien por capítulos y párrafos (Jer. Ber. ii. 4), o, en estos volúmenes, principalmente por la página y la columna. Hay que notar que en los escritos rabínicos cada página es realmente doble, distinguiéndose, respectivamente, como *a* y *b*; siendo *a* la de la izquierda del lector, y *b* su anverso, o sea, cuando se da vuelta a la página, la que queda a la mano derecha del lector. Pero en la Gemara de Jerusalén (y en el Yalkut [ver más abajo], como en todas las obras en que se mencionan la página y la columna [col.]), la cita, con frecuencia —en estos volúmenes casi siempre—, se hace por página y columna (habiendo dos columnas en cada lado de una página). Así, mientras Jer. Ber. ii. 4 sería el capítulo II. par. 4, la cita correspondiente por página y columna en este caso sería Jer. Ber. 4 *d*; notando que es la cuarta columna en *b* (del otro lado) de la página 4.

El Babyl. Talmud (Talmud de Babilonia) es en todas sus ediciones numerado de modo igual, así que la cita hecha se aplica a todas las ediciones. Tiene doble página, y se cita con el nombre del Tratado, el número de la página, y *a* o bien *b* según el referido sea uno u otro lado de la página. Las citas se distinguen de las de la Mishnah por el hecho de que en la Mishnah se emplean números romanos y corrientes (para marcar capítulos y párrafos), mientras que en el Talmud de Babilonia el nombre del Tratado va seguido por un número ordinario, indicando la página, junto con una *a* o bien *b*, para marcar el lado de la página a que se refiere. Así, Ber. 4 *a* significa: Tratado Berachoth, p. 4, primer lado, o sea lado izquierdo de la página.

He usado la edición de Viena, pero esto, como ya he explicado, no tiene importancia. Para facilitar la comprobación de los pasajes aludidos he citado en muchos casos también las líneas, o bien desde arriba o desde la base.

La abreviación Tos. (*Tosephta*, additamentum) antes del nombre de un Tratado se refiere a las adiciones hechas a la Mishnah después de su redacción. Esta redacción data del tercer siglo de nuestra era. El Tos. se extiende sólo a 52 de los tratados de la Mishnah. Están insertados en el Talmud al fin de cada Tratado, y están impresos en páginas dobles en cuatro columnas (col. *a* y *b* en p. *a*; col. *c* y *d* en p. *b*). Son citados generalmente por Pereq y Mishnah; así, Tos. Gitti. 1, o (más raramente) por página y columna, Tos. Gitt. p. 150 *a*. La ed. Zuckermann, cuando es citada, se indica de modo especial.

Además, el Tratado Aboth del rabino Nathan (Ab. del R. Nath.) y los Tratados más pequeños Sopherim (Sopher.), Semachoth (Semach.), Kallah (Kall. O Chall.), Derekh Erets (Der. Er.), Derekh Erets Zuta (comúnmente Der. Er. S.) y Pereq Shalom (Per. Shal.) son insertados al fin del vol. ix. del Talmud. Están impresos en cuatro columnas (en doble página) y citados por Pereq y Mishnah.

Los llamados *Septem Libri Talmudici parvi Hierosolymitani* son publicados por separado (ed. Raphael Kirchheim, Frcf. 1851). Son los *Massecheth Sepher Torah* (Mass. Seph. Tor.), *Mass. Mezuzah* (Mass. Mesus.), *Mass. Tephillin* (Mass. Tephil.), *Mass. Tsitsith* (Mass. Ziz.), *Mass. Abhadim* (Mass. Abad.), *Mass. Kuthim* (Mass. Cuth.), y *Mass. Gerim* (Mass. Ger.). Están impresos y citados según páginas dobles (*a* y *b*).

A éstos han de ser añadidos los llamados *Chesronoth haShas*, una colección de pasajes expurgados en las ediciones ordinarias de los diversos Tratados del Talmud. Aquí hemos de terminar, lo que de otro modo asumiría proporciones indebidas, con una lista alfabética de las abreviaciones, aunque solo de los libros principales a que nos hemos referido.

|                                       |                                                                                                                                                                     |
|---------------------------------------|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <i>Ab. Zar.</i>                       | El Tratado Talmúdico <i>Abhodah Zarah</i> , sobre la idolatría.                                                                                                     |
| <i>Ab.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Pirqey Abhoth</i> , dichos de los padres.                                                                                                   |
| <i>Ab. de R. Nath.</i>                | El Tratado <i>Abhoth</i> del rabino Nathan, al fin del vol. ix, en el Bab. Talm.                                                                                    |
| <i>Arakh.</i>                         | El Tratado Talmúdico <i>Arakhin</i> , sobre la redención de personas o cosas consagradas al Santuario.                                                              |
| <i>Bab. K.</i><br>sobre la Ley Común. | El Tratado Talmúdico <i>Babha Qamma</i> («La primera puerta»), el primero de los grandes Tratados                                                                   |
| <i>Bab. Mets. [o Mez.]</i>            | El Tratado Talmúdico <i>Babha Metsia</i> («Puerta media»), el segundo.                                                                                              |
| <i>Bab. B.</i><br>sobre la Ley Común. | El Tratado Talmúdico <i>Babha Bathra</i> («Última puerta»), el tercero de los grandes Tratados sobre la                                                             |
| <i>Bechor.</i>                        | El Tratado Talmúdico <i>Bekhoroth</i> , sobre la consagración al Santuario de los primogénitos.                                                                     |
| <i>Bemid R.</i>                       | La Midrash o comentario <i>Bemidbar Rabba</i> , sobre Números.                                                                                                      |
| <i>Ber.</i>                           | El Tratado Talmúdico <i>Berakhoth</i> , sobre oraciones y bendiciones.                                                                                              |
| <i>Ber. R.</i>                        | La Midrash o comentario <i>Bereshith Rabba</i> , sobre el Génesis.                                                                                                  |
| <i>Bets. [o Bez.]</i>                 | El Tratado Talmúdico <i>Betsah</i> , leyes sobre un huevo escondido en sábado y días de ayuno, y otros puntos relacionados con la santificación en estos días.      |
| <i>Biccur.</i>                        | El Tratado Talmúdico <i>Bikkurim</i> , sobre primicias.                                                                                                             |
| <i>Chag.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Chagigah</i> , sobre ofrendas festivas en las tres grandes Fiestas.                                                                         |
| <i>Chall.</i>                         | El Tratado Talmúdico <i>Challah</i> , sobre la primera masa (Números 15:17).                                                                                        |
| <i>Chull.</i>                         | El Tratado Talmúdico <i>Chullin</i> , la rúbrica sobre el modo de matar carne y temas afines.                                                                       |
| <i>Debar R.</i>                       | La Midrash <i>Debharim Rabba</i> , sobre Deuteronomio.                                                                                                              |
| <i>Dem.</i>                           | El Tratado Talmúdico <i>Demai</i> , referente a frutos sobre cuyo diezmo no hay certeza.                                                                            |
| <i>Ech. R.</i>                        | La Midrash <i>Ekhah Rabbathi</i> , sobre lamentaciones (citado también como Mid. sobre Lament.).                                                                    |
| <i>Eduy.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Eduyoth</i> (Testimonios) sobre determinaciones legales promulgadas o con firmadas en ciertas ocasiones, decisivo en la historia de Israel. |
| <i>Erub.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Erubhin</i> , sobre la conjunción de límites del sábado (v. Apéndice XVII).                                                                 |

|                                         |                                                                                                                            |
|-----------------------------------------|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <i>Midr. Esth.</i>                      | La Midrash sobre Ester.                                                                                                    |
| <i>Gitt.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Gittin</i> , sobre el divorcio.                                                                    |
| <i>Horay.</i>                           | El Tratado Talmúdico <i>Horayoth</i> (Decisiones). sobre ciertas transgresiones no intencionales.                          |
| <i>Jad. [o Yod.]</i>                    | El Tratado Talmúdico <i>Yadayim</i> , sobre el lavamiento de manos.                                                        |
| <i>Jebam. [o Yebam.]</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Yebhamoth</i> , sobre el levirato.                                                                 |
| <i>Jom. [general. Yom]</i>              | El Tratado Talmúdico <i>Yoma</i> , sobre el Día de la Expiación.                                                           |
| <i>Kel.</i>                             | El Tratado Talmúdico <i>Kelim</i> , sobre la purificación de muebles y vasos.                                              |
| <i>Kerith.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Kerithuth</i> , sobre el castigo por medio del «cortar».                                           |
| <i>Kethub.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Kethubhoth</i> , sobre contratos matrimoniales.                                                    |
| <i>Kidd.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Qiddushin</i> , sobre desposorios.                                                                 |
| <i>Kil.</i>                             | El Tratado Talmúdico <i>Kilayim</i> , sobre uniones ilegítimas (Levítico 19:19; Deuteronomio 22:9–11).                     |
| <i>Kinn.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Qinnim</i> , sobre la ofrenda de tórtolas (Levítico 5:1–10; 12:8).                                 |
| <i>Midr. Kohel.</i>                     | La Midrash sobre <i>Qoheleth</i> o Eclesiastés.                                                                            |
| <i>Maas.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Maaseroth</i> , sobre diezmos levíticos.                                                           |
| <i>Maas Sh.</i>                         | El Tratado Talmúdico <i>Maaser Sheni</i> , sobre segundos diezmos (Deuteronomio 14:22 y ss.).                              |
| <i>Machsh.</i><br>(Levítico 11:34, 38). | El Tratado Talmúdico <i>Makhshirin</i> , sobre líquidos que pueden contaminar o dejar inmundo                              |
| <i>Makk. [o Macc]</i>                   | El Tratado Talmúdico <i>Makkoth</i> , o castigo por azotes.                                                                |
| <i>Mechil.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Mekhilta</i> , un comentario sobre parte de Éxodo, que data de la primera mitad del segundo siglo. |
| <i>Megill.</i><br>de Ester              | El Tratado Talmúdico <i>Megillah</i> , referente a la lectura del («rollo»). Libro de Ester y sobre la fiesta de Ester     |
| <i>Meil.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Meilah</i> , sobre la contaminación de cosas consagradas.                                          |
| <i>Menach.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Menachoth</i> , sobre alimentos consagrados.                                                       |
| <i>Midd.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Middoth</i> , sobre medidas y ordenación del Templo.                                               |
| <i>Mikv.</i>                            | El Tratado Talmúdico <i>Miqvaoth</i> , sobre abluciones e inmersiones.                                                     |
| <i>Moed K.</i>                          | El Tratado Talmúdico <i>Moed Qatan</i> , o medias fiestas.                                                                 |
| <i>Naz.</i>                             | El Tratado Talmúdico <i>Nazir</i> , sobre el nazareato.                                                                    |
| <i>Ned.</i>                             | El Tratado Talmúdico <i>Nedarim</i> , sobre los votos.                                                                     |

|                            |                                                                                                                                                                                                                                               |
|----------------------------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <i>Neg.</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Negaim</i> , sobre la lepra.                                                                                                                                                                                          |
| <i>Nidd.</i>               | El Tratado Talmúdico <i>Niddah</i> , sobre impurezas levíticas femeninas (menstruo).                                                                                                                                                          |
| <i>Ohol.</i>               | El Tratado Talmúdico <i>Oholoth</i> , sobre contaminación de tiendas y casas, especialmente por defunciones o muertos.                                                                                                                        |
| <i>Orl.</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Orlah</i> , sobre ordenanzas relacionadas con Levítico 19:23.                                                                                                                                                         |
| <i>Par.</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Parah</i> , sobre el becerro rojo y purificación con sus cenizas.                                                                                                                                                     |
| <i>Peah.</i>               | El Tratado Talmúdico <i>Peah</i> , sobre el resto que hay que dejar para los pobres al segar.                                                                                                                                                 |
| <i>Pes.</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Pesachim</i> , sobre la Fiesta Pascual.                                                                                                                                                                               |
| <i>Pesiqta.</i>            | El libro <i>Pesiqta</i> , una serie interesantísima de meditaciones o breves discusiones y pláticas sobre porciones del Leccionario para los sábados y días festivos principales.                                                             |
| <i>Pirqué de R. Eliez.</i> | El <i>Pirqué Haggadico del rabino Eliezer</i> , en 54 capítulos, un Tratado discursivo sobre la historia de Israel, desde la creación a Moisés, con inserción de 3 cap. (xlix–li) sobre la historia de Amán y la liberación mesiánica futura. |
| <i>Rosh haSh.</i>          | El Tratado Talmúdico <i>Rosh haShanah</i> , sobre la Fiesta de Año Nuevo.                                                                                                                                                                     |
| <i>Sab.</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Zabhim</i> , sobre cierras contaminaciones levíticas.                                                                                                                                                                 |
| <i>Sanh.</i>               | El Tratado Talmúdico <i>Sanhedrin</i> , sobre el Sanedrín y jurisprudencia criminal.                                                                                                                                                          |
| <i>Sebach.</i>             | El Tratado Talmúdico <i>Zebhachim</i> , sobre sacrificios.                                                                                                                                                                                    |
| <i>Shabb.</i>              | El Tratado Talmúdico <i>Shabbath</i> , sobre observancias del sábado.                                                                                                                                                                         |
| <i>Shebh.</i>              | El Tratado Talmúdico <i>Sebhiith</i> , sobre el año sabático.                                                                                                                                                                                 |
| <i>Shebhu.</i>             | El Tratado Talmúdico <i>Shebhuoth</i> , sobre juramentos, etc.                                                                                                                                                                                |
| <i>Sheqal.</i>             | El Tratado Talmúdico <i>Sheqalim</i> , sobre tributos del templo y otros.                                                                                                                                                                     |
| <i>Shem R.</i>             | La Midrash <i>Shemoth Rabba</i> , sobre Éxodo.                                                                                                                                                                                                |
| <i>Shir. haSh R.</i>       | La Midrash <i>Shir haShirim Rabb.</i> , sobre los Cantares de Salomón.                                                                                                                                                                        |
| <i>Siphra.</i>             | El antiguo Comentario sobre Levítico, que data del segundo siglo.                                                                                                                                                                             |
| <i>Siphre.</i>             | El comentario aún más antiguo sobre Números y Deuteronomio.                                                                                                                                                                                   |
| <i>Sot.</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Sotah</i> , sobre la mujer acusada de adulterio.                                                                                                                                                                      |
| <i>Sukk.</i>               | El Tratado Talmúdico <i>Sukkah</i> , sobre la Fiesta de los Tabernáculos.                                                                                                                                                                     |
| <i>Taan.</i>               | El Tratado Talmúdico <i>Taanith</i> , sobre ayuno y días de ayuno.                                                                                                                                                                            |
| <i>Tam.</i>                | El Tratado Talmúdico <i>Tamid</i> , sobre el servicio y sacrificios diarios en el Templo.                                                                                                                                                     |

|                   |                                                                                                                                                                                      |
|-------------------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <i>Teb. Yom.</i>  | El Tratado Talmúdico <i>Tebhul Yom</i> («bañado del día»), sobre impurezas cuando hay inmersión al atardecer del mismo día.                                                          |
| <i>Tem.</i>       | El Tratado Talmúdico <i>Temurah</i> , sobre sustitución de cosas consagradas (Levítico 27:10).                                                                                       |
| <i>Ter.</i>       | El Tratado Talmúdico <i>Terumoth</i> , sobre los tributos sacerdotales en frutos.                                                                                                    |
| <i>Tohar.</i>     | El Tratado Talmúdico <i>Toharoth</i> , sobre contaminaciones menores.                                                                                                                |
| <i>Tanch.</i>     | El Comentario Midráshico <i>Tanchuma</i> (o <i>Yelandenu</i> ), sobre el Pentateuco                                                                                                  |
| <i>Ukz.</i>       | El Tratado talmúdico <i>Uqtsin</i> , sobre contaminaciones de frutos por envolturas, tallos, etcétera.                                                                               |
| <i>Vayyik. R.</i> | La Midrash <i>Vayyikra Rabba</i> , sobre Levítico.                                                                                                                                   |
| <i>Yalk.</i>      | El gran « <i>collectaneum</i> »: <i>Yalkut Shimeoi</i> , que es una « <i>catena</i> » sobre todo el Antiguo Testamento, que contiene también citas de libros perdidos para nosotros. |

Ya puede entenderse que solo hemos dado indicaciones brevísimas, y por tanto imperfectas, sobre el contenido de los diversos Tratados Talmúdicos. Además de dar las Leyes relacionadas con cada uno de los temas sobre los que tratan, hay comentarios sobre toda clase de tópicos afines; es más, la discusión con frecuencia pasa a otros temas diferentes de los principales del tratado.

# *Antiguo Testamento*

## *Libro 1*

### *La Creación, el Diluvio y los Patriarcas*

#### **INTRODUCCIÓN** *al Libro 1*

Que el «Dios de Abraham, Isaac, y Jacob» también es el «Dios y Padre de nuestro Señor y Salvador Jesucristo», y que «los que son de la fe, éstos son hijos de Abraham», son unas de las más preciosas verdades de la revelación. No sólo nos muestran la fidelidad de nuestro Dios, y la grandeza de nuestros privilegios, sino también la maravillosa sabiduría del plan de salvación, y su coherencia en todo momento. Porque debemos observar la Biblia no sólo en sus libros individualmente, sino también en las relaciones entre ellos, y en la unidad de su totalidad. No se puede cortar el Antiguo Testamento del Nuevo, y considerar a cada uno de ellos independientemente del otro. Tampoco se puede separar ninguna parte del Antiguo Testamento del resto. El significado y la belleza completa de cada parte sólo aparece en la armonía y la unidad de todo el texto. Así, todos ellos forman eslabones de una cadena sin ruptura, comenzando desde el principio hasta el tiempo en que el Señor Jesucristo venga, para quien había preparado toda la historia anterior, a quien señalaban todas las

figuras, y en quien todas las promesas son «Sí y Amén». Fue entonces cuando lo que Dios había dicho a Abraham, más de dos mil años antes, se cumplió en bendita realidad, porque «la escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: en ti serán benditas todas las naciones. De modo que los que viven por la fe son bendecidos con el creyente Abraham». El hecho que este único y grande propósito se mantuviera firmemente en vista, y fuera llevado adelante a través de todas las vicisitudes de la historia: cambios de tiempo, y fases de civilización, y todo ello sin precisar alteración alguna, simplemente un desarrollo mayor y finalmente ser completado, claramente nos da la más fuerte confirmación de nuestra fe. También es un consuelo precioso para nuestros corazones porque vemos cómo el propósito de misericordia de Dios siempre ha sido el mismo; y, mientras andamos por el mismo camino de peregrinación que pisaron «los padres», y a lo largo del cual Dios guió con seguridad el Pacto, nos regocijamos al saber que ni la oposición del hombre y ni siquiera la infidelidad de parte de su pueblo profesante pueden anular el consejo de gracia de Dios: «Nos amó desde el principio del tiempo, nos ama hasta el final». Y esto es lo que aprendemos de la unidad de la escritura. Pero aún podemos encontrar otra verdad también importante. No sólo se da una simple armonía entre las diversas partes de la escritura, sino también una estrecha relación. Cada libro da una explicación de otro, asumiendo su enseñanza y llevándola adelante. De este modo, la unidad de la escritura no se puede comparar con la de un edificio majestuoso, por muy ingenioso que sea su plan o enormes sus proporciones; sino más bien, usando un ejemplo bíblico, es como la luz, que brilla más y más hasta el día perfecto. Nosotros notamos por el crecimiento en su progreso, como los hombres eran capaces de llevar mensajes más completos, y estaban preparados para recibirlos. La ley, las figuras, la historia, las profecías, y las promesas del Antiguo Testamento todas se despliegan progresivamente y desarrollan la misma verdad, hasta que aparece finalmente en su plenitud del Nuevo Testamento. A pesar de que todas dan testimonio de la misma cosa, ninguna puede ser ignorada justamente, y ni siquiera podemos entender acertadamente una parte sin observarla en su aportación y conexión con las otras. Y así cuando finalmente llegamos al término de la escritura, vemos cómo la narración de la creación y el primer llamamiento de los hijos de Dios, que había sido registrado en el libro de Génesis, encuentra su contraparte (su cumplimiento) en el libro de Apocalipsis, el cual cuenta las glorias de la segunda creación, y el perfeccionamiento de la Iglesia de Dios. San Agustín, uno de los antiguos maestros de la Iglesia escribe: «Novum Testamentum in vetere latet, vetus in novo patet».<sup>1</sup>

El hecho que en una obra redactada en tantos libros, escritos bajo circunstancias tan diferentes, por medio de escritores tan distintos, y durante períodos tan separados, haya «algunas cosas difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen» no nos puede sorprender; especialmente cuando recordamos que el propósito de Dios era enviar la luz más resplandeciente a medida que los hombres eran capaces de llevarla. Además, tenemos que esperar que con nuestra capacidad y conocimiento limitados no podremos entender totalmente los caminos de Dios. Pero, no obstante, podemos afirmar esto: sin duda alguna, que cuanto más profundo, tranquilo, y cuidadoso sea nuestro estudio, tanto más amplia será la evidencia que salga a la luz para confirmar nuestra fe contra todos los ataques del enemigo. A pesar de ello, el objetivo real de nuestra lectura no es el conocimiento, sino la experiencia de la gracia. Porque, cuando se comprende adecuadamente, la Escritura está llena de Cristo, y todo señala a Cristo como nuestro único Salvador. No solamente la ley, que es nuestro hayo que nos lleva a Cristo, ni las figuras, que son sombras de Cristo, ni siquiera las profecías, que son predicciones de Cristo; sino también toda la historia del Antiguo Testamento está llena de Cristo. Incluso cuando las personas no son figura, lo son los acontecimientos. Si alguien no viera en Isaac o en José una figura personal de Cristo, no podría negar que el sacrificio de Isaac, o la venta de José y su aprovisionamiento para el sustento de sus hermanos, son acontecimientos simbólicos de la historia de nuestro Señor. Y hasta tal punto señala cada acontecimiento a Cristo que Él es tanto el principio, como el centro y el fin de toda la historia («el mismo ayer, hoy y por los siglos»). De esto se desprende un hecho: únicamente la lectura o estudio de las escrituras que nos enseñe a conocer a Cristo (y a éste como «el camino, la verdad y la vida» para nosotros) será suficiente o de provecho. Y para este propósito deberíamos pedir constantemente la ayuda y enseñanza del Espíritu Santo.

Este es el momento adecuado para exponer unas pocas aclaraciones útiles para el estudio de la historia patriarcal. Generalmente el Antiguo Testamento puede ser dividido como «La Ley y los Profetas».<sup>2</sup> Posiblemente era respecto a esta división que la Ley consistía en los cinco libros de Moisés; ya que diez era el

<sup>1</sup> «El Nuevo Testamento permanece escondido en el Antiguo, el Antiguo se manifiesta en el Nuevo».

número simbólico de la plenitud, y la Ley con sus mandamientos era completa a mitad sin «los Profetas» y las promesas. Pero seguramente la división quintuplo de la Ley tiene su correspondencia en la disposición en cinco libros de los Salmos, cada uno de los cuales termina con una bendición, de este modo: Libro I: Salmos 1–41; Libro II: Salmos 42–72; Libro III: Salmos 73–89; Libro IV: Salmos 90–106; Libro V: Salmos 107–150; siendo el último Salmo una gran bendición final.

La Ley o los Cinco Libros de Moisés se llaman comúnmente el Pentateuco, proveniente de una palabra griega: el Libro «quintuplo» o «de cinco partes». Cada uno de estos cinco libros lleva un título dado por los traductores griegos del Antiguo Testamento (los conocidos como LXX.) de acuerdo con el contenido: Génesis (origen, creación), Éxodo (salida de Egipto), Levítico, Números y Deuteronomio (Segunda Ley, o la Ley por segunda vez). Los judíos designan a cada libro con la primera palabra o la más notable del inicio.

El libro de Génesis consiste en dos grandes partes, cada una a su vez dividida en cinco secciones. Cada sección viene encabezada por «generaciones» u «organizaciones», en hebreo «Toledoth», como sigue:

## PARTE I

### **La historia del mundo hasta la disposición y el asentamiento final de las diversas naciones**

Introducción General: Cap. 1–2:3.

Sección 1. Generación de los Cielos y la Tierra, 2:4–4.

« 2. Libro de las Generaciones de Adán, 5–6:8.

« 3. Las Generaciones de Noé, 6:9–9.

« 4. Las Generaciones de los hijos de Noé, 10–11:9.

« 5. Las Generaciones de Sem, 11:10–26.

## PARTE II

### **Historia patriarcal**

Sección 1. Las Generaciones de Taré (el padre de Abraham), 11:27–25:11.

« 2. Las Generaciones de Ismael, 25:12–18.

« 3. Las Generaciones de Isaac, 25:19–35.

« 4. Las Generaciones de Esaú, 36.

« 5. Las Generaciones de Jacob, 37.

Estas dos partes juntas componen diez secciones (el número de la plenitud), y cada sección varía en extensión según la importancia de su contenido, por lo que aportan a la historia del reino de Dios. Porque, estas dos partes, o mejor dicho, los períodos que describen, tienen este contenido. En la primera se nos muestra sucesivamente la posición y la relación originales del hombre con Dios; después su caída, y la consiguiente necesidad de la redención; y a continuación, la provisión de la misericordia de Dios en gracia. La aceptación o el rechazo de esta provisión implica la división de toda la humanidad en dos clases (los hijos de Set y los hijos de Caín). De nuevo, el juicio del diluvio sobre los impíos, y la conservación de su propio pueblo, son figura para todos los tiempos; mientras que las genealogías y divisiones de las diversas naciones, y la separación de Sem, implican la selección de una nación, de la que debía surgir la salvación para toda la humanidad. En esta primera parte el interés de la historia se centra más en los acontecimientos que en las personas. En la segunda parte sucede lo contrario, donde la historia del Pacto y del Pueblo del Pacto empieza con el llamamiento de Abraham, continúa con Isaac, Jacob, y sus descendientes. Aquí el interés reside en las personas más bien que en los acontecimientos, y se nos muestran sucesivamente las ricas promesas de Dios en su desarrollo, y los tratos de

---

<sup>22</sup> Mateo 11:13, 22:40; Hechos 13:15, etc. La división corriente judía es de Ley (los cinco libros de Moisés); los Profetas (los primeros: Josué, Jueces, 1 y 2 Samuel, 1 y 2 Reyes; y posteriores: Isaías, Jeremías, Ezequiel, y los Doce Profetas Menores); y «Los Escritos», o escritos sagrados, hagiographa (que incluyen Salmos, Proverbios, y Job); los «cinco rollos», leídos en festividades especiales en la sinagoga: el Cantar de los Cantares, Rut, Lamentaciones, Eclesiastés, y Ester; Daniel, Esdras, Nehemías, y 1 y 2 Crónicas (en hebreo «Palabras, o Hechos, de los días», diarios). Comp. Lucas 24:44.

gracia de Dios en su contribución a la formación de los patriarcas. El libro de Génesis, y con el mismo el primer período de la historia del Pacto, termina cuando la familia se ha expandido en nación. Finalmente, con respecto a la disposición especial de las «generaciones» descrita por todo el libro de Génesis, se observará, por así decirlo, que las ramas secundarias siempre son cortadas antes de continuar con la rama principal. Así, la historia de Caín y su raza precede a la de Set y la suya; la genealogía de Jafet y la de Cam, a la de Sem; y la historia de Ismael y Esaú, a la de Isaac y Jacob. Porque el principio de elección y selección, de separación y de gracia, está subyacente desde el principio en toda la historia del Pacto. Aparece en el llamamiento de Abraham, y continúa a través de la historia de los patriarcas; y a pesar de que la familia santa crece y se convierte en una nación, la promesa se limita primeramente a la casa de David, y finalmente a una sola persona; el Hijo de David, el Señor Jesucristo, el único Profeta, el único Sacerdote, el único Rey, en quien el reino del cielo será abierto a todos los creyentes, y de Él fluyen las bendiciones de salvación sobre todos los hombres.

# 1

## *El mundo antes del diluvio*

### *Capítulo 1*

*(Génesis 1–3)*

«Es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe, y que es galardonador de los que le buscan.» Por esto la Sagrada Escritura, que contiene el registro revelado de los tratos y propósitos de Dios con el hombre, empieza con un relato de la creación. «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y divinidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas.»

Cuatro grandes verdades, que inciden en toda la revelación, nos llegan del más temprano relato de la Escritura, como los cuatro ríos que brotaban en el jardín de Edén. La primera verdad es la Creación de todas las cosas por el poder de la palabra de Dios; la segunda, la descendencia de todos los hombres de nuestros padres comunes, Adán y Eva; la tercera, nuestra relación con Adán como cabeza de la raza humana, por medio de quien toda la humanidad fue implicada en su pecado y caída; y la cuarta, que un descendiente de Adán, pero sin su pecado, debería, por medio del sufrimiento, librarnos de las consecuencias de la caída, y como segundo Adán sería el autor de salvación eterna para todos los que confían en él. A estas cuatro verdades vitales podemos añadir una quinta: la institución de un día cada siete para ser día de reposo santo para Dios.

Es prácticamente imposible imaginar un mayor contraste que entre los relatos paganos del origen de todas las cosas y la narrativa bíblica. Los primeros están tan colmados de absurdos evidentes que sólo pueden ser tenidos como fábulas; mientras que la última es tan sencilla, y no obstante tan llena de majestad, como casi para forzarnos a «adorar e inclinarnos», y a «arrodillarnos ante el Señor nuestro hacedor». Y puesto que éste era precisamente el objetivo, y no la instrucción científica, y mucho menos la satisfacción de nuestra curiosidad, debemos esperar encontrar en el primer capítulo de Génesis solamente los rasgos principales de lo acontecido, y no detalles relacionados con la Creación. En estos detalles hay mucho lugar para la información que la ciencia pueda proporcionar, una vez seleccionado y cribado todo lo que se pueda aprender por el estudio de la tierra y la naturaleza. Este momento, no obstante, todavía no ha llegado y, por lo tanto, deberíamos estar en guardia contra las afirmaciones atrevidas y sin garantías que algunas veces han sido defendidas en estos temas. La escritura pone ante nosotros la creación sucesiva de todas las cosas, por así decirlo, en una escala ascendente, hasta que

llegamos a la del hombre, la cabeza de las obras de Dios, y a quien su hacedor designó como señor de todo.<sup>1</sup> Algunos han imaginado que los seis días de la Creación representan períodos, más bien que días literales. Principalmente sobre la base de la supuesta gran antigüedad de nuestro globo, y los diversos grandes períodos o épocas, y que cada uno terminaba con una gran revolución; por la que parece ser que pasó nuestra tierra, antes de llegar a su estado presente, cuando vino a ser un lugar apto para ser habitado por el hombre. No obstante, no es necesario recurrir a tal teoría.

## La creación

El primer versículo en el libro de Génesis simplemente afirma un hecho general, que «En el principio» (cuando fuera que fuese eso) «creó Dios los cielos y la tierra». Posteriormente, en el segundo versículo, nos encontramos la tierra descrita en su estado al final de la última gran revolución, anterior al estado actual de las cosas: «Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la superficie del abismo». Un espacio de tiempo casi indefinido, y muchos cambios, podían pues haber tenido lugar entre la creación del cielo y la tierra, como se menciona en el v. 1, y el estado caótico de nuestra tierra, como se describe en el v. 2. En cuanto a la fecha exacta de la primera creación, se puede afirmar sin dudar que no tenemos aún el suficiente conocimiento para llegar a ninguna conclusión realmente digna de confianza.

No obstante es mucho más importante para nosotros saber que Dios «creó todas las cosas por Jesucristo»;<sup>2</sup> y todavía más, que «todo fue creado por medio de él y para él»,<sup>3</sup> y que «de él, y por él, y para él, son todas las cosas».<sup>4</sup> Esto no solo confiere unidad a toda la creación, sino que la coloca en una conexión viviente con nuestro Señor Jesucristo. Al mismo tiempo, siempre deberíamos tener presente, que «por la fe entendemos que el universo fue enteramente organizado por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de cosas no visibles».<sup>5</sup>

Todas las cosas al salir de la mano de Dios eran «bueno en gran manera»,<sup>6</sup> es decir, perfecto para cumplir el propósito que le había sido asignado. «Y acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo. Y bendijo Dios al séptimo día, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.» Es sobre esta institución original del Sábado como un día de reposo santo sobre la que se basa nuestra observancia del Día del Señor (Domingo), el cambio de día (del séptimo de la semana al primero) fue ocasionado por la resurrección de nuestro Señor Jesucristo, por medio del cual no sólo la primera creación fue finalmente completada, sino también la nueva.<sup>7</sup>

---

<sup>1</sup> Salmos 8:3–8.

<sup>2</sup> Efesios 3:9.

<sup>3</sup> Corintios 1:16.

<sup>4</sup> Romanos 11:36. Ver también 1 Corintios 1:16; Hebreos 1:2; Juan 1:3.

<sup>5</sup> Hebreos 11:3.

<sup>6</sup> Cabe destacar que en Génesis 1 siempre leemos: «Y fue la tarde y la mañana un día» o el día segundo, o tercero, etc. De aquí que los judíos calculen el día de tarde en tarde, es decir, desde la primera aparición de las estrellas en la noche hasta la primera aparición de las estrellas la noche siguiente, y no, como hacemos nosotros, de medianoche a medianoche.

<sup>7</sup> Ver Isaías 65:17.

## El hombre en el jardín del Edén

De todas sus obras Dios sólo «creó al hombre a su imagen: a imagen de Dios lo creó». Esta expresión se refiere no sólo a la inteligencia con la que Dios dotó al hombre, y la inmortalidad que le concedió, sino también a la naturaleza perfecta moral y espiritual que poseía el hombre al principio. Y todos sus alrededores concordaban con su estado de felicidad. Dios «lo puso en el huerto de Edén<sup>8</sup> para que lo labrara y lo guardase», y le dio una compañera idónea en Eva, a quien Adán reconoció como hueso de sus huesos, y carne de su carne. Así, como Dios había indicado, al apartar el día del Sábado, la adoración como la relación adecuada entre el hombre y su creador, también estableció en el paraíso el fundamento de la sociedad civil por medio de la institución del matrimonio y de la familia.<sup>9</sup>

Ahora solo quedaba poner a prueba la obediencia del hombre a Dios, y prepararlo para privilegios más elevados y más grandes de los que ya estaba disfrutando. Pero el mal ya existía en este mundo nuestro, porque Satanás y sus ángeles se habían rebelado contra Dios. El relato de las Escrituras sobre la prueba del hombre es enormemente breve y sencillo. Se nos dice que «el árbol del conocimiento del bien y del mal» había sido colocado «en medio del huerto», y Dios prohibió a Adán comer del fruto de ese árbol, bajo pena de muerte. Por otro lado, en el huerto también había «el árbol de la vida», probablemente como símbolo y voto de una vida superior, la cual nosotros hubiéramos heredado si nuestros primeros padres hubiesen continuado en obediencia a Dios. La cuestión de esta prueba apareció muy rápidamente: el tentador, en forma de serpiente, se acercó a Eva, negó las amenazas de Dios, y la engañó en cuanto a las consecuencias reales de comer el fruto prohibido.

## La caída

Esto, seguido por la seducción de sus sentidos, condujo a Eva a comer en primer lugar, y después a inducir a su marido a hacer lo mismo. Su pecado tuvo su consecuencia inmediata. Habían apostado para ser «como dioses», y, en lugar de someterse a ultranza al mandamiento del Señor, actuaron independientemente con respecto a él. Y ahora sus ojos estaban ciertamente abiertos, como había prometido el tentador, «para conocer el bien y el mal»; pero sólo en su conocimiento culpable del pecado, el cual inmediatamente les provocó el deseo de esconderse de la presencia de Dios. De este modo, su alienación y separación de Dios, la voz acusadora de su conciencia, y su dolor y vergüenza manifestaron que la amenaza divina ya se había cumplido: «el día que de él comieres, ciertamente morirás». La sentencia de muerte que Dios pronunció ante nuestros primeros padres se extendía tanto a su naturaleza corporal como espiritual (a su parte mortal e inmortal). En el día que pecó, el hombre murió en cuerpo, alma, y espíritu. Y ya que Adán, como cabeza de su raza, representaba su totalidad; y ya que por él todos nosotros hubiéramos entrado en un estado de vida muy elevado y feliz, si el hubiese permanecido obediente, así ahora las consecuencias de su desobediencia se han extendido a todos nosotros; y puesto que «el pecado entró en el mundo por medio de un hombre, y por medio del pecado la muerte», así «la muerte alcanzó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron». Incluso «la misma creación», que había sido colocada bajo su dominio, fue, por su caída, «sujetada a vanidad», y cayó bajo la maldición, como dijo Dios a Adán: «Maldita será la tierra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá».

Dios, en su infinita misericordia, no abandonó al hombre para que pereciera en su pecado. Ciertamente fue expulsado del paraíso, para el que ya no era apto. Pero, antes de eso, Dios había pronunciado la maldición sobre su tentador, Satanás, y había dado al hombre la preciosa promesa que la simiente de la mujer heriría la cabeza

---

<sup>8</sup> Se han manejado muchas opiniones diversas acerca de la situación exacta del Edén, pero sería poco apropiado discutir las aquí. Las dos opiniones que merecen mayor atención son las que lo colocan o bien cerca de las montañas del norte de Armenia, o bien muy al sur en las cercanías del Golfo Pérsico. Sabemos que dos de los ríos mencionados que salían del paraíso eran el Tigris y el Éufrates, y podemos suponer fácilmente que los subsiguientes cambios producidos por el diluvio deben haber hecho las descripciones de la región inaplicables a su aspecto actual.

<sup>9</sup> Comp. Marcos 10:6, 9.

de la serpiente; es decir, que nuestro bendito Salvador, «nacido de mujer», debía redimirnos del poder del pecado y de la muerte, por medio de su propia obediencia, muerte y resurrección. Incluso el trabajo de sus manos, al que estaba condenado el hombre, era en esas circunstancias una gran ventaja. Por lo tanto, cuando nuestros primeros padres salieron del huerto de Edén, no fue sin esperanza, ni a unas tinieblas exteriores. Se llevaron la promesa de un redentor, la seguridad de la derrota final del gran enemigo, junto con la institución divina del Sábado en el cual adorar, y del lazo del matrimonio con el cual ser unidos en familias. Así los fundamentos de la vida cristiana con todas sus implicaciones fueron establecidos en el paraíso.

Hay otros detalles de interés práctico que debemos obtener. La descendencia de toda la humanidad de nuestros primeros padres determina nuestra relación con Adán. En Adán todos han pecado y caído. Pero, por el otro lado, también determina nuestra relación espiritual con el Señor Jesucristo, como el segundo Adán, la cual reposa sobre la misma base. Porque «como hemos llevado la imagen del terrenal, llevaremos también la imagen del celestial», y «como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados». «Porque así como por la desobediencia de un hombre, los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno los muchos serán constituidos justos.» La descendencia de toda la humanidad de un tronco común ha sido cuestionada en el pasado, a pesar de que las Escrituras enseñan expresamente: «De una misma sangre ha hecho toda nación de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra». Es notable que esta negación, que nunca fue compartida por los más competentes científicos, ha sido abandonada recientemente, casi podemos decir que universalmente, y la unidad original de la raza humana en su descendencia común es ahora un hecho aceptado generalmente.

Aquí, además, encontramos por vez primera ese extraño parecido a la religión revelada que hace al paganismo tan similar y no obstante tan dispar respecto a la religión del Antiguo Testamento. Del mismo modo que podemos ver en el alma del hombre las ruinas de lo que habíamos sido antes de la caída, también en las leyendas y tradiciones de las diversas religiones de la antigüedad reconocemos los ecos de lo que los hombres habían oído originalmente de la boca de Dios. No solo una raza, sino casi todas las naciones, han conservado en sus tradiciones algunos vagos recuerdos parecidos de un estado original feliz y santo, (la así denominada edad de oro), en el cual la comunicación entre el cielo y la tierra no estaba rota, y de un subsiguiente pecado y caída de la humanidad. Y todas las naciones también han atesorado una débil creencia en algún retorno futuro de este estado feliz, es decir, algún tipo de redención venidera, tal como en lo más íntimo de su corazón todos los hombres tienen por lo menos un débil deseo de un redentor.

Mientras tanto, esta gran promesa primitiva, «La simiente de la mujer herirá la cabeza de la serpiente», iba a estar en alto como una luz señalizadora para toda la humanidad durante su camino, brillando siempre con un mayor resplandor, primero en la promesa a Sem, luego en la hecha a Abraham, después en la profecía a Jacob, y continuando por las figuras de la Ley hasta las promesas de los Profetas, y hasta que en la plenitud del tiempo «el sol de justicia» se alzó «con la salvación bajo sus alas».

## *Capítulo 2*

### *(Génesis 4)*

El lenguaje con el que la Escritura explica el segundo gran acontecimiento en la historia es enormemente sencillo.

### **Caín y Abel**

Se mencionan sólo dos hijos de Adán y Eva: Caín y Abel. No se trata de que no hubiera otros, sino que el avance de la historia de la escritura está relacionado con estos dos. Porque la Biblia no pretende dar un relato detallado de la historia del mundo, ni siquiera una biografía completa de las personas que presenta. Su objetivo es el de ofrecernos una historia del reino de Dios, y sólo describe las personas y los acontecimientos necesarios para cumplir tal propósito. De los dos hijos de Adán y Eva, Caín era el mayor, y ciertamente, como podemos

ver, el primogénito de todos sus hijos. Por toda la antigüedad, y en oriente hasta hoy, los nombres propios se consideran cargados de un significado profundo. Cuando Eva llamó a su primer hijo Caín («obtenido», o «adquirido»), dijo «Por voluntad de Jehová he adquirido varón».<sup>1</sup> Parece ser que relacionó el nacimiento de su hijo con el cumplimiento inmediato de la promesa referente a la simiente, que debía herir la cabeza de la serpiente. Esta esperanza era, si se nos permite la comparación, tan natural de su parte como la expectativa del retorno inmediato de nuestro Señor por parte de algunos de los primeros cristianos. También mostraba cuán profundamente había calado esta esperanza en su corazón, cuán viva era su fe en el cumplimiento de la promesa, y cuán ardientemente la deseaba. Pero si éstas eran sus expectativas, seguramente fue decepcionada muy rápidamente. Tal vez por esta misma razón, o porque había recibido más información, o por otras causas que nosotros no conocemos, el otro hijo de Adán y Eva mencionado en la escritura fue llamado Abel, es decir, «aliento», o «desvanecimiento».

## Los dos caminos y las dos razas

Lo que es importante según la Escritura acerca de estos dos jóvenes se resume en la frase «Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra». A continuación, los encontramos llevando una ofrenda a Jehová; Caín «del fruto de la tierra», y Abel «de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas». Jehová «miró con agrado a Abel y a su ofrenda», probablemente haciendo notar su aceptación con alguna manifestación exterior visible; «pero no miró con agrado a Caín y a su ofrenda». En vez de preguntar acerca de la razón de su rechazo, e intentar resolverlo, Caín abrió la puerta a los sentimientos de ira y celos. En su misericordia, Dios le declaró su pecado, le advirtió de su peligro, y le indicó la salida. Pero Caín había escogido su camino. Al encontrar a su hermano en el campo, las palabras de ira condujeron a hechos asesinos, y la tierra fue testimonio de la primera muerte; y lo peor de todo es que fue una muerte violenta, y por mano de un hermano. Una vez más, la voz de Jehová llamó a Caín para pasar cuentas, y de nuevo se endureció, esta vez casi rechazando la autoridad de Dios. Pero la mano poderosa del Juez estaba sobre el asesino no arrepentido. Adán, por así decirlo, había infringido el primer mandamiento, Caín el primero y el segundo; Adán había cometido pecado, Caín pecado y crimen. A modo de advertencia, y también de testimonio para todos, Caín, apartado de su previa ocupación de propia elección como labrador de la tierra, fue expulsado «un fugitivo y vagabundo en la tierra». Así, recurriendo de nuevo a la analogía, Israel fue expulsado a todas las tierras, cuando con manos malvadas crucificaron e inmolaron a aquél cuya sangre «habla mejor que la sangre de Abel». Pero incluso este castigo, aunque «mayor» que el que Caín «puede soportar», no lo lleva al arrepentimiento, sólo a temer sus consecuencias. Y «para que no lo matase cualquiera que lo hallara», Jehová puso una señal sobre Caín, tal como hizo con los judíos, en todas sus persecuciones, un pueblo indestructible. Sólo que en su caso el Señor de gracia tiene un propósito de misericordia; porque ellos volverán de nuevo al Señor su Dios («todo Israel será salvado»; y su introducción será como la vida de los muertos. Pero en cuanto a Caín, «salió de delante de Jehová, y habitó en tierra de Nod», es decir, «errante» o «sin reposo». Lo último que leemos de él concuerda todavía con su vida anterior: «y edificó una ciudad, y llamó el nombre de la ciudad del nombre de su hijo, Enoc».

Encontramos, pues, varias enseñanzas en la superficie de este relato. Notamos la diferencia en el sacrificio de los dos hermanos (uno «del fruto de la tierra», el otro un sacrificio animal). De nuevo, la ofrenda de Caín se describe meramente con términos generales; mientras que la de Abel se dice que era «de los primogénitos de sus ovejas» (implicando con ello un reconocimiento de que todo era de Dios, «y de lo más gordo de ellas», es decir, de lo mejor. También vemos, cuán fielmente Dios advierte, y cuán amablemente indica a Caín el camino para escapar del poder del pecado. Por otro lado, el acto asesino de Caín ofrece un ejemplo terrible de las palabras con las que el Señor Jesús nos ha enseñado: que los sentimientos de ira amargos contra un hermano son en realidad un asesinato,<sup>2</sup> mostrándonos lo que es, por decirlo de algún modo, el resultado completo de la voluntad propia, la ira, envidia, y celos. Aún otra enseñanza podemos aprender de esta historia: nuestro pecado al final,

<sup>1</sup> Es conveniente ver que siempre que la palabra Señor aparece en mayúscula en nuestras Biblias inglesas, su equivalente hebreo es Jehová; un término que confiere la idea del Dios del pacto.

<sup>2</sup> Mateo 5:22

sin duda alguna nos atrapará, y que a pesar de ello ningún castigo, por muy terrible que sea, puede jamás tener el efecto de cambiar el corazón de un hombre, o cambiar su estado o corriente de vida.

A esto cabe añadir la amarga verdad, la cual los hombres sin Dios percibirán demasiado tarde, que, Caín fue finalmente echado fuera de la tierra de la cual él había tomado posesión; por lo tanto, ciertamente todos los que busquen su parte en este mundo encontrarán sus expectativas decepcionadas, incluso en aquellas cosas por las cuales hayan sacrificado la «mejor parte». A este respecto, la enseñanza posterior de la Escritura<sup>3</sup> parece tener su origen en la historia de Caín y Abel.

Si a partir de estas enseñanzas evidentes volvemos al Nuevo Testamento para una mayor luz sobre esta historia, nos encontramos en la Epístola de Judas (v. 11) una advertencia general contra ir «por el camino de Caín»; mientras que San Juan lo usa como una ocasión de amonestación hacia el amor fraterno: «No como Caín que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas».<sup>4</sup> Pero la información más completa se desprende de la Epístola a los Hebreos, donde leemos, por un lado, que «sin fe es imposible agradar a Dios», y, por otro lado, que «por la fe, Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín, por lo cual alcanzó testimonio que era justo, dando Dios testimonio sobre sus ofrendas; y muerto aún habla por ella».<sup>5</sup> Aquí la Escritura nos eleva al más alto punto en las vidas de los dos hermanos, su sacrificio, y nos habla de la presencia de la fe en uno, y la ausencia de la misma en el otro. Esto se manifestó del mismo modo en la manera y el tipo de su sacrificio. Pero la fe que impulsó el sacrificio de Abel, y la falta de fe que caracterizó el de Caín, debía, evidentemente, haber existido y aparecido mucho antes. Por ello San Juan también dice que Caín «era del maligno», queriendo decir que todo el tiempo él se había entregado al poder del tentador que había arruinado a nuestros primeros padres. Una pequeña consideración explicará este hecho, y, al mismo tiempo, manifestará claramente el carácter y la conducta de Caín.

Después de la caída, la posición del hombre ante Dios cambió totalmente. En el huerto del Edén la esperanza humana de ser confirmado en su estado y de avanzar hacia arriba dependía de su obediencia perfecta. Pero el hombre desobedeció y cayó. A partir de ese momento su esperanza en el futuro no podía derivar de una obediencia perfecta, la cual, ciertamente, era imposible en su estado caído. Por así decirlo, el modo de «actuar» le había sido presentado, y había terminado, por medio del pecado, en la muerte. Dios en su gracia infinita abrió otro sendero para el hombre. Le presentó la esperanza de la fe. La promesa que Dios dio libremente al hombre fue la de un Libertador, que heriría la cabeza de la serpiente, y destruiría sus obras. Entonces, era posible o bien abrazar esta promesa por la fe, y en tal caso aferrarse a ella y poner su corazón sobre ella, o bien rechazar esta esperanza y apartarse de ella. Aquí, entonces, en el comienzo mismo de la historia del reino, tenemos los dos caminos diversos que, como el mundo y el reino de Dios, han dividido siempre a los hombres. Si adelantamos la pregunta sobre qué harían los que rechazaron la esperanza de la fe, cómo lo mostrarían con su conducta exterior, respondemos, que naturalmente debieron escoger el mundo como era; y satisfechos con ello, intentarían establecerse en la tierra, reclamarla como propiedad suya, gozar de sus placeres y codicias, y cultivar sus artes. Por otro lado, los que abrazaban las promesas se considerarían peregrinos y extranjeros en esta tierra, y tanto en corazón como en su conducta exterior mostrarían que creían y esperaban el cumplimiento de la promesa. Casi sobra decir que los unos describen la historia de Caín y de su raza; los otros la de Abel, y posteriormente de Set y sus descendientes. Porque alrededor de estos dos (Caín y Set) como sus representantes, todos los hijos de Adán debían de ser agrupados de acuerdo con sus tendencias espirituales.

Contemplando así las indicaciones de la Escritura, por breves que sean, son muy claras. Cuando leemos que «Caín era labrador de la tierra» y «Abel pastor de ovejas», podemos entender que la elección de sus oficios no dependió de circunstancias accidentales, sino que se correspondió a sus opiniones y carácter. Abel escogió la vida de peregrino, Caín la de posición establecida y disfrute de la tierra. Cuanto más cerca conducía su historia al terrible acontecimiento que había llevado la pérdida del paraíso, y a la primera entrega de la promesa, tanto

---

<sup>3</sup> Salmos 49.

<sup>4</sup> 1 Juan 3:12.

<sup>5</sup> Hebreos 11:4.

más significativa era su elección de vida. En gran concordancia con esto, encontramos después a Caín, no sólo construyendo una ciudad, sino llamándola con el nombre de su propio hijo, para indicar propiedad establecida y disfrute del mundo tal como era. La misma tendencia se desplegó rápidamente en sus descendientes, hasta que en Lamec, el quinto desde Caín, había alcanzado unas proporciones tan enormes que la Escritura ya no considera necesario hacer notar su crecimiento. Del mismo modo, el registro separado de los Cainitas cesa con Lamec y sus hijos, y no existe ninguna otra mención específica de ellos en la Escritura.

Antes de seguir con más detalles el curso de estas dos razas (porque, en sentido espiritual, eran bastante distintas) notamos la introducción de sacrificios en el mismísimo umbral de la historia de la Escritura. A partir del tiempo de Abel, nos son presentados uniformemente, y siempre con mayor claridad, como el camino señalado para acercarse a Dios y mantener comunión con él, hasta que, al final de la historia de la Escritura, tenemos el sacrificio de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, a quien señalaban todos los sacrificios. Y no sólo esto, sino que del mismo modo que el recuerdo tenue de un estado mejor del cual había caído el hombre, y la esperanza de liberación, se había conservado entre todas las naciones paganas, también se conservó el de la necesidad de sacrificios. Incluso los sacrificios de sangre de los salvajes, o los sacrificios crueles de los hijos más amados, ¿qué eran sino un grito de desesperación por el deseo consciente de la reconciliación con Dios por medio del sacrificio (la entrega de lo que era más amado en el lugar de la persona que realiza la ofrenda)? Éstas son las columnas terriblemente destrozadas de lo que había sido un templo; las tradiciones de verdades terriblemente distorsionadas que Dios había revelado en otro tiempo. Bendito sea Dios por la luz de su evangelio, el cual nos ha enseñado «el camino, la verdad, y la vida», es decir aquél que es «el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo».

## Capítulo 3

### (Génesis 4)

El lugar de Abel no podía permanecer vacío, si el propósito de misericordia de Dios iba a ser cumplido. Por ello, dio a Adán y Eva otro hijo, al cual su madre, muy significativamente, llamó «Set», es decir, «señalado», o más bien «compensación»; «porque Dios», dijo ella, «me ha señalado (me ha compensado con) otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín». Pero antes de dar más detalles acerca de la vida de Set y de sus descendientes, la Escritura sigue los pasos de Caín hasta su quinta y sexta generación. Tal como sabemos, Caín se había ido a la tierra de «Nod» («errante», «huir», «sin descanso») y allí construyó una ciudad, que ha sido descrita adecuadamente como la colocación de los primeros fundamentos del reino en el que gobierna «el espíritu de la bestia».<sup>1</sup> Tenemos que recordar que probablemente habían pasado siglos desde la creación, y que los hombres ya se habían multiplicado sobre la tierra. Después de este asentamiento de Caín parece ser que no sucedió nada que la Escritura considerase digno de ser registrado, excepto que los nombres de los «Cainitas» son todavía singularmente iguales a los de los «Setitas». Así seguimos la línea de los descendientes de Caín hasta Lamec, el quinto desde Caín, cuando aparecen completamente desarrollados el carácter y las tendencias de toda la raza. Se nos ocurre, casi por sorpresa, que en tan pocas generaciones, y durante la vida del primer hombre, casi todos los mandamientos e instituciones de Dios habían ya sido desatendidos abiertamente, y la violencia, codicia, y la impiedad reinaban sobre la tierra.

La primera infracción directa de las disposiciones de Dios de la que leemos es la introducción de la poligamia. «Lamec tomó para sí dos mujeres.» Seguramente, «desde el principio no era así». Pero esto no es todo. La Escritura nos conserva en el discurso de Lamec a sus dos esposas el primer fragmento de poesía. Ha sido designado como «la canción espada de Lamec», y está impregnado de un espíritu de desafío, de confianza en su propia fuerza, de violencia, y de asesinato.<sup>2</sup> No hay ningún otro reconocimiento de Dios excepto la referencia a la venganza de Caín, de la que Lamec se augura su propia seguridad. Tampoco menciona la

---

<sup>1</sup> Un comentarista moderno mantiene que las palabras de Génesis 4:17 sólo implican que Caín «estaba construyendo», no que había terminado la construcción de la ciudad.

Escritura los nombres de las esposas de Lamec en vano, y los de sus hijas. Porque sus nombres apuntan a «la codicia de los ojos, y la codicia de la carne», tal como los oficios de los hijos de Lamec apuntan al «orgullo de la vida». Los nombres de sus esposas son «Ada», es decir, «belleza», «adorno»; y «Zila», es decir, «la sombreada», tal vez por sus trenzas, o también «sonora», quizás por su canción; mientras que «Naama», que es el nombre de la hija de Lamec, significa «placentera, grácil, encantadora». Y aquí nos encontramos con una característica muy importante de la historia de los «Cainitas». La búsqueda e invención de los hijos de Lamec apunta hacia la cultura de las artes, y a un estado de sociedad establecido y permanente. Su hijo mayor de Ada, «Jabal, fue el padre de los que habitan en tiendas y crían ganados», es decir, hizo incluso de la vida pastoral un negocio regular. Su segundo hijo, «Jubal, fue el padre de todos los que tocan arpa (o cithern) y flauta (o sackbut)», en otras palabras, el inventor tanto de los instrumentos de cuerda como de viento; mientras que Tubal-Caín,<sup>3</sup> el hijo de Lamec con Zila, era «instructor de todo artífice de toda obra de bronce y de hierro». Si tomamos en consideración la canción espada de Lamec, que sigue inmediatamente el relato Escritural de las ocupaciones de sus hijos, tenemos suficiente evidencia para designar la cultura y civilización introducidas por Lamec como básicamente sin Dios. Y eso, no solo porque era de hombres impíos, sino porque se llevó a cabo con independencia de Dios, y en oposición a los grandes propósitos que Él tenía para con el hombre. Además, es muy notable que percibamos en la raza cainita las mismísimas cosas que posteriormente fueron las características del paganismo, tal como lo encontramos entre las naciones más avanzadas de la antigüedad, como Grecia y Roma. Sobre su vida de familia se pueden escribir los nombres de Ada, Zila, Naama; sobre su vida civil la «canción espada de Lamec», la cual ciertamente suena como la antigua sociedad pagana; y sobre su cultura y sus ocupaciones, los fragmentos de biografías que la Escritura nos proporciona de los descendientes de Caín. Y como sus vidas fueron enterradas en el diluvio, así también un gran diluvio barrió de la tierra el paganismo, su vida, cultura, y civilización, y sólo dejó en la cumbre del monte el arca dentro de la cual Dios había encerrado a los que creyeron sus advertencias y sus promesas.

## Set y sus descendientes

El contraste es todavía mucho más sobresaliente cuando dejamos el relato sobre los cainitas y nos volvemos al de Set y sus descendientes. Incluso el nombre que Set dio a su hijo (Enós, o «frágil»)<sup>4</sup> se muestra como un testimonio contra los supuestos de los cainitas. Pero esta diferencia vital entre estas dos razas aparece muy especialmente en las palabras que siguen a la noticia del nacimiento de Enós: «Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová». Evidentemente no podemos suponer que antes de aquel momento la oración y alabanza a Dios eran totalmente desconocidas en la tierra. Incluso los sacrificios de Caín y Abel demuestran lo contrario. Por lo tanto esto debe significar que la diferencia vital que había existido todo el tiempo entre las dos razas, se convirtió entonces en una manifestación exterior por medio de una profesión abierta, y por la alabanza de Dios por parte de los setitas.

### La raza de Caín

Así hemos llegado al primer gran período de la historia del reino de Dios; la época de una separación visible y exterior entre dos partes, cuando los que son «de la fe» «salen del» mundo, y del reino de este mundo. Recordamos muchos siglos después, cuando Él vino, aquél cuya sangre habla mejor que la de Abel, sus

<sup>2</sup> Un crítico moderno ha traducido como sigue la canción espada de Lamec: «Ada y Zila, escuchad mi voz: vosotras esposas de Lamec, prestad atención a mi discurso; Sí, yo mato hombres por mi herida, y jóvenes por mi dolor. Porque si Caín es vengado siete veces, Lamec setenta y siete», refiriéndose al invento de Tubal-Caín, y significando que si Dios vengaba a Caín, él se vengaría a sí mis-mo con su espada setenta y siete veces por cada herida y cada dolor.

<sup>3</sup> Tal vez «Tubal, el herrero».

<sup>4</sup> Se usa esta palabra para el «hombre» desde su fragilidad en textos como Salmos 8:4; 90:3; 103:15, etc.

seguidores también fueron llevados a separarse de Israel según la carne, y como en Antioquía fueron llamados cristianos por primera vez. Del mismo modo que eso marcó el comienzo de la historia de la iglesia del Nuevo Testamento, así también esta introducción de una profesión abierta de Jehová por parte de los setitas, marca el principio de la historia del reino de Dios bajo el Antiguo Testamento.

Y no obstante esta separación y este salir del mundo, este «comenzar a invocar el nombre de Jehová», es lo que cada uno de nosotros debe hacer de manera individual, si va a tomar la cruz, seguir a Cristo, y entrar en el reino de Dios.

## Capítulo 4

### (Génesis 5)

Un propósito de la Escritura ha sido ya cumplido. Se ha seguido los pasos de las tendencias del mal de la raza cainita hasta su despliegue total, y «el reino de su mundo» ha aparecido con su carácter real. Por otro lado, la raza de Set se ha reunido en torno a una profesión abierta de su fe en las promesas, y de su propósito de servir a Dios, y sobre esta base se ha separado de los cainitas.

Los dos caminos vienen marcados y definidos claramente, y el carácter de los que en ellos andan se determina. Por lo tanto ya no es necesario continuar con la historia de los cainitas, y la Escritura se vuelve de ellos a «los ancianos» que «por la fe» «obtuvieron un buen testimonio».

A simple vista parece como si la narrativa empezara aquí solamente con un «libro», relato o historia, «de los descendientes de Adán», conteniendo pequeñas notas entrelazadas; pero la verdad es muy diferente. En el principio notamos, a modo de contraste significativo, que mientras que leemos de Adán que «a semejanza de Dios lo hizo», ahora se añade que «engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen». Adán fue creado puro y sin pecado a imagen y semejanza de Dios; Set heredó la naturaleza caída de su padre. A continuación observamos cómo todas las genealogías, desde Adán en adelante, tienen esto en común: primero dan la edad del padre cuando nace el hijo mayor,<sup>1</sup> después el número de años que cada uno de ellos vivió después del acontecimiento, y finalmente su edad total en el tiempo de su muerte. En total se mencionan diez «hijos mayores» desde la creación al tiempo del diluvio, y se agrupan como sigue:<sup>2</sup>

| Nombres   | Edad nacimiento del hijo | Años después suceso | Edad Total | Año nacim. desde creación | Año muerte desde creación |
|-----------|--------------------------|---------------------|------------|---------------------------|---------------------------|
| Adán      | 130                      | 800                 | 930        | 1                         | 930                       |
| Set       | 105                      | 807                 | 912        | 130                       | 1042                      |
| Enós      | 90                       | 815                 | 905        | 235                       | 1140                      |
| Cainán    | 70                       | 840                 | 910        | 325                       | 1235                      |
| Mahalalel | 65                       | 830                 | 895        | 395                       | 1290                      |
| Jared     | 162                      | 800                 | 962        | 460                       | 1422                      |
| Enoc      | 65                       | 300                 | 365        | 622                       | 987                       |
| Matusalén | 187                      | 782                 | 969        | 687                       | 1656                      |
| Lamec     | 182                      | 595                 | 777        | 874                       | 1651                      |
| Noé       | 500                      | 450                 | 950        | 1056                      | 2006                      |
| Total     | 1656                     |                     |            |                           |                           |

Lo que más nos llama la atención de estos registros de los patriarcas, en un estudio más profundo, es que los detalles que ofrecen faltan en la historia de los cainitas, donde sólo se menciona el nacimiento de siete generaciones, o sea: Adán, Caín, Enoc, Irad, Mahujael, Metusael, Lamec, y sus hijos. La razón de esta

<sup>1</sup> Con la excepción de Set, quien, evidentemente, no era el hijo mayor de Adán.

<sup>2</sup> Así son los números según el texto hebreo. Hay diferencias entre el mismo y la traducción griega llamada LXX (La Septuaginta), y también con el texto samaritano. Para más detalles ver el capítulo X, donde se explican también las diferencias entre las cronologías de Ussher y Hales.

diferencia es que mientras los cainitas no tenían ningún futuro, los setitas, que «invocaban el nombre de Jehová», estaban destinados a llevar a cabo el propósito de Dios en gracia hasta el final. Después, en dos ocasiones se dan los mismos nombres en las dos razas (Enoc y Lamec). Pero en ambos casos la Escritura muestra diferencias características entre ellos. En contraste con el Enoc con cuyo nombre Caín llamó su ciudad, tenemos el Enoc setita, «quien caminó con Dios y desapareció, porque le llevó Dios»; y en contraste con el Lamec cainita, con su oda envanecida a su espada, tenemos al otro Lamec, que llamó a su hijo Noé, «diciendo: Éste nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová maldijo». De este modo la semejanza de sus nombres simplemente evidencia mejor el contraste de su carácter. Finalmente, del mismo modo en que la maldad de una raza se manifiesta más plenamente en Lamec, que es el séptimo en la genealogía de los cainitas, así también la piedad de la otra raza sobresale en Enoc, quien también es el séptimo en la línea de los setitas.

## **Genealogía de la raza creyente, por medio de Set**

Pasando de esta comparación de las dos genealogías a la tabla de los setitas, se nos recuerda el dicho que estas genealogías primitivas son «monumentos tanto de la fidelidad de Dios en el cumplimiento de su promesa, como de la fe y la paciencia de los padres». Cada generación vivió su tiempo designado, transmitió la promesa a sus hijos; y luego, habiendo terminado su camino, todos «conforme a la fe murieron sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y abrazándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra». Esto es absolutamente todo lo que sabemos de la mayor parte de ellos. Pero la repetición enfática y aparentemente innecesaria en cada caso de las palabras «y murió» con las que acaba cada genealogía, nos dice que «reinó la muerte desde Adán hasta Moisés»,<sup>3</sup> con todas las enseñanzas implicadas de su origen en pecado, y de su conquista por el segundo Adán. Sólo se da una excepción en esta regla: el caso de Enoc. Cuando, en lugar de la breve nota de costumbre sobre cuántos años «vivió» después del nacimiento de su hijo, leemos que «caminó con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años»; y en vez de la sencilla frase que «murió», no sólo se nos dice por segunda vez que «Enoc caminó con Dios», sino también que «desapareció; porque Dios le llevó». Así tanto su vida como su traslación están relacionadas con su «caminar con Dios». Esta expresión es única en la Escritura, y excepto con referencia a Noé<sup>4</sup> sólo aparece de nuevo sobre la relación del sacerdote con Dios en el lugar santo.<sup>5</sup> Así pues indica una conversación muy íntima, cercana y personal con Jehová. La vida, la obra, y la traslación de Enoc se explican igualmente como sigue en la Epístola a los Hebreos: «Por la fe, Enoc fue trasladado para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo trasladó Dios; y antes que fuese trasladado, tuvo testimonio de haber agradado a Dios».<sup>6</sup> Su traslación fue igual que la de Elías,<sup>7</sup> y como será la de los santos en la segunda venida de nuestro bendito Señor.<sup>8</sup> En conexión con esto es muy notable que «profetizó» sobre lo que se manifestó con su propio caso, «diciendo: he aquí el Señor viene con sus santas decenas de millares, para hacer juicio contra todos, y dejar convictos a todos los impíos de todas sus

---

<sup>3</sup> Romanos 5:14.

<sup>4</sup> Génesis 6:9.

<sup>5</sup> Malaquías 2:6.

<sup>6</sup> Hebreos 11:5.

<sup>7</sup> 2 Reyes 2:10.

<sup>8</sup> 1 Corintios 15:51, 52.

obras impías que han hecho impiamente, y de todas las cosas duras que los pecadores impíos hablaron contra él».<sup>9</sup>

Cuando Enoc fue «llevado» solo Adán había muerto; Set, Enós, Cainán, Mahalalel y Jared todavía vivían. Por otro lado, no sólo Matusalén, el hijo de Enoc, sino también su nieto Lamec, quien entonces tenía ciento trece años, debieron presenciar su traslación. Noé no había nacido. Pero cuán profundamente impresionara la profecía de Enoc a los hombres piadosos de la época, y también lo que podemos llamar su cumplimiento anticipado y ejemplar en su traslación, aparece en el hecho que Lamec puso a su hijo, que nació sesenta y nueve años después de la traslación de Enoc, el nombre de Noé, «descanso» o «consuelo», «diciendo: «Éste nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos, a causa de la tierra que Jehová maldijo». Evidentemente Lamec sentía la carga del trabajo sobre la tierra que Dios había maldecido, y esperaba una liberación de la miseria y corrupción existentes como consecuencia de ello, por medio del cumplimiento de la promesa divina sobre el libertador. Con esta esperanza llamó a su hijo Noé. Ciertamente hubo un cambio; pero fue por la destrucción de la generación pecadora, y el comienzo de un nuevo período en la historia del pacto. Notamos que, en el caso de Noé, la Escritura ya no menciona más, como antes, un solo hijo, sino que nos da los nombres de los tres hijos de Noé para mostrar que, en adelante, la línea única iba a dividirse en tres, que serían los fundadores de la historia humana.

También es muy instructivo notar que Enoc, quien parece ser el que anduvo más cerca de Dios, sólo vivió trescientos sesenta y cinco años sobre la tierra; menos de la mitad del tiempo que vivieron sus antepasados y sus sucesores. Una prolongación extraordinaria de la vida puede ser una bendición, como ofreciendo tiempo para arrepentimiento y gracia; pero con respecto a los más amados por Dios, puede ser acortada como medida de liberación de la obra y el trabajo que el pecado ha introducido en este mundo. Ciertamente, la consecuencia será que una duración extraordinaria de la vida, aunque era necesaria al inicio, no resultó ser en modo alguno una fuente de bien para la generación malvada y corrupta.

## *Capítulo 5*

### *(Génesis 6)*

Es una circunstancia notable que todas las naciones deberían haber conservado en sus tradiciones alguna noticia de la extraordinaria longevidad humana en el principio. Podemos comprender que el conocimiento de un hecho tal sería especialmente transmitido. Pero debemos recordar que antes del «diluvio» las condiciones de vigor, constitución, clima, tierra, y alimentación eran bastante diferentes de las que depende la actual duración de vida. Por lo tanto una comparación entre ambas longevidades resulta imposible por la mejor de las razones: no tenemos suficiente conocimiento del estado primitivo. Pero sí podemos ver con claridad que tal duración de la vida era necesaria para poblar rápidamente la tierra, para el avance del conocimiento, y, sobre todo, para la continuación de la adoración de Dios y la fe en la promesa de un Libertador que Él había revelado. De ese modo cada generación podía transmitir a una posteridad remota lo que había aprendido durante los siglos de su existencia. Así, Adán estaba vivo para contar la historia del paraíso y la caída, y para repetir la palabra de la promesa, que había oído de la propia voz del Señor, cuando nació Lamec; y a pesar de que ninguno de los «padres» anteriores pudo haber vivido para ver el inicio de la construcción del arca, que tuvo lugar en el año 1536 desde la creación, Lamec murió sólo cinco años antes del «diluvio», y su padre Matusalén (el hombre con la vida más larga) en el mismo año de dicho acontecimiento. Si intentamos ver cuanta información, incluso en nuestros días, cuando la comunicación, la civilización y los medios de conocimiento han avanzado tanto, se

---

<sup>9</sup>Judas 14, 15. Esto concuerda bastante con lo que se sabía generalmente de Enoc. Un libro apócrifo del Antiguo Testamento, escrito antes del tiempo de Cristo (Eclesiástico 44:16), contiene que «Enoc fue tomado, siendo un ejemplo de arrepentimiento para todas las generaciones»; mientras que otro libro (Libro de Enoc 1:9) afirma claramente que profetizó la venida del Señor para juicio sobre los impíos.

puede obtener por medio de una relación personal con los actores principales de los grandes acontecimientos, entenderemos la importancia de la longevidad humana en las edades tempranas de nuestra raza.

Pero, por otro lado, era posible pervertir esta larga duración de la vida con propósitos igualmente malvados. El suceso poco corriente durante tantos siglos de la muerte con sus terrores debería embotar todavía más la consciencia; la larga asociación de hombres malvados consolidaría el progreso de la corrupción y el mal; y el aparente retraso del juicio o liberación debería fortalecer la atrevida incredulidad de los burladores. La profecía de Lamec evidencia esta realidad; de la descripción del estado de la tierra en el tiempo de Noé, y de la incredulidad de sus contemporáneos; y de la comparación de nuestro Señor<sup>1</sup> entre «los días de Noé» y los de «la venida del Hijo del Hombre», cuando, según San Pedro,<sup>2</sup> habrá «burladores sarcásticos, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su Venida? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen como estaban desde el principio de la creación».

## La corrupción universal del hombre

La corrupción de la humanidad alcanzó su punto más alto cuando incluso la diferencia entre los setitas y los cainitas se borró con casamientos mixtos entre ambas partes, y ello por motivos sensuales. Leemos que «viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas».<sup>3</sup> Por aquel tiempo la tierra debería estar poblada en gran parte,<sup>4</sup> y su estado se describe así: «Y vio Dios que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal». Esto significa más que la corrupción total de nuestra naturaleza, como lo describiríamos nosotros ahora, y se refiere al dominio universal del pecado abierto y atrevido, y de la rebelión contra Dios, introducida cuando la separación entre los setitas y los cainitas cesó. Exceptuando a Noé no había nadie en esa generación «que invocase el nombre de Jehová». «Había gigantes en la tierra en aquellos días (en hebreo: Nephilim)... Éstos fueron los valientes (o héroes) que desde la antigüedad fueron varones de renombre.» Exactamente esos Nephilim eran «hombres de violencia», o tiranos, como lo traduce Lutero, porque la raíz de la palabra significa, «caer sobre».<sup>5</sup> Resumiendo, era un período de violencia, de la fuerza contra el derecho, de rapiña, concupiscencia, y de incredulidad universal en la promesa. Con la extinción virtual de la fe y la adoración de los setitas no quedaba otra esperanza, y la generación tenía que ser totalmente raída en juicio.

Y no obstante, a pesar de que no solo la justicia de Dios, sino incluso su fidelidad a su promesa de gracia lo requería, la tierna amabilidad llena de amor de Jehová aparece en expresiones tales como éstas: «Se arrepintió Jehová de haber hecho al hombre en la tierra, y le dolió» (literalmente, «le dolió en su corazón»). Una expresión explica la otra. Cuando leemos que Dios se arrepintió, se trata sólo de nuestro modo de hablar, porque, como

---

<sup>1</sup> Mateo 24:37–39; Lucas 17:26.

<sup>2</sup> 2 P. 3:3, 4.

<sup>3</sup> Otras teorías acerca de los «hijos de Dios» han sido propuestas, pero no pueden sostenerse bajo una investigación cuidadosa y exacta. Cualquier lector interesado en este tema puede encontrarlo tratado en mi edición de la *History of the Old Covenant*, de Kurtz, vol. I., p. 96, etc.

<sup>4</sup> Se han realizado aproximaciones sumamente exageradas sobre el número de humanos en aquel tiempo, mostrando la falacia de tales cálculos.

<sup>5</sup> La palabra Nephilim aparece de nuevo en Números 13:33, en el relato de los hombres gigantes, que los espías vieron en Canaán. Pero a pesar de que los Nephilim podían haber sido hombres de proporciones gigantes, no significa que Nephilim quiera decir «gigantes». Finalmente, no hay nada en el texto que muestre que se tratara sólo de los hijos de Dios.

dice Calvino, «nada sucede accidentalmente, o que no haya sido previsto». Trae a nuestras mentes «el dolor del amor divino por los pecados del hombre», con las palabras de Calvino, «que cuando los terribles pecados del hombre ofenden a Dios, es como si su corazón hubiese sido herido con un dolor extremo». La consecuencia fue que Dios declaró que destruiría «de sobre la faz de la tierra tanto a los hombres como a las bestias» (estas últimas debido a la conexión peculiar en la que la creación fue colocada con el hombre, siendo éste su señor, que las implicó en la ruina y el castigo que cayó sobre el hombre). Pero mucho antes de que la sentencia se llevara realmente a cabo, Dios había declarado: «No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre» (o mejor, «habitar con el hombre», «legislar», o «presidir», entre ellos), «porque él es carne», o, como han traducido algunos, «puesto que en su errar», o aberración, se ha vuelto totalmente «carnal, sensual, diabólico»; «mas serán sus días ciento veinte años»; es decir, se les concedería todavía otros ciento veinte años en misericordia antes de que explotaran los juicios finales. Fue durante esos ciento veinte años que «la paciencia de Dios esperaba», «mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas a través del agua».

Porque en la corrupción general de aquella generación había una sola excepción, Noé. Necesitamos simplemente juntar todas las referencias de la Escritura sobre Noé y colocarlas en el orden que en ella aparecen: «Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová»; y de nuevo: «Noé, varón justo, era perfecto» (como implica la palabra hebrea, recto espiritualmente, auténtico, íntegro y completo en su interior, alguien cuyo corazón tenía un solo objetivo) «en sus generaciones», o entre sus contemporáneos; y finalmente, «con Dios caminó Noé», esta expresión siendo la misma que en el caso de Enoc. La mención que encontró gracia ante los ojos de Jehová precede la de su «justicia», lo cual describe su relación moral con Dios; mientras que su justicia era de nuevo el resultado de una rectitud espiritual interior, o de lo que bajo la luz más completa del Nuevo Testamento designaríamos como un corazón renovado por el Espíritu Santo. Todo viene resumido y completado con un caminar con Dios al estilo de Enoc. La afirmación de que Noé encontró gracia es como la irrupción del sol en un cielo que se está encapotando para una tormenta. El texto sagrado repite tres veces que la tierra se había corrompido, añadiendo que estaba llena de violencia, simplemente como si el ojo atento del Señor, que «miró sobre la tierra», hubiera estado inspeccionando y probando a los hijos de los hombres, y se detuviera con pena sobre ella, antes de permitir el descenso del juicio.

Esto no era todo. A pesar de ello, «la paciencia de Dios esperó» ciento veinte años, «mientras se preparaba el arca» y durante este tiempo, especialmente, Noé debe haber actuado como un «predicador de justicia». La construcción del arca empezó cuando Noé tenía cuatrocientos ochenta años; es decir, antes de que ninguno de sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, naciera, de hecho, veinte años antes del nacimiento de Sem. Así la gran fe de Noé no solo se manifestó en la construcción del arca en medio de una generación burladora e incrédula, y esto contra cualquier probabilidad humana de que jamás fuera necesaria, y ciento veinte años antes de que se necesitase, sino también al proveer espacio para «sus hijos» y las «esposas de sus hijos», cuando él todavía no tenía hijos. Ciertamente cuanto más intentamos comprender las circunstancias, mayor se manifiesta la fe inmutable del patriarca.

## **Preparación para el diluvio**

Las palabras con las que Dios anunció su propósito fueron éstas: «El fin de toda carne ha venido ante mí» (es decir, como han explicado algunos, el límite máximo de la depravación humana); «porque la tierra está llena de violencia a causa de los hombres» (es decir, violencia que procede de ellos, de delante de su faz), «y he aquí que yo los destruiré con la tierra».

Noé y su familia eran los únicos que iban a ser conservados, y esto por medio del «arca», una expresión que sólo aparece una vez más respecto a los juncos en los que se salvó Moisés.<sup>6</sup> Noé tenía que construir su arca de «gofer», seguramente madera de ciprés, y «calafatearla con brea por dentro y por fuera». El arca tenía que ser de trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura, y treinta de altura; esto equivale, calculando el codo a un pie y medio, cuatrocientos cincuenta pies de longitud, setenta y cinco de ancho, y cuarenta y cinco de alto.<sup>7</sup> Según implica la fraseología del texto hebreo, había, alrededor de la parte superior, a un codo por debajo del

---

<sup>6</sup> Éxodo 2:3-5.

techo una apertura para la luz y el aire (traducido en nuestra versión como «ventana»), en la que, se ha sugerido, se insertó algún tipo de substancia traslúcida parecida a nuestro vidrio. Aquí parece ser que había también una «ventana» normal, a la que se hace referencia posteriormente de un modo específico (cap. 8:6). La puerta estaba en un lado del arca, la cual estaba organizada en tres plantas de habitaciones (literalmente «celdas»), para la estancia de todos los animales en el arca, y el almacén de alimento. Porque «de todo lo que vive» Noé debía introducir en el arca (siete parejas de «animales limpios», y una pareja de los que no eran limpios). Entonces, cuando llegara el tiempo señalado para ello, Dios «traería un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir toda carne en que haya espíritu de vida debajo del cielo».

Pero con Noé, Dios «establecería» su «pacto», es decir, llevaría a cabo por medio de él su propósito del pacto de gracia, que debía manifestarse con el nacimiento del Redentor. De acuerdo con esto, Noé, su esposa (porque aquí no hay ninguna indicación de poligamia), sus hijos, y las esposas de sus hijos debían entrar en el arca, y ser mantenidos vivos allí durante la destrucción generalizada de todo lo que estaba a su alrededor.

Hasta aquí llegan las indicaciones de la Escritura. Se ha desperdiciado mucha ingenuidad innecesaria para calcular el espacio exacto del arca, de su disposición interior, y de las estancias que contenía para las diversas especies de animales que existían entonces. Tales cálculos son básicamente poco fidedignos, porque no podemos calcular el espacio exacto en el arca ni saber el número exacto de especies que habían de ser alojadas en su refugio. La Escritura, que nos presenta la historia del reino de Dios, nunca gratifica este tipo de investigación tan ociosa e insensata. Pero lo que sí podemos saber con toda seguridad es que el arca que Dios proveyó era literalmente y en todos los sentidos suficiente para cumplir con los propósitos para los que fue ideada, y que tales propósitos fueron satisfechos enteramente. Tal vez nos sirva de ayuda para darnos cuenta de la maravilla de esta estructura si la comparamos con el barco más grande conocido, el *Great Western*, cuyas dimensiones son seiscientos ochenta pies de longitud, ochenta y tres de ancho, y cincuenta y ocho de alto; o también si lo describimos como casi del tamaño de media Catedral de St. Paul en Londres. Debe notarse que el arca fue diseñada básicamente como almacén y no para la navegación. No tenía ni mástiles, ni timón, ni velas, y probablemente fuera de fondo plano, parecido a un enorme pecho flotante. Para mostrar cuan apropiadas eran sus dimensiones como almacén, podemos mencionar que un holandés, Peter Jansen, construyó en 1604 un barco con exactamente las mismas proporciones (evidentemente, de dimensiones diferentes), el cual resultó tener un tercio más de capacidad que cualquier otra embarcación con el mismo peso.

Todas las demás cuestiones relacionadas con la construcción del arca pueden ser tranquilamente desechadas por no merecer ninguna discusión seria. Pero cabe destacar el gran hecho que durante todo aquel período Noé predicaba la justicia, advirtiendo del juicio que tenía que venir, y demostraba además su fe en la práctica al continuar proveyendo un arca para refugio. Resumiremos la vida de fe de Noé, la predicación de fe de Noé, y la obra de fe de Noé con las palabras de la Escritura: «Por la fe, Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con reverencia preparó un arca para salvación de su casa; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que es según la fe».<sup>8</sup>

## Capítulo 6

(Génesis 7–8:1–15)

---

<sup>7</sup> Algunos han calculado el codo a veintiuna pulgadas, lo cual daría una longitud de quinientos veinticinco pies, una anchura de ochenta y siete y medio, y una altura de cincuenta y dos y medio. San Agustín calcula que las proporciones del arca eran las mismas que las de una figura humana perfecta, «la longitud de la cual desde la planta de los pies hasta la cabeza es seis veces la anchura del pecho, y diez veces la altura de la figura reclinada, medida con una línea recta desde el suelo». *Smith's Dictionary of the Bible*, vol. II. p. 566, nota.

<sup>8</sup> Hebreos 11:7.

Hay una magnificencia y una sencillez majestuosas en el relato de la Escritura sobre «El Diluvio» que desafía y reta toda comparación. El suceso se menciona sólo dos veces más en el Antiguo Testamento (cada vez con un lenguaje breve y serio coincidiendo con su solemnidad). En Salmos 29:10 podemos leer: «Jehová está entronizado sobre el diluvio, y se sienta Jehová como rey para siempre» (una especie de versión veterotestamentaria de «Jesucristo, el mismo ayer, y hoy, y por los siglos»). Y si podemos continuar con la analogía, existe una aplicación evangélica de esta historia del Antiguo Testamento en Isaías 54:9, 10: «Porque esto me será como en los días de Noé, cuando juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te rechazaré. Porque los montes se apartarán, y los collados serán sacudidos; pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene compasión de ti».

El primer punto del relato del «Diluvio» que nos llama la atención es una mención enfática, repetida dos veces, de la obediencia absoluta de Noé, «conforme a todo lo que Dios le mandó».<sup>1</sup> A continuación notamos una «solemne pausa de siete días» antes de que empezara realmente el diluvio, cuando «fueron rotas todas las fuentes del gran abismo, y las ventanas de los cielos fueron abiertas»; en otras palabras, las compuertas tanto de la tierra como del cielo fueron abiertas de par en par. El suceso tuvo lugar «en el año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes»; siempre que calculemos la estación según el comienzo del año civil hebreo, sobre la mitad o finales de nuestro mes de noviembre.

## El diluvio

Entonces cuando Noé y su esposa, sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet, y sus esposas, y todos los animales, habían entrado en el arca, «Jehová le cerró la puerta» y durante cuarenta días y cuarenta noches «hubo lluvia sobre la tierra», mientras, al mismo tiempo, se rompían las fuentes del gran abismo. La inundación continuó durante ciento cincuenta días,<sup>2</sup> y luego las aguas empezaron a descender. La catástrofe es descrita así: «Y fue el diluvio cuarenta días sobre la tierra; y las aguas crecieron, y alzaron el arca, y se elevó sobre la tierra. Y subieron las aguas y crecieron en gran manera sobre la tierra; y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas. Y las aguas subieron mucho sobre la tierra; y todos los montes altos que había debajo de todos los cielos fueron cubiertos. Quince codos más alto subieron las aguas, después que fueron cubiertos los montes. Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra, así de aves como de ganado y de bestias, y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre. Todo lo que tenía aliento de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra murió. Así fue destruido todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles, y las aves del cielo; y fueron raídos de la tierra, y quedó solamente Noé, y los que con él estaban en el arca».

Las notas de un escritor reciente acerca de este tema son tan apropiadas que las reproducimos aquí: «El relato es vivo y vigoroso, aunque falto totalmente del tipo de descripción que hubiera ocupado la mayor parte del fragmento en un historiador o un poeta moderno. No vemos nada de la lucha con la muerte; no oímos el grito de desesperación; no se nos hace presenciar la agonía exasperante del marido y la esposa, del padre y del hijo, cuando quedaban aterrorizados ante las aguas que se alzaban. Tampoco se pronuncia una sola palabra sobre la tristeza del único hombre justo quien, desde su posición de salvación, miraba la destrucción que no podía evitar. Pero la mismísima sencillez de la narración sí que deja una impresión en nuestras mentes con peculiar viveza, la de la desolación. Y esto aumenta con la repetición y el contraste de dos ideas. Por un lado, se nos recuerda más de cinco veces en el relato<sup>3</sup> quiénes eran los ocupantes del arca, los pocos favorecidos y rescatados; y, por el otro lado, la total y absoluta destrucción de todo lo demás no se trata con menor énfasis».<sup>4</sup>

---

<sup>1</sup> Génesis 6:22; 7:5.

<sup>2</sup> Génesis 8:3, 4, comparado con 7:11, parece implicar que los cuarenta días de lluvia estaban incluidos en estos ciento cincuenta días, y no se añadieron a los mismos.

<sup>3</sup> Génesis 6, 7, 8.

No menospreciaremos la solemnidad de la impresionante quietud con la que la Escritura nos muestra el arca solitaria, flotando sobre las desoladas aguas que habían cubierto la tierra y todo lo que pertenecía a ella,<sup>5</sup> intentando describir las escenas que deben haber seguido a todo ello. Simplemente se deja en nuestras mentes la impresión de que «Jehová le cerró la puerta», estas palabras pueden haber sido ideadas para mostrar que aunque Noé hubiera querido ayudar a sus contemporáneos que estaban pereciendo, no lo hubiera podido hacer. Se dice que al final de los ciento cincuenta días, con el lenguaje particularmente conmovedor de la Escritura: «Se acordó Dios de Noé, y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca». Se hizo pasar un viento sobre la tierra para secarla, el diluvio fue «detenido», «y las aguas decrecían continuamente de sobre la tierra». En el día diecisiete del séptimo mes, es decir, exactamente cinco meses después de que Noé entrara en ella, se halló al arca apoyada «sobre los montes de Ararat»; no necesariamente sobre el pico más alto, que mide diecisiete mil doscientos cincuenta pies, ni tal vez, tampoco el segundo pico más alto, que se alza sobre unos doce mil pies, sino sobre aquella cadena montañosa. Y las aguas seguían disminuyendo; y setenta y tres días después, o el primer día del décimo mes, se descubrieron las cimas de los montes a su alrededor. Cuarenta días más, y Noé «envió un cuervo», el cual, al encontrar refugio en las cimas de las montañas, y comida en los cuerpos flotantes, no volvió al arca. Al cabo de otros siete días «envió una paloma, para ver si las aguas se habían retirado de sobre la faz de la tierra», es decir, de las tierras bajas de los valles. «Pero no halló la paloma donde sentar la planta de su pie, y volvió a él al arca.» Una semana más, y la mandó de nuevo una segunda vez, y cuando volvió por la tarde, traía una hoja de olivo en el pico. Es un hecho notable, por aportar un testimonio indirecto a este relato, que el olivo, según se ha comprobado, da hojas bajo el agua. Por tercera vez Noé sacó un mensajero de paz, al cabo de otra semana, y «no volvió ya más a él». «Nunca en la historia de la naturaleza», dice el escritor ya citado, «se ha dibujado una imagen con una belleza tan exquisita y mayor fidelidad que ésta. Es tan admirable por su poesía como por su verdad». El primer día del primer mes, en el año seiscientos uno, «las aguas se secaron sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca, y miró, y he aquí que la faz de la tierra estaba seca. Y en el mes segundo, a los veintisiete días del mes, se secó la tierra»; justamente un año y diez días después de que Noé entrase en el arca.

Hasta aquí el relato de la Escritura. A menudo se ha explicado que el objetivo de la Biblia es darnos la historia del reino de Dios, no tratar temas curiosos o incluso científicos, por lo que podemos omitir una cuestión demasiado a menudo discutida, últimamente con un espíritu totalmente impropio, con estas palabras de un escritor reciente:<sup>6</sup> «Es una cuestión discutida entre los teólogos y los científicos si el diluvio fue absolutamente universal, o si fue universal sólo en el sentido de extenderse sobre toda la parte del mundo habitado entonces. Aquí no entramos en esta controversia; pero podemos señalar el hecho notable que la región al este de Ararat, donde se asentó el arca, muestra señales de haber estado debajo del agua en otro tiempo. Es una región con una depresión particular, por debajo de las regiones de su alrededor, y por ello proporcionando ciertas facilidades para tal inmersión».

Pero hay otro tema relacionado con el diluvio tan destacado y chocante como para reclamar nuestra atención. Es el hecho que el recuerdo del diluvio ha sido conservado en las tradiciones de tantas naciones, tan alejadas e independientes entre sí, que resulta imposible dudar que hayan derivado de una sola fuente original. Como debe suponerse, contienen muchos elementos legendarios, y generalmente sitúan la localidad del diluvio en sus propias tierras; pero estas mismas particularidades los definen como corrupción de la historia real registrada en la Biblia, y transmitida por las diferentes naciones donde se establecieron. El Sr. Perowne ha agrupado estas tradiciones como sigue: las de Asia Occidental, incluyendo los relatos caldeos, fenicios, los así

---

<sup>4</sup> Génesis 7:13, 17; 7:4, 21–23. El Sr. Perowne, en *Smith's Dictionary of the Bible*, art. «Noé».

<sup>5</sup> El Sr. Perowne cita Lyell, *Principles of Geology*, como un ejemplo explicativo de los efectos de una inundación, naturalmente, a una escala muy diferente, «lo que ocurrió en el Runn de Cutch, en las áreas del este del Indus, en 1819, cuando el mar inundó y en pocas horas convirtió una porción de tierra, con un área de dos mil millas cuadradas, en un mar o una laguna interior».

<sup>6</sup> El Dr. Blaikie, *Bible History*, p. 29.

llamados «Oráculos Sibilinos», los frigios, sirios y armenios; luego los de Asia Oriental, incluyendo los relatos persas, indios y chinos; y, en tercer lugar, los de las Naciones Americanas: los de Cherokee, y diversas tribus de las Indias Mexicanas, con los que, por extraño que parezca, agrupa también los relatos de las islas Fiji. A éstos añade, como cuarto ciclo, las tradiciones similares de las naciones griegas. Pero la tradición más interesante es la caldea o babilonia, la cual merece un estudio más detenido.

Aunque no necesitamos tales confirmaciones indirectas para convencernos de la verdad de los relatos de la Biblia, es muy notable que todas las investigaciones históricas, cuando se completan y aplican correctamente, confirman la exactitud de lo que se recoge en las Santas Escrituras. Pero su principal valor para nosotros tiene que ser siempre éste, que nos informan sobre el Arca que flota sola sobre las aguas del diluvio, y conserva salvos para siempre a los que están «cerrados dentro» por la mano de Jehová.

*Relato caldeo del diluvio:* Podemos decir que tenemos dos relatos caldeos generales del diluvio. Uno nos llega de fuentes griegas, de mano de Beroso, un sacerdote caldeo del segundo siglo antes de Cristo, quien tradujo al griego los registros de Babilonia. Éste, siendo el menos claro, no es necesario comentarlo aquí. Pero mucho más interés poseen las inscripciones cuneiformes anteriores, descubiertas y descifradas por primera vez en 1872 por el Sr. G. Smith, del Museo Británico, y desde entonces estudiado más profundamente por el mismo erudito.<sup>7</sup> Estas inscripciones ocupan doce tablas, de las cuales sólo una parte ha sido hecha asequible. Se pueden describir en términos generales como constituyentes del relato babilonio del diluvio, lo cual, puesto que tuvo lugar en aquel lugar, tiene un valor especial. El relato se supone que data de dos mil a dos mil quinientos años antes de Cristo. La historia del diluvio la relata un héroe, conservada a través de él, para un monarca a quien el Sr. Smith llama Izdubar, pero quien supone que debe ser el Nimrod de la Escritura. Como cabe esperar, hay diferencias frecuentes entre el relato babilonio y el bíblico del diluvio. Por un lado, concuerdan en varios detalles, los cuales confirman el relato bíblico más que nunca, demostrando que el acontecimiento se había convertido en una parte distinguida de la historia de la región en la que tuvo lugar. Hay referencias frecuentes a Erec, la ciudad mencionada en Génesis 10:10; alusiones a una raza de gigantes, descritos en términos fabulosos; una mención de Lamec, padre de Noé, aunque con nombre diferente, y del propio patriarca como un hombre sabio, reverente y devoto, quien, cuando la divinidad decidió destruir con el diluvio el mundo por su pecado, construyó el arca. Algunas veces el lenguaje es tan parecido al bíblico que parece que se están leyendo citas distorsionadas de la Escritura. Mencionamos, a modo de ejemplo, el desprecio que se dice que provocó la construcción del arca ante sus contemporáneos; calafatear el arca por dentro y por fuera con brea; el cierre de la puerta detrás de los salvados, la apertura de la ventana, cuando las aguas habían descendido; el ir y venir de la paloma desde «un lugar de reposo que no halló», el envío del cuervo, el cual, alimentándose de los cuerpos sobre el agua, «no volvió»; y, finalmente, la construcción del altar por parte de Noé.

Resumimos los resultados de este descubrimiento con las palabras del Sr. Smith: «A fin de no continuar más con este paralelismo, se notará que cuando se compara el relato caldeo con el bíblico, en sus características principales las dos historias concuerdan bastante bien; en cuanto a la maldad del mundo antediluviano, la ira divina y la orden de construir el arca, su almacenamiento de pájaros y bestias, la venida del diluvio, la lluvia y tormenta, el arca que se posó sobre el monte, la prueba hecha con pájaros para ver si las aguas habían descendido, la construcción de un altar después del diluvio. Todos estos hechos principales sucedieron en el mismo orden en ambas narrativas, pero cuando examinamos los detalles de estas fases en los dos relatos, aparecen diversos puntos divergentes; en cuanto al número de personas salvadas, la duración del diluvio, el lugar donde se posó el arca, el orden en el que se mandan los pájaros, y otros asuntos similares».<sup>8</sup>

Concluimos con otra cita de la misma obra, que nos mostrará hasta qué punto el conocimiento primitivo de las cosas divinas, aunque mezclado con corrupciones terribles, era conservado entre los hombres del período temprano de la historia:

«Parece ser que en aquella edad remota los babilonios tenían la tradición de una inundación que era un castigo divino por causa de la maldad del mundo; y de un hombre santo, que construyó un arca, y escapó de la destrucción; que posteriormente fue llevado y habitó con los dioses. Creían en el infierno: lugar de tormento

---

<sup>7</sup> Ver *Assyrian Discoveries*, por George Smith. Londres, 1875.

<sup>8</sup> *Assyrian Discoveries*, p. 218.

bajo la tierra, y en el cielo: un lugar de gloria en los cielos; y su descripción de ambos lugares tiene, en varios puntos, un parecido sorprendente con los de la Biblia. Creían en un espíritu o alma distinto del cuerpo, que no se destruía con la muerte del marco mortal; y representan este espíritu subiendo de la tierra por el mandato de uno de los dioses, y volando hacia el cielo».

## 2

# *Historia de los patriarcas*

## *Capítulo 7*

*(Génesis 8:15–9:1–28)*

Si lo pensamos bien, la destrucción de «toda carne» por medio del diluvio era necesaria para su propia conservación. La muerte era necesaria para obtener su nueva vida. El mundo viejo fue enterrado por el diluvio, a fin de que de su sepulcro pudiese surgir un nuevo orden de cosas. Porque, evidentemente, después de que los setitas se mezclaran con los cainitas, se debía realizar un comienzo enteramente nuevo si se debía llevar a término el propósito de Dios en gracia. Por ello también, Dios pronunció de nuevo sobre Noé la bendición de fructificar que había dicho a Adán, y le dio dominio sobre la creación, pero, como veremos, con todas las modificaciones que implicaban el juicio que acababa de suceder y el nuevo estado de cosas que había empezado.

### **Después del diluvio**

Merece ser comentado que, incluso cuando la tierra estaba bastante seca, Noé esperó la orden específica de Dios antes de salir del arca. Su primer acción fue la de construir «un altar a Jehová», y ofrecer allí «holocaustos» «de todo animal limpio, y de toda ave». No se trataba meramente de gratitud y homenaje a Dios, sino también de un comienzo de una nueva vida y consagración de la tierra a Jehová con la adoración espiritual. Al presentar un sacrificio animal Noé siguió el ejemplo de Abel; clamando en el nombre de Jehová de nuevo y, en modo solemne adoptaba la profesión de los setitas. Pero existía una diferencia entre su sacrificio y los precedentes; pues por primera vez leemos que un altar era construido. Mientras que el paraíso estuvo todavía sobre la tierra, probablemente los hombres se volvían hacia él como el lugar donde Jehová había tenido relación con el hombre. Pero cuando su lugar fue barrido por el diluvio, Dios, por así decirlo, tomó su trono en el cielo, y desde allí se revelaba a los hombres y conversaba con ellos.<sup>1</sup> Y la verdad, que nuestros corazones y oraciones deben subir a aquél que está en el cielo, fue expresada simbólicamente por medio del altar donde se realizó el sacrificio.

### **El sacrificio de Noé**

La Escritura añade sintomáticamente que «percibió Jehová olor grato», o mejor dicho «un olor de descanso», «de satisfacción»; en otras palabras, aceptó el sacrificio. «Y dijo Jehová en su corazón», es decir,

---

<sup>1</sup>Ver también Génesis 11:5, 7.

decidió, «No volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud». Tanto Lutero como Calvino han hecho notar que la circunstancia de pecado del hombre, que había sido la causa del juicio del diluvio, ahora era expuesta como la razón por la cual no se volvería a maldecir la tierra. Pero de hecho esto simplemente destaca una nueva diferencia entre el estado del hombre antes y después del diluvio. Si se nos permite la expresión, ahora Dios admitía la existencia del pecado universal, y hacía de ello un elemento de su gobierno futuro. Miraba al hombre como a un pecador miserable a quien soportaría en su compasión y paciencia, aplazando su segundo y final juicio hasta que hubiese cumplido todo lo que él había prometido hacer para la salvación de todos los hombres. Dejando de lado Israel, como el pueblo especial de Dios, el período entre Noé y Cristo puede ser descrito con las palabras de San Pablo, como «los tiempos de esta ignorancia» los cuales «Dios pasó por alto»,<sup>2</sup> o como los tiempos en los que «por la paciencia de Dios» los pecados eran pasados por alto.<sup>3</sup>

Habiendo expuesto así los términos fundamentales sobre los que el Señor iba a tratar con las naciones sobre la tierra durante el período entre el diluvio y la venida del Salvador, es decir, durante la dispensación judía, seguimos considerando, en las palabras que Dios dirigió a Noé, algunos puntos de diferencia entre el anterior estado de cosas y el nuevo. En primer lugar, el anuncio de gracia que, mientras existiera la tierra, la sementera y la siega, el frío y el calor, verano e invierno, el día y la noche no cesarían, implicaba no sólo su propósito de conservar nuestra tierra, sino que el hombre podía contar en adelante con una sucesión regular de estaciones, y que tenía que hacer de esta tierra su casa actual, para labrarla y poseerla. Por lo tanto era un asunto bastante distinto cuando Noé fue un «agricultor», de lo que había sido cuando Caín decidió ser «labrador de la tierra». Luego, como ya hemos mencionado, Dios renovó la bendición de fructificar con los mismos términos que había dicho primeramente a Adán, y una vez más dio dominio sobre la creación inferior. Pero en esta nueva concesión había esta diferencia inicial: que el dominio del hombre sería por la fuerza, y no, como antes, de sujeción voluntaria. Si Dios primero había puesto «toda bestia» y «toda ave» ante Adán para rendirle un homenaje, y para recibir nombre de él, ahora se decía a Noé y a sus descendientes, «El temor de vosotros estará sobre todo animal de la tierra; ... en vuestra mano son entregados».

Tal vez deberíamos tener en cuenta en relación con esto que, ahora por primera vez, independientemente de lo que hubiera sido habitual antes de este momento, se permite expresamente el uso de los animales para alimento, con la excepción de la sangre, y ello probablemente por la razón mencionada posteriormente en el caso de los sacrificios, que la sangre era la sede de la vida.<sup>4</sup> Otro cambio muy importante se hace notar solemnemente con la prohibición del asesinato, con esta añadidura, que «el que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada». Tales crímenes ya no iban a ser vengados directamente por Dios mismo, sino que delegaba su autoridad al hombre.<sup>5</sup> Como dice Lutero acertadamente, «Con esas palabras se instituye la magistratura civil, y el derecho divino de llevar la espada». Porque cuando se añade, como razón por la cual el asesinato debe ser castigado con la muerte, que Dios hizo al hombre a su semejanza, parece indicar que la venganza no debe ser tomada por cualquiera según su propia voluntad, sino que la misma pertenece a los que en la tierra representan la autoridad de Dios, o sean sus delegados; por ello también son llamados «dioses» en Sal. 82:6, o más bien «Elohim».<sup>6</sup> Y como Lutero defiende correctamente, «si Dios concede al hombre el poder sobre la vida y la muerte, ciertamente esto conlleva autoridad sobre lo que es menos que la vida, cosas

---

<sup>2</sup> Hechos 17:30.

<sup>3</sup> Romanos 3:25, ver traducción al margen versión inglesa de la Biblia «AV».

<sup>4</sup> Levítico 17:11, 14.

<sup>5</sup> Romanos 13:1, 2.

<sup>6</sup> Principalmente se usan dos palabras para Dios en Hebreo: uno, Elohim, que se refiere a su poder como Legislador y Señor; la otra, Jehová, que se refiere a su carácter como el Dios del pacto.

como bienes, familia, esposa, hijos, esclavos siervos y la tierra». Así las palabras del Señor a Noé contienen la garantía y la autoridad de los elegidos como legisladores y jueces sobre nosotros. Recientemente los judíos acostumbran a hablar de lo que llaman los siete mandamientos de Noé, los cuales, según ellos, atañían a todos los prosélitos gentiles. Eran prohibición de (1) la idolatría, (2) la blasfemia, (3) del asesinato, (4) del incesto, (5) del robo, (6) de comer sangre y animales ahogados, (7) y un mandato a la obediencia a los magistrados.<sup>7</sup>

Confirmando lo que Dios había dicho, él mismo «estableció» su «pacto» con Noé y sus hijos, y como «señal» de ello «puso» o «señaló» su «propio arco en las nubes». Puede ser que el arco iris se viera entonces por primera vez, aunque esto no se desprende necesariamente de las palabras de la Escritura. Solo nos dicen que en adelante el arco iris iba a ser una «señal» o símbolo visible para el hombre de la promesa de Dios de no destruir toda carne con un diluvio, y que él mismo lo «vería» como tal, para que «se acordara del pacto eterno entre Dios y su criatura viviente». Por ello el símbolo del arco iris sería tanto una señal como un sello de la promesa de Dios. Y podemos comprender cuan impresionante debería ser para los que habían presenciado el diluvio, cuando se desarrollaba una tormenta sobre la tierra y aparecía este símbolo. Con el lenguaje poético de un escritor alemán, «El arco iris causado por la influencia del sol sobre las nubes oscuras, demostraría al hombre que lo que era del cielo penetraría a través de lo que se alzase de la tierra; y puesto que se extendía en el golfo entre el cielo y la tierra, parecería proclamar la paz entre Dios y el hombre; mientras que incluso el hecho que limita el horizonte simbolizaría como el pacto de la misericordia que se extendía hasta los extremos más alejados de la tierra».

## El pecado de Noé

A partir de esta escena de comunicación entre Noé y Dios tenemos que pasar a un hecho en su historia, y ciertamente de un carácter muy diferente. Cuando Noé, con sus tres hijos, Sem Cam y Jafet, salió del arca para ser un agricultor, plantó una viña, como sostiene la leyenda judía, de un sarmiento de la viña que había sacado del paraíso. Pero se puede asegurar claramente que, exceptuando el fruto prohibido en sí, ningún otro ha comportado más pecado, ruina, y desolación sobre la tierra. Ya sea que Noé conociera las propiedades de intoxicación de la parra, o que no tuviera en cuenta la adecuada moderación, se presenta este triste espectáculo del anciano patriarca, tan recientemente rescatado del diluvio, no sólo siendo víctima de una borrachera, sino exponiéndose en ese estado a la conducta impía y vil de su hijo Cam. Como dice Lutero, «Cam no se hubiera burlado de su padre, cuando estaba dominado por el vino, si no hubiera despojado su alma mucho antes de la reverencia que, según la orden de Dios, los hijos debían respetar a sus padres». Es un alivio encontrar a los otros hijos de Noé, tan distantes de compartir el pecado de su hermano, defendiendo a su padre reverentemente de la vileza antinatural de Cam. Como podíamos esperar, la conducta de los hermanos recibió la respuesta que merecía; Cam fue maldecido, mientras que una bendición, apta para cada uno, fue dada a Sem y Jafet. Pero, en las palabras del patriarca, la maldición cae especialmente sobre Canaán, el hijo de Cam, no hasta la exclusión de sus otros hijos, sino probablemente como que Noé había sufrido por causa de su hijo, también Cam tenía que experimentar su castigo de mano de su hijo; y Canaán puede haber sido individualizado especialmente, ya sea porque participaba enteramente del espíritu de su padre, o más probablemente por la posterior conexión entre Israel y los cananeos, en quien verían igualmente el espíritu y la maldición de Cam realizada totalmente. En relación con esto vemos que, en dos ocasiones previas,<sup>8</sup> cuando se menciona a Cam, se añade que era «el padre de Canaán».

## Los descendientes de Noé

---

<sup>7</sup> Comparar también Hechos 15:20.

<sup>8</sup> Génesis 9:18, 22.

Sem, Cam y Jafet, que habían de repoblar la tierra, parecen haber impreso sus propias características en sus descendientes. Sus mismos nombres son simbólicos y proféticos. Sem significa esplendor o gloria, Cam calor ardiente, y Jafet engrandecimiento. Considerando esto, escuchamos las palabras del patriarca:

«Maldito sea Canaán, Siervo de siervos será a sus hermanos»;  
y sabemos que éste fue el destino de los hijos de Cam, o las razas de África; mientras que, sorprendentemente, el nombre de Canaán ha sido interpretado con el significado de «el que está sujeto». De nuevo:

«Bendito sea Jehová, el Dios de Sem,  
Y sea Canaán su siervo»,

una profecía cumplida de modo muy ejemplar cuando Israel tomó posesión de la tierra de Canaán; y finalmente:

«Engrandezca Dios (Elhoim)  
a Jafet (engrandecimiento);  
Y habite en las tiendas de Sem,  
Y sea Canaán su siervo».

Esta última profecía consta de tres partes. Promete de Dios, como el Dios de poder, ese engrandecimiento a Jafet que es típico de sus descendientes, las naciones europeas. Y añade que Jafet (no Dios, como algunos leen) habite en las tiendas de Sem, es decir, como dijo San Agustín, «en las iglesias que los apóstoles, los hijos de los profetas, habían erigido»; refiriéndose así a la bendición que debía brotar para todas las naciones de la raza hebrea.<sup>9</sup> Finalmente, Canaán tenía que ser siervo de Jafet, como se vio con la sujeción a Grecia y Roma, de Tiro y Cartago, los antiguos centros de riqueza y comercio, y a Egipto, el imperio del poder y de la más antigua civilización.

Pero las palabras pronunciadas a Sem, el antepasado de la raza hebrea, merecen una consideración especial. Esta bendición empieza de un modo bastante diferente de como lo hace la de Jafet. Comienza con un agradecimiento a Dios, porque, como dice Lutero: «Noé lo ve tan grande que no lo puede expresar con palabras, y por lo tanto recurre al agradecimiento». Luego, la bendición de Sem no es exterior, sino espiritual; porque Jehová será el Dios de Sem. La porción de Sem, es en figura una anticipación, en el sentido más amplio, de lo que en adelante se asignará a Leví, entre los judíos; y Jafet habitará en sus tiendas; con otras palabras, Israel será la tribu de Leví para todas las naciones. Además, mientras que Elohim engrandecerá a Jafet, Jehová el Dios del pacto será el Dios de Sem. Así la promesa primitiva a Adán ahora aparece más definida y más extensa. El libertador prometido vendrá por Sem, como antepasado de la raza escogida, en medio de la cual habitará Jehová; y por medio de Sem, Jafet compartirá la bendición espiritual futura. Aquí, pues, se define claramente la separación de los judíos y los gentiles, y la misión de cada uno de ellos: unos de Jehová, los otros de Elohim; unos en la iglesia, los otros en el mundo.

## *Capítulo 8*

*(Génesis 10–11:1–10)*

Era la voluntad divina que después del diluvio toda la tierra fuera repoblada por los descendientes de Noé. Para este propósito, evidentemente, tenían que separarse y esparcirse, a fin de formar las diferentes naciones y tribus entre las que el mundo iba a dividirse. Cualquier intento de unificarse entre ellos no solo sería contrario al propósito divino, sino que, teniendo en cuenta el pecado universal del hombre, también resultaría peligroso para

---

<sup>9</sup> Como lo expresa un escritor alemán: «Todos nosotros somos simplemente descendientes de Sem; y el idioma del NT simplemente el de Javán hablado en las moradas de Sem».

sí mismos, e incluso sería falso, porque su separación interior ya había aparecido en los caracteres y en las tendencias diferentes de Cam y sus hermanos.

## Genealogía de las naciones

Pero antes de registrar el juicio por medio del cual se sostenía el propósito divino, la Escritura nos da la genealogía de las diferentes naciones, y ello con un triple objetivo; para demostrar cómo la tierra fue poblada toda ella por los descendientes de Noé; para mostrar la relación de Israel con cada nacionalidad; y, el mejor de todos, para registrar, por así decirlo, su nacimiento en el libro de Dios, indicando con ello, que, a pesar de que «en las generaciones pasadas él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos»,<sup>1</sup> ellos también estaban incluidos en los propósitos de misericordia, y preparados para finalmente «habitar en las tiendas de Sem».

De acuerdo con el plan general en el cual la Santa Escritura se escribió, no leemos después de la profecía de Noé, la cual determinaba el futuro de sus hijos, nada más acerca de aquel patriarca que «vivió después del diluvio trescientos cincuenta años», y que murió a la edad de novecientos cincuenta años. En cuanto a la división de la tierra entre sus tres hijos, se puede decir de modo general, que Asia fue dada a Sem, África a Cam y Europa a Jafet. Con este mismo criterio general un estudioso moderno<sup>2</sup> ha trazado todas las lenguas existentes hacia tres fuentes originales, todas ellas, sin duda, derivadas de un manantial primitivo, el cual debió perderse en la «confusión de las lenguas», a pesar de que su existencia se muestra por medio de constantes y sorprendentes puntos de relación entre las tres grandes familias de lenguas. Cuanto más pensamos en la repartición de Europa, Asia y África entre los hijos de Noé, más claramente vemos el cumplimiento de la profecía en cuanto a ellos. Al ojear el catálogo de naciones en Génesis 10, nos cuesta poco reconocerlas, y empezando con el más joven, Jafet, encontramos los conocidos por el lector general, los Cymry de Gales y Bretaña (Gomer), los Escitas (Magog), los Medas (Maday), los Griegos (Jonios, Javán), y los Tracios (Tiras). Entre sus descendientes, los Germanos, Celtas y Armenios han sido identificados con los tres hijos de Gomer. No es necesario continuar con esta tabla, a pesar de que todos recordarán a Tarsis, o España, y los Quitim, o «habitantes de las islas».

Pasando a Sem (v. 21), vemos que es llamado «padre de todos los hijos de Heber», porque en Heber la línea principal se dividió en la de Peleg, de quien salió la raza de Abraham, y los descendientes de Joctán (v. 25). Los descendientes de Sem son exclusivamente las naciones asiáticas, entre las cuales sólo destacamos a Asur o Asiria, y Uz, como la tierra donde nació Job.

Hemos dejado a Cam para el final, por la conexión de su historia con la dispersión de todas las naciones. Sus hijos eran Cus o Etiopía, Mizraim o Egipto, Fut o Libia, y Canaán, a quien, naturalmente, ya conocemos. Se notará, que los centros de todas estas naciones estaban en África, excepto Canaán, cuya intrusión en la tierra de Palestina fue parada por Israel. Pero también otro descendiente de Cam se estableció en Asia. Nimrod, el fundador del imperio babilonio, el conquistador de Asiria, y el constructor de Nínive (v. 11), era el hijo de Cus. Este «poderoso en la tierra», que fundó el primer imperio del mundo, nos recuerda a Caín y su descendiente Lamec. Dejando aparte el posible significado de su nombre, el cual algunos han interpretado como «nos rebelaremos», la violencia engreída y la rebelión ciertamente constituyen las características de su historia. Muy sorprendentemente las tablas de los sucesos reales de Nimrod han aportado una explicación a su descripción como «un cazador poderoso», porque éste es el título que recibían entre ellos los monarcas guerreros que eran grandes conquistadores como «cazadores». Así comprendemos el significado total de la expresión, «empezó a ser un poderoso sobre la tierra». Desde Babilonia, que era «el comienzo de su reino», Nimrod «salió para Asiria» (v. 11, versión en el margen de la versión inglesa AV), «y edificó Nínive».

---

<sup>1</sup> Hechos 14:16.

<sup>2</sup> Nota del traductor: Es preciso tener en cuenta la fecha en que se escribió el presente libro y ver que el texto bíblico solamente nos indica que Dios confundió su lengua. Esto no implica necesariamente que todas tuvieran una misma raíz, o que podamos encontrar un árbol con tres ramas principales.

## Babel

Es de destacar que cada vez se mencionan cuatro ciudades en relación con Nimrod: en primer lugar, las cuatro ciudades del imperio babilonio, del cual Babel era la capital, y después las cuatro ciudades de su imperio conquistado, el de Asiria, del cual Nínive era la capital. Ahora bien, todo esto coincide de manera sumamente sorprendente con lo que leemos en la historia antigua, y con los monumentos asirios que en nuestro tiempo han sido levantados de su entierro de muchos siglos por medio de los trabajos de Layard y Loftus, para testimoniar a favor de la Biblia. Porque, primero, sabemos que el gran imperio asiático de Babilonia era de origen cusita. Incluso el nombre de Nimrod aparece en la lista de los reyes egipcios. En segundo lugar, se nos informa que Babel era la sede original del imperio; y –lo más sorprendente de todo– que los primeros reyes babilonios llevaban un título que se supone significaba «las cuatro razas», refiriéndose a «los grupos cuádruples de capitales»<sup>3</sup> de Babilonia y Asiria. Finalmente, sabemos que, como se afirmaba en la Biblia, «el imperio babilonio extendió su dominio hacia el norte» a Asiria, donde se fundó Nínive, la cual a su vez sucedió al imperio que en otro tiempo estuvo en Babel. En relación con todo esto las investigaciones históricas más recientes han confirmado de un modo sumamente sorprendente el relato de la Escritura.

De la magnificencia de Babel, la capital del imperio de Nimrod, «el cazador poderoso», es difícil aportar un concepto adecuado, sin introducirnos en detalles ajenos a nuestro propósito. Pero podemos formarnos una idea sobre el de su extensión, que según los cálculos más reducidos, cubría por lo menos cien millas cuadradas, o aproximadamente cinco veces el tamaño de Londres; mientras que los cálculos más extensos dan doscientas millas cuadradas, o diez veces el tamaño de Londres.<sup>4</sup> Tal era la envergadura de la ciudad del mundo, cuyo primer «comienzo», por lo menos, fue fundado por Nimrod. No es de extrañar, pues, que el orgullo mundano de aquel tiempo deseara hacer de tal lugar la capital mundial del imperio, cuya torre «llegue al cielo». Los sucesos relacionados con la frustración de su plan acaecieron en los días de Peleg, el nieto de Sem.<sup>5</sup> Puesto que Peleg nació cien años después del diluvio, y vivió doscientos treinta y nueve años, seguramente había ya una considerable población sobre la tierra.

Si se necesitaba alguna evidencia de que el diluvio ciertamente había destruido a los pecadores pero no el pecado, se podía hallar en la conducta y el lenguaje de los hombres en los días de Nimrod y Peleg. Después de salir del arca, «viajaron hacia el este» (c. 11:2) hasta que llegaron a la extensa y bien regada llanura de Sinar, donde se establecieron. Siendo todavía todos ellos «de una sola lengua y unas mismas palabras», decidieron construirse allí «una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo», con el doble propósito de hacer «un nombre» para sí mismos, y por si «fuésemos esparcidos sobre la faz de toda la tierra». Tales palabras se parecen mucho con las que usaría Nimrod y están impregnadas del espíritu de «Babilonia» en todas las edades. Ciertamente su significado es: «Rebelémonos»; porque así no solo se frustraría el propósito divino de poblar la tierra, sino que tal imperio del mundo habría sido en su propia naturaleza un desafío a Dios y al reino de Dios, aunque su motivo fuera el orgullo y la ambición. Un crítico alemán ha visto en las palabras «hagámonos un nombre» (en hebreo, sheen) una especie de falsa imagen de Sem en quien se centraban las promesas de Dios, o, si podemos expresarlo así, el establecimiento de un anticristo de poder mundano. Algo de este tipo ciertamente parece ser indicado con las palabras de Dios sobre dicho intento (v. 6): «Y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer». Estas palabras parecen implicar que la construcción de Babel era únicamente el inicio de un camino mayor de rebelión. La reunión de todas las fuerzas materiales en un centro común hubiera conducido al despotismo universal y a la idolatría universal; en pocas palabras, al desarrollo pleno de lo que, como anticristo, se reserva para el juicio de los últimos días. Leemos que «Jehová descendió para ver la ciudad y la torre», es decir, usando nuestro modo de expresión humano, para tomar conocimiento judicial de las obras de los hombres.

---

<sup>3</sup> Ver artículo del Sr. Bevan en *Smith's Dictionary of the Bible*, vol. II, pp. 544, etc.

<sup>4</sup> El Sr. Smith, no obstante, considera estos cálculos algo exagerados.

<sup>5</sup> Génesis 10:25.

## La confusión de lenguas

En cuanto al lenguaje vanidoso con el que los constructores de Babel y de su torre habían expresado su propósito en su confianza en sí mismos: «Vamos, hagamos ladrillo», etc. (v. 3), Jehová expresó su propio propósito de derrotar su locura, usando las mismas palabras: «Vamos, descendamos, y confundamos allí su lengua». Y con estos sencillos medios, sin ninguna interferencia exterior visible, el Señor detuvo el mayor intento de rebelión humana, y al confundir su lengua, «los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra». «Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, o confusión.»

¡Qué gran comentario significa esta historia a las declaraciones majestuosas del salmo segundo! De la torre de Babel no se han descubierto ruinas seguras. Generalmente se asocia con las ruinas llamadas Birs Nimrud, a unas seis millas al suroeste del lugar de la antigua Babilonia. Birs Nimrud es «un montículo piramidal coronado aparentemente con las ruinas de una torre, con una altura de ciento cincuenta y cinco pies y medio por encima del nivel de la llanura, y en circunferencia algo más de doscientos pies».<sup>6</sup> No obstante, su distancia de Babilonia parece ser un detalle contrario a la idea que esas ruinas son las de la torre mencionada en la Escritura. Pero a pesar de ello, Birs Nimrud solo puede tener unos pocos siglos menos que la torre de Babel; y su construcción nos permite juzgar el aspecto original de la torre. Birs Nimrud estaba orientada al noreste, y formaba una especie de «pirámide oblicua, construida en siete estadios más atrás. La plataforma sobre la que se apoyaban estos estadios era de ladrillo crudo; los estadios eran de ladrillo cocido, pintado con diferentes colores en honor a los dioses o planetas; cada estadio estaba colocado en una posición retraída con respecto al otro, es decir considerablemente más cercano a la parte posterior, o sudoeste». El primer estadio, negro en honor a Saturno, era un cuadrado de doscientos setenta pies, y veintiséis de altura; el segundo, naranja, en honor a Júpiter, era un cuadrado de doscientos treinta pies, y veintiséis de altura; el tercero, rojo intenso, en honor a Marte, era un cuadrado de ciento ocho pies, y también de veintiséis de altura; el cuarto, dorado, para el sol, era de ciento cuarenta y seis pies, y quince de altura; el quinto, amarillo pálido, para Venus, era de ciento cuatro pies, y quince de altura; el sexto, azul oscuro, para Mercurio, era de sesenta y dos pies, y quince de altura; y el séptimo, plateado, para la Luna, era de veinte pies, y quince de altura. Todo ello estaba coronado por una capilla, que seguramente cubría casi toda la cúspide. La altura total, como ya se ha mencionado, era de ciento cincuenta y tres pies; o un tercio de la altura de la gran pirámide de Egipto, que mide cuatrocientos ochenta pies.

También es interesante notar la exactitud con la que corresponde lo que leemos en la Escritura con lo que conocemos de la arquitectura babilónica antigua: «Hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y légamo (o más exactamente, betún) en lugar de mezcla». Los pequeños ladrillos cocidos, sobre betún, todavía se hallan allí; no solo en la torre, sino en las ruinas todavía existentes del antiguo palacio de Babel, el cual era coetáneo con la construcción de la ciudad.

La Santa Escritura no nos informa si se permitió que la «torre» permaneciera en pie después de la dispersión de sus constructores; tampoco nos da ningún detalle sobre cómo «Jehová confundió la lengua de toda la tierra». Todo ello hubiera ido más allá de su propósito. Pero allí, en el mismísimo principio, cuando se llevó a cabo el primer intento humano de crear un vasto reino de este mundo con la fuerza humana, el cual Dios aniquiló confundiendo la lengua de los constructores, y esparciéndolos por la faz de toda la tierra, vemos un juicio en figura, cuya contraparte en la bendición se dio el día de Pentecostés; cuando, por el derramamiento del Espíritu Santo, se había de fundar otro reino universal, cuyas primeras arras fueron el don de lenguas, que señalaba una reunión de naciones, cuando se cumpliera la promesa que todos ellos serían reunidos en las tiendas de Sem.

## Capítulo 9

Un escritor alemán moderno ha dicho acertadamente: «El nacimiento del paganismo puede datarse a partir del momento cuando se pronunció la frase presuntuosa, “Vamos, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya

---

<sup>6</sup> El profesor Rawlinson, en el *Smith's Dictionary of the Bible*, vol. I.

cúspide llegue al cielo, y hagámonos un nombre”». Incluso Josefo, el antiguo historiador judío, considera a Nimrod como el padre del paganismo, cuya característica es la de encontrar fuerza y felicidad en el pecado, y no en Dios. Su principio básico es rechazar todo lo que no se ve, y aferrarse a lo que es temporal. Así también nosotros podemos ser paganos en nuestro corazón, aunque no lo seamos en mente, y no adoremos maderos o piedra. Ciertamente, es muy notable que no se haya descubierto ninguna nación o tribu que no adore algún ser superior; y no obstante desde los bárbaros más salvajes hasta el filósofo más refinado, todos han sido destituidos del conocimiento del único Dios vivo y verdadero. La única excepción en el mundo es Israel, a quien Dios se reveló de manera especial; e incluso Israel necesitaba enseñanza, guía y disciplina constantes de lo alto a fin de impedir que cayera de nuevo en la idolatría. La idolatría es la religión de la vista en lugar de la de la fe. En vez de un Creador que no ha sido visto, el hombre consideró lo que era visible (el sol, la luna, las estrellas) como la causa y el legislador de todo; o asignó a cada cosa su divinidad, y así tuvo dioses en gran cantidad y muchos señores; o incluso convirtió a sus héroes, reales o imaginarios, en dioses. La adoración de los cielos, la adoración de la naturaleza, o la adoración del hombre; tales son el paganismo y la idolatría. A pesar de ello, el hombre siempre notó la insuficiencia de su adoración, porque detrás de estos dioses colocó un Destino oscuro, inmutable, indescubrible, que legislaba de modo supremo y controlaba tanto a los dioses como a los hombres. Ciertamente era un cambio terrible el abandonar a nuestro Padre celestial y a su amor por tales falsas ilusiones y decepciones.

## **Las naciones y su religión**

Lo peor de todo ello era que el hombre gradualmente se transformaba a semejanza de su religión. Primero imputaba sus propios vicios a los dioses, y luego imitaba los vicios de sus dioses. Verdaderamente, las naciones paganas eran el hijo menor en la parábola,<sup>1</sup> que había dejado la casa de su padre con la parte de los dioses que le pertenecía, (ciencia pagana, arte, literatura y poder) para encontrarse finalmente llevado a comer las algarrobas de las que se alimentaban los cerdos, sin conseguir con ello satisfacer los apremios de su hambre. Bendito sea Dios por esa revelación de sí mismo en Cristo Jesús, que ha vuelto el pródigo a la casa y al corazón del Padre.

Pero a pesar de todo ello, Dios no se quedó sin un testimonio. El estudio hacia el interior del hombre en busca de un Dios, la voz acusadora de su conciencia, el intento de ofrecer sacrificios, y los remanentes de antiguas tradiciones de la verdad entre los hombres; todo parece apuntar hacia arriba. Y luego, del mismo modo que no todos los que eran de Israel, eran verdaderamente de Israel, así también Dios tuvo en todo tiempo los suyos, incluso entre las naciones gentiles. Job, Melquisedec, Rahab, Rut, Naamán, pueden ser mencionados como ejemplos de esto. Se entenderá rápidamente que el número de los «nacidos fuera de tiempo», por así decirlo, de entre los gentiles, debe haber sido mayor cuanto más ascendemos en el río de la vida, y cuanto más nos acercamos al período cuando las tradiciones todavía estaban conservadas con su pureza en la tierra. El ejemplo más completo de esto se nos presenta en el libro de Job, el cual también nos da una imagen muy interesante de aquellos días.

Podemos considerar dos cosas como bien establecidas sobre el libro de Job. Su escena y actores se colocan en tiempos de los patriarcas, y fuera de la familia o antepasados inmediatos de Abraham. Es una historia de vida gentil durante los primeros patriarcas. Y, no obstante, no se encuentra fuera del libro de Job nada más noble, grande, devoto, o espiritual «ni aun en Israel». Éste no es el lugar para exponer la historia de Job, o para señalar la profundidad de pensamiento, la viveza de su imagen, y la belleza y grandeza del lenguaje con el que está escrito. Sirva echar una ojeada rápida al repaso de la vida religiosa y social que se nos presenta.

## **Job**

Si nos referimos aquí a las palabras de Eliú, Job tenía evidentemente un conocimiento perfecto del Dios verdadero y era un adorador humilde y deseoso de Jehová. Sin tener ninguna relación con «Moisés y los Profetas», conocía las cosas sobre las que hablaron Moisés y los profetas. Reconocimiento de Dios, creyente y reverente, sumisión y arrepentimiento espiritual formaban parte de su experiencia, lo cual era aprobado por

---

<sup>1</sup> Lucas 15:12.

Dios mismo. Además, Job ofrecía sacrificios; habla sobre el gran tentador; espera la resurrección del cuerpo; y espera la venida del Mesías.

Hemos seguido las líneas principales de la religión de Job. Los amigos que acuden a él, aunque no comparten su piedad, por lo menos no tratan sus opiniones como algo muy extraño y nunca oído. Esto, pues, es una imagen bendita de cierta clase en aquella edad. A partir de varias alusiones en el libro de Job podemos vislumbrar cuánto había avanzado la cultura y la civilización en aquellos días. Job era un hombre de gran riqueza y alto rango. Como dice un escritor reciente:<sup>2</sup> «El jefe vive con notable esplendor y dignidad... Job visita la ciudad con frecuencia, y es recibido con gran respeto como un príncipe, juez y guerrero destacado.<sup>3</sup> Se hace alusión a tribunales de justicia, acusaciones escritas y formas normales de procesos.<sup>4</sup> El hombre había empezado a observar y razonar sobre los fenómenos de la naturaleza, y las observaciones astronómicas eran relacionadas con especulaciones curiosas sobre tradiciones primitivas.

Leemos acerca de operaciones mineras, grandes edificios, sepulcros en ruinas... Grandes revoluciones habían sucedido durante el tiempo del escritor; naciones, que en otro tiempo habían sido independientes, habían sido derrocadas y razas enteras habían sido reducidas a la miseria y la degradación. Pero tampoco deberíamos pasar por alto las observaciones que nos da esta historia sobre la vida social. A pesar de existir violencia, robo y asesinato en la tierra, felizmente, también encontramos el otro lado de la moneda. «Cuando yo salía a la puerta de la ciudad, y en la calle preparaba mi asiento, los jóvenes se retiraban al verme; y los ancianos se levantaban y se quedaban en pie.» Junto con este adecuado tributo al valor, encontramos que la relación entre los ricos piadosos y los pobres se describe como sigue: «Los oídos que me oían me llamaban bienaventurado, y los ojos que me veían me daban testimonio, porque yo libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que carecía de ayudador. La bendición del que iba a perecer venía sobre mí, y al corazón de la viuda yo daba alegría». Ciertamente no hay nada de todo esto que quisiéramos alterar ni siquiera en tiempos del Nuevo Testamento. Pero, en contraste, lo más terrible debe haber sido la idolatría y la corrupción de la gran mayoría de la humanidad; una idolatría que debieron heredar de antes del diluvio, y que rápidamente alcanzó proporciones gigantescas, y una corrupción que continuó aumentando durante los «tiempos de esta ignorancia».

## Capítulo 10

Antes de seguir adelante con nuestra historia sería adecuado dar unas breves explicaciones sobre la tabla cronológica ofrecida en este volumen, y de la cronología temprana de la Biblia en general.

### Cronología de la historia bíblica temprana

En primer lugar, se verá que los años se cuentan a partir de «antes de Cristo»; lógicamente las cifras son inferiores a medida que descendemos desde la creación del mundo, y cuanto más nos acercamos al nacimiento de nuestro Salvador. Así, si el año de la creación se calcula el 4004 antes de Cristo, el diluvio, que sucedió 1.656 años más tarde, estaría en el año 2348 antes de Cristo. Además, se observará que hemos dado dos tablas cronológicas para los mismos acontecimientos, las cuales difieren en muchos cientos de años; una según Hales, la otra según Ussher, este último siendo el de «las fechas en los márgenes de las Biblias Inglesas», y podemos añadir, que coincide con el texto hebreo del Antiguo Testamento. La explicación de esta diferencia es que nuestro cálculo de las fechas bíblicas puede derivar de tres fuentes diversas. De hecho, tenemos los cinco libros de Moisés en tres formas diferentes.

---

<sup>2</sup> Canon Cook, en *Smith's Dictionary of the Bible*, vol. I., p. 1097

<sup>3</sup> Job 29:7, 9.

<sup>4</sup> Job 13:26; 31:28.

En primer lugar tenemos el texto original hebreo del Antiguo Testamento; luego, existe una traducción del mismo en griego, completa ya antes del tiempo de Cristo, por ello a menudo es citada en el Nuevo Testamento. Esta versión se conoce como la de los «LXX», o «Setenta», por su número supuesto de traductores. Finalmente, tenemos el Pentateuco Samaritano, o el usado por los Samaritanos. Ahora bien, puesto que las genealogías difieren entre estos tres en cuanto a las edades de los patriarcas, se pone la cuestión de cuál de ellos debemos adoptar. Cada una de estas fuentes ha tenido sus defensores, pero los críticos más estudiosos concuerdan unánimemente en la actualidad en que, como era de suponer, el texto hebreo contiene la cronología correcta. De las otras dos, la Samaritana es tan poco digna de confianza que para fines prácticos es mejor ignorarla totalmente. La cronología de la Septuaginta difiere de la del texto hebreo prolongando las edades de los patriarcas, parcialmente antes del diluvio, pero principalmente entre el diluvio y el llamamiento de Abraham. Este hecho comporta que el diluvio aparezca quinientos ochenta y seis años más tarde que en el texto hebreo; y el nacimiento de Abraham otros ochocientos setenta y ocho años; siendo la diferencia total por lo menos de mil doscientos cuarenta y cinco años. No es difícil ver por qué los traductores griegos alteraron de este modo los números originales. Evidentemente era su deseo de colocar el nacimiento de Abraham lo más tarde posible después del diluvio. De estas dos cronologías, la del texto hebreo, se llamará, por razones prácticas, la cronología breve, y la de los «LXX» la cronología larga; y, de modo general, puede decirse que (con algunas modificaciones que sería muy largo explicar) Hales ha adoptado la cronología larga, o griega, y Ussher la breve, o hebrea.

Esto será suficiente sobre un tema que ha causado mucha discusión.<sup>1</sup> Es mucho más importante pensar en el reino de Dios, cuya historia se nos ofrece en las Santas Escrituras; porque ahora nos encontramos al principio de su aparición real. Si Dios había ya tratado con la humanidad en general en el principio, luego con una parte de la raza, y finalmente con una parte de las naciones, en este momento se formó para sí mismo un pueblo especial, por medio del cual serían llevados a cabo sus propósitos de misericordia para con todos los hombres. Este pueblo iba a ser entrenado desde su cuna hasta que hubiese cumplido su misión, que fue cuando vino el que era el deseo de todas las naciones.

Hay tres puntos que requieren atención especial:

1. La elección y selección de lo que tenía que llegar a ser el pueblo de Dios. Paso a paso vemos en la historia de los patriarcas este proceso de elección y separación de parte de Dios. Ambas acciones están marcadas con su doble característica: que todo se cumple, no en el modo común y natural, sino sobrenaturalmente; y que todo es por gracia. Así Abram fue llamado a salir él solo de la casa de su padre; fue elegido y seleccionado.

## **Comienzo de la historia de los tratos de Dios con Abraham y su simiente**

El nacimiento de Isaac, el heredero de las promesas, era, en cierto modo sobrenatural; mientras, por otro lado, Ismael, el hijo mayor de Abram, fue rechazado. La misma elección y selección aparece en la historia de Esaú y Jacob, y ciertamente a lo largo de toda la historia patriarcal. Porque al principio la raza escogida debía aprender la gran lección de toda la Escritura (que todo nos viene de Dios, y es por gracia), que no se trata del actuar humano, sino de la obra de Dios; no en el modo común, sino por medio de su participación especial. Tampoco deberíamos pasar por alto otra peculiaridad de los tratos de Dios. Usando una ilustración del Nuevo Testamento, era el grano de mostaza que estaba destinado a crecer y convertirse en árbol sobre cuyas ramas encontrarían cobijo todas las aves del aire.

En Abram el tallo fue reducido a una sola raíz. Esta raíz brotó por primera vez con la familia patriarcal, luego se expandió con las tribus de Israel, y finalmente brotó y llevó fruto con el pueblo escogido. Pero incluso esto era un medio para alcanzar el fin. Israel había poseído, por así decirlo, las tres coronas independientemente. Tuvo el sacerdocio en Aarón, la dignidad real con David y su línea, y el oficio profético. Pero en los «últimos días» la corona triple de sacerdote, rey y profeta había sido unida sobre aquél a quien realmente corresponde, es

---

<sup>1</sup> Los judíos modernos cuentan el año de la creación desde el 3761 antes de Cristo, de modo que, para calcular la era judía, debemos añadir a nuestra era cristiana la cifra 3761.

decir Jesús, un «profeta como Moisés», el sacerdote eterno «según el orden de Melquisedec», y el real y siempre reinando «Hijo de David». Y en él todas las promesas de Dios, que habían sido dadas con mayor claridad desde Adán hasta Sem, después de Abraham, a Jacob, en la ley, en las figuras del Antiguo Testamento, y finalmente, en sus profecías, han venido a ser «sí y amén», hasta que al final todas las naciones habitarán en las tiendas de Sem.

2. Notamos una diferencia en el modo de revelación divina en el período patriarcal en comparación con el período anterior. Primero Dios había hablado al hombre, ya sea sobre la tierra o desde el cielo, mientras que ahora realmente se aparecía a ellos, y ello especialmente como el Ángel de Jehová, o el Ángel del Pacto. La primera vez que Jehová «se apareció» a Abram fue cuando entró en la tierra de Canaán, obedeciendo al llamamiento divino que lo escogió para ser el antepasado del pueblo de Dios.<sup>2</sup> En adelante una nueva aparición de Jehová, y del Ángel del Pacto, en quien él se manifestaba a sí mismo, señalaba cada fase de la historia del Pacto. Y esta aparición no se concedió solamente a Abraham y Agar, a Jacob, a Moisés, a Balaam, a Gedeón, a Manoa y a su esposa, y a David, sino que incluso, hacia el final de la historia judía, este mismo Ángel de Jehová todavía está suplicando por el rebelde y apóstata Israel con estas palabras: «Oh Jehová de los ejércitos, ¿hasta cuándo no tendrás piedad de Jerusalén?». <sup>3</sup> Cuanto más cuidadosamente seguimos sus pasos, más seguramente seremos convencidos que no era un ángel común, sino que Jehová se complacía en revelarse a sí mismo de este modo en el Antiguo Testamento. Tendremos varias ocasiones para reincidir sobre este tema solemne. Hasta entonces será interesante saber que desde la antigüedad los judíos también lo consideraban el Shechinah, o presencia visible de Dios; el mismo en su aparición en la columna de la nube y de fuego, y después en el templo, en el lugar santísimo; mientras que la iglesia antigua casi unánimemente adoraban en él al Hijo de Dios, la segunda persona de la bendita trinidad. No podemos encontrar un tema de mayor provecho, o que pueda estar colmado de mayor bendición, que seguir con reverencia los pasos del Ángel de Jehová a lo largo del Antiguo Testamento.

3. La gran característica de los patriarcas fue su fe. Las vidas de los patriarcas son una figura anticipada de toda la historia de Israel y su elección divina. Con las palabras de un escritor Alemán reciente, en medio de todos los variopintos sucesos, el rasgo común en toda la historia patriarcal era «la fe que se aferra a la palabra de la promesa, y por la fuerza de dicha palabra abandona lo que se ve y es presente por lo que no se ve y es futuro». Así «Abraham fue el hombre de una fe gozosa y activa; Isaac de la fe paciente y perseverante; Jacob de la fe luchadora y dominante». Pero todos vivieron y «murieron en la fe sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y abrazándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra». Y todavía es así. Sin ignorar el gran privilegio de los que son descendientes de Abraham, no obstante, en el sentido verdadero, únicamente «los que son de fe, éstos son hijos de Abraham»; «y si vosotros sois de Cristo, entonces sois descendientes de Abraham, y herederos según la promesa». Adaptando las palabras de un poeta Alemán:

«Lo que distingue a los del redil  
Es la fe que no ve;  
Pero, como si viese,  
Confía, Señor, sin verte, en Ti».

## *Capítulo 11*

*(Génesis 11:27–13:1–4)*

---

<sup>2</sup> Génesis 12:7.

<sup>3</sup> Zacarías 1:12.

Podemos decir que con Abram empieza un período enteramente nuevo. Había de ser el antepasado de una raza que conservaría las promesas divinas, y por medio de la cual, al fin, serían realizadas. Por ello parecía necesario que, cuando Abram fue llamado, abandonase su antigua casa, su familia, su país y su pueblo. Por no hablar de los peligros que en caso contrario hubiesen amenazado su vocación, un nuevo comienzo requería que él fuera cortado de todo lo que había «detrás». Si él hubiese permanecido en Ur de los caldeos, podría haber sido como mucho un nuevo eslabón de la vieja cadena. Además, los tratos especiales de Dios, y la fe y paciencia de Abram, como se manifestaron en la obediencia al mandamiento divino, estaban diseñados para conferirle la calidad de cabeza del nuevo orden de cosas, «el padre de todos los creyentes». Finalmente, estaba diseñado que la historia de Abram, como la de su simiente después de él, preparase el camino para las grandes verdades del evangelio, y mostrara como en figura la historia de todos los que por medio de la fe y la paciencia heredan las promesas.

## El llamamiento de Abram

Hasta el momento Dios sólo había intervenido, como en el caso del diluvio, y con la confusión de las lenguas, con el fin de detener los intentos del hombre contra los propósitos de misericordia divinos. Pero cuando Dios llamó a Abram, intervino personal y activamente, y esta vez en misericordia, no en juicio. Toda la historia de Abram puede disponerse en cuatro fases, cada una empezando con una revelación personal de Jehová. La primera, cuando el patriarca fue llamado a su labor y misión;<sup>1</sup> la segunda, cuando recibió la promesa de un heredero, y se realizó un pacto con él;<sup>2</sup> la tercera, cuando dicho pacto fue establecido con el cambio de su nombre de Abram a Abraham, y con la circuncisión como señal y sello del pacto;<sup>3</sup> la cuarta, cuando su fe fue puesta a prueba, demostrada, y perfeccionada con la ofrenda de Isaac.<sup>4</sup> Éstas son, por así decirlo, las cúspides de la historia de Abram, las cuales fueron escaladas sucesivamente por el patriarca, y en relación con las cuales todos los acontecimientos de su vida pueden ser considerados como la cuesta.

Descendiendo por la genealogía de Sem, Abram es el décimo entre «los padres» de después del diluvio. Era el hijo (según parece el tercero y el más joven) de Taré, siendo los otros dos Harán y Nacor. La familia, o más correctamente la tribu o el clan de Taré, residían en Caldea, que es el sur de Babilonia. «Ur de los caldeos», como se ha descubierto también recientemente,<sup>5</sup> era una de las ciudades más antiguas, si no la más antigua de todas las de Caldea. Yace a seis millas del río Éufrates, y, dato curioso, ahora está a ciento veinticinco millas del Golfo Pérsico, aunque se supone, que durante cierto tiempo estuvo en sus costas, siendo la diferencia explicada por el depósito rápido de lo que se convierte en tierra, o aluvión, como se suele llamar. Así Abram, en su juventud, debería estar a la orilla del mar y contemplar la arena innumerable, con la que fue comparada su posteridad por las edades. Otra figura, bajo la cual se describe su posteridad, también debía resultarle igualmente familiar. Es harto conocido que el brillo de un cielo en oriente enteramente estrellado, y especialmente donde vivía Abram, es muchísimo mayor de lo que vemos en nuestras latitudes. Posiblemente este hecho condujo primero a aquellas regiones a la adoración de los cuerpos celestiales. Y Abram debía ser altamente atraído a su contemplación, puesto que la ciudad donde vivía estaba «totalmente entregada» a la

---

<sup>1</sup> Génesis 12–14.

<sup>2</sup> Génesis 15, 16.

<sup>3</sup> Génesis 17–21.

<sup>4</sup> Génesis 22–25:1–11.

<sup>5</sup> Ver el artículo Ur, en el *Smith's Dictionary of the Bible*. La opinión adoptada anteriormente, que supone a Ur en una región totalmente distinta, es claramente errónea.

idolatría; porque el emplazamiento real de Ur ha sido determinado por el hecho que los ladrillos encontrados allí todavía tienen el nombre de Hur. Ahora bien, esta palabra señala Hurki, el antiguo dios luna, y Ur de los caldeos era la gran «Ciudad de la Luna», el mismísimo centro de la adoración caldea de la Luna. Las ruinas más notables de aquella ciudad son las del antiguo templo de la luna de Ur, las cuales, por el nombre de los ladrillos, se calcula que son del año 2000 antes de Cristo. Así unos ladrillos de treinta y ocho siglos de antigüedad han sido presentados como testimonio de la antigua ciudad de Abram, y del tremendo cambio que experimentó cuando, con fe en la palabra divina, obedeció al mandamiento de Dios. La tradición judía contiene uno o dos relatos diversos para manifestar cómo se convirtió Abram de la idolatría que lo rodeaba, y sobre las persecuciones que tuvo que sufrir como consecuencia. La Escritura no nos satisface la curiosidad en semejantes asuntos; pero, fiel a su propósito uniforme, solo cuenta lo que pertenece a la historia del reino de Dios. Sabemos, no obstante, por Jos. 24:2, 14, 15, que la familia de Taré «antiguamente, al otro lado del diluvio», o del Éufrates, «servían a otros dioses»; y podemos entender fácilmente cuán importante era la influencia del ambiente a su alrededor en aquellas circunstancias. Dios llamó a Abram que saliese fuera de esa ciudad de Ur. Harán, el hermano mayor de Abram, ya había muerto.

## Su llegada a Canaán

Leemos que «Taré tomó a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Saray su nuera, mujer de Abram su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán; y vinieron hasta Harán, y se quedaron allí».

Las palabras que hemos escrito entre comillas no dejan lugar a dudas, en cuanto a que el primer llamamiento de Dios había llegado a Abram mucho antes de la muerte de Taré, y cuando el clan todavía estaba en Ur.<sup>6</sup> A partir del hecho que Harán después es llamada «la ciudad de Nacor»,<sup>7</sup> adivinamos que Nacor, hermano de Abraham, y su familia también se habían establecido allí, aunque tal vez posteriormente, y sin dejar su idolatría. Es una confirmación notable del relato escritural, que, a pesar de que esa región pertenece a Mesopotamia, y no a Caldea, se sabe que sus habitantes retuvieron durante largo tiempo la lengua y la religión caldeas. Harán ha conservado su nombre original, y en tiempos de los romanos era uno de los grandes campos de batalla donde el poder sufrió una derrota por parte de los Partos.

El viaje desde Ur, en el lejano sur, había sido largo, extenuante y peligroso; y las llanuras fructíferas alrededor de Harán debieron atraer de un modo muy especial a una tribu ganadera para que se estableciera allí. Pero cuando llegó el mandamiento divino, Abram no fue «desobediente a la visión celestial». Tal vez la llegada y el asentamiento de Nacor y su familia, trayendo con ellos sus aportaciones idólatras, creó un nuevo incentivo para irse. Y hasta el momento, Dios, en su providencia, había facilitado el camino de Abram para que se fuera, ya que su padre Taré había muerto en Harán a la edad de doscientos cinco años. El segundo llamamiento de Jehová a Abram, según se presenta en Génesis 21:1–3, consistía en un mandamiento cuádruple, y una promesa cuádruple. El mandamiento exponía unos términos bastante bien definidos: «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré»; dejando indeterminado, como si aún no se hubiese decidido, el lugar final de su destino. Esta incertidumbre debió haber sido una dificultad adicional, y en aquellas circunstancias una dificultad muy seria en el camino de la obediencia de Abram. Pero las palabras de la promesa le dieron ánimo. Debe notarse claramente que en esta ocasión, como en cualquier otra de la vida de Abram, su fe determinó su obediencia. Coincidiendo con esto leemos: «Por la fe, Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como herencia; y salió sin saber adónde iba».<sup>8</sup> La promesa en la que él confiaba le aseguraba estas cuatro cosas: «Haré de ti una nación grande»; «te bendeciré», con esta añadidura (en

---

<sup>6</sup>Comp. Hechos 7:2.

<sup>7</sup>Génesis 24:10; comp. 27:43.

<sup>8</sup>Hebreos 11:8.

el v. 3), «y serás bendición. Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré»; «engrandeceré tu nombre»; y, finalmente, «y serán benditas en ti todas las familias de la tierra».

Cuando examinamos estas promesas de manera más detenida, inmediatamente vemos que debieron significar otra prueba adicional de la fe de Abram; porque no sólo iba como forastero a una tierra extranjera, sino que no tenía ningún hijo. La promesa que sería «bendición», implicaba que, en cierto modo, la bendición estaría identificada con él; de manera que la felicidad o el mal fluirían a partir de la relación de los hombres con Abram. Por otro lado, de las curiosas palabras «los que te bendigan», en plural, y «el que te maldiga», en singular,<sup>9</sup> se desprende que el propósito divino de misericordia incluía a muchos, «de todas las naciones, pueblos, y lenguas». Finalmente, la gran promesa, «en ti serán benditas todas las familias de la tierra», iba mucho más allá de la seguridad personal, «engrandecerá tu nombre». Tomaba de nuevo y definía mejor las promesas anteriores de liberación final, concretando en Abram la fuente de donde iba a brotar la bendición. Bajo esta luz, toda la humanidad aparece solamente como muchas familias, pero con un solo padre; y que debían ser unidas de nuevo en una bendición común en y por medio de Abram. Esta promesa, que fue repetida a menudo en la historia de Abram, contenía ya en el principio la totalidad del propósito divino de misericordia en la salvación de los hombres. Así se cumpliría la predicción: «engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem», como lo dice Pedro en Hechos 3:25, y Pablo en Gálatas 3:8, 14.

Abram tenía setenta y cinco años «cuando salió de Harán», acompañado por Lot y su familia. Dejando aparte las diversas tradiciones que describen su larga estancia en Damasco, y su supuesto gobierno en el lugar, aprendemos de la Escritura que Abram entró en la tierra de la promesa, como muchos años después su nieto Jacob volvió a ella, dejando a su derecha el Líbano majestuoso, y a su izquierda los pastos de Galaad y los bosques montañosos de Basán. Fue adelante pasando por colinas y valles, hasta llegar a la deliciosa llanura de Moré, o mejor dicho la extensión de encinares de Moré, en el valle de Siquem. Los viajeros han hablado con términos muy entusiastas sobre este valle. «Súbitamente», escribe el profesor Robinson, «el terreno se hunde en un valle hacia el oeste, con una tierra de un rico mantillo vegetal. Allí se precipita ante nuestros ojos una escena de una vegetación exuberante y casi única. Todo el valle estaba lleno de jardines de plantas, y huertos de todo tipo de frutos, regados por varias fuentes, que brotan de varias partes, y fluyen hacia el oeste en forma de riachuelos refrescantes. Apareció ante nosotros repentinamente, como una escena de cuentos de hadas. No vimos nada comparable en toda Palestina». Otro viajero dice:<sup>10</sup> «Aquí no hay matorrales salvajes; pero hay vegetación por todas partes, sobra por doquier; no es la sombra del roble o el encinar, sino del olivo, tan suave en su color, tan pintoresco en su forma, que por su causa podemos ignorar cualquier otro bosque». Tal fue el primer lugar de reposo de Abram en la tierra de la promesa, en la llanura, o mejor, en el bosque de Moré, cuyo nombre probablemente derivaba del propietario cananeo de la región. Porque, como lo indica la nota del escritor sagrado, «y el cananeo estaba entonces en la tierra», el país no se hallaba sin arrendatario, sino que estaba ocupada por una raza hostil; y si Abram tenía que tomar posesión de él, tenía que ser otra vez por medio de la fe en las promesas.

Fue allí de hecho donde Jehová «se apareció» a Abram, bajo algún tipo de forma visible; y entonces por vez primera ante el cananeo fue expresada la promesa, «a tu descendencia daré esta tierra». Se añade que Abram «edificó allí un altar a Jehová, quien se le había aparecido». Así, el suelo donde Jehová había sido visto, y que había prometido a Abram, fue consagrado al Señor; y la fe de Abram, que hizo profesión pública en una tierra extranjera, se aferró a la promesa de Jehová, entregada solemnemente.

Desde Siquem, Abram se desplazó, probablemente por causa del pasto, hacia el sur a una montaña en el este de Betel, plantando su tienda entre Betel y Hai. Esta región, en palabras de Robinson, es «aún una de las mejores extensiones para apacentar el ganado de toda la tierra». Con el lenguaje resplandeciente de Dean Stanley: «Nos hallamos en una de las más altas sucesiones de montañas, ... con su cumbre que reposa sobre las laderas rocosas, y distinguida por los olivos, que se apiñan sobre su amplia zona superior. Desde esta altura, ofreciendo así una base natural para el altar del patriarca, y una sombra adecuada para su tienda, Abram y Lot

---

<sup>9</sup> Nota del traductor. En la versión inglesa empleada por el autor aparece esta distinción, que no encontramos en la mayoría de nuestras Biblias españolas.

<sup>10</sup> Van de Velde.

estaban adquiriendo una amplia vista del país... tan grande que no se puede disfrutar en ningún otro lugar cercano». Lo que su mirada encontró desde ese punto será descrito en el próximo capítulo.

Mientras, hacemos referencia al hecho de que también aquí Abram «edificó un altar a Jehová»; y, a pesar de que no da la impresión de que se le apareciera, no obstante, el patriarca invoca el nombre de Jehová. Después de su estancia, seguramente durante bastante tiempo, Abram continuó su viaje, «yendo más al oeste», como peregrino y extranjero «en la tierra de la promesa»; su posesión de la misma denotada sólo por los altares que dejó en su camino.

## Traslado temporal a Egipto

A continuación Abram debía pasar por una nueva prueba de su fe. Aunque siempre resultó ser fuerte en cuanto al reino de Dios, fracasaba a menudo en sus asuntos personales. El hambre estaba desolando la tierra, y como todavía sucede con las tribus beduinas en circunstancias similares, Abram y su familia «descendió a Egipto», que ha sido siempre el granero de las demás naciones.

No corresponde a nosotros especular sobre si era lícito trasladarse sin previa orden específica de Dios; pero sabemos que con ello se expuso a un grave peligro. Del mismo modo que no debemos menospreciar las dificultades de los patriarcas, tampoco debemos valorar excesivamente su fe y su fuerza. Abram «era un hombre de igual condición que nosotros», y de igual debilidad. Cuando Dios le hablaba, él creía, y cuando había creído, obedecía. Pero Dios aún no le había dicho nada directamente sobre Sarai; y, a falta de orden específica, parece ser que tomó el asunto por cuenta propia, según la costumbre de aquel tiempo y de esos países.

Se nos dice en Génesis 20:13 que, cuando salían de la casa de su padre, ambos hicieron un pacto, que Saray sería presentada como su hermana, porque, como dijo él mismo, «el temor de Dios» no estaba entre las naciones con las cuales entrarían en contacto; y podían matar a Abram por causa de su esposa.<sup>11</sup> El engaño, porque de esto se trataba, no les parecía serlo ante sus ojos, porque Sarai estaba tan estrechamente emparentada con su marido que casi podía ser llamada su hermana. En resumen, como hacemos demasiado a menudo, era un engaño, empezando con el autoengaño; y a pesar de que lo que dijo podía ser cierto en los términos usados, la intención de todo ello era falsa. Pero no debemos pensar que Abram era tan desalmado como para poner en peligro la vida de su esposa por causa de su propia salvación. Todo lo contrario, parecía ser el modo mejor para salvaguardar también el honor de ella; porque, si se la veía como la hermana de un jefe poderoso, hubieran pretendido su mano, y para ello se deben cumplir ciertos formalismos, que hubiesen dado a Abram el tiempo necesario para escapar con su esposa. Esto no se dice en su defensa, sino como explicación de la situación.



*Esta caravana de una tribu semita, pintada durante el reinado del faraón Sesostri II sobre los muros de una tumba de Beni Hassan en Egipto (tumba de Khnumhotep II; XII Dinastía, hacia 1880 a.C.) es casi contemporánea en fechas al viaje a Egipto de Abram. Viéndola se nos hace más fácil imaginar a la familia del patriarca en su emigración desde Arán al norte de Mesopotamia, hasta las fértiles tierras de los faraones.*

---

<sup>11</sup> En el Museo Británico hay un «papiro» egipcio antiguo, que, a pesar de pertenecer a una época algo más tardía que la de Abram, demuestra que sus temores, al entrar en Egipto, por lo menos no eran injustificados. Relata cómo un Faraón, por consejo de sus consejeros, usó el ejército para tomar la esposa de un hombre por la fuerza y matar al mismo.

Aquí, de nuevo, los antiguos monumentos egipcios confirman notablemente el relato de las Escrituras. Demuestran que la inmigración de extranjeros distinguidos, con sus familias y dependientes no era poco común en absoluto. Una de estas, del tiempo de Abram, representa la llegada de un «clan» de este tipo y su presentación y buena acogida de parte de Faraón. Su nombre, llegada, y su vestimenta nos indican que se trataba de una tribu ganadera de origen semítico.<sup>12</sup> Otra tabla indica como tal extranjero recibía las mayores dignidades en esa tierra. Hasta tal punto, pues, debía Abram recibir una bien dispuesta acogida. Pero su estratagema fue en vano, y Sarai «fue llevada a casa de Faraón». Como futuro cuñado del rey, Abram adquirió bienes y riqueza. Abram, naturalmente, no podía rechazar tales regalos, pese a que aumentaban su culpa, su remordimiento y vergüenza. Pero ya se había entregado demasiado como para echarse atrás; y la falta de fe que seguramente causó sus temores iniciales, iba creciendo sin lugar a dudas. Por un tiempo Abram había abandonado la tierra prometida, y ahora corría el peligro de perder una promesa todavía mayor. Pero Jehová, a diferencia de Abram, no negó a esa mujer que tenía que ser la madre de la descendencia prometida. Visitó «a Faraón y su casa con grandes plagas», las cuales condujeron a la conciencia del estado real de la situación; posiblemente de parte de la misma Sarai. Ante tal suceso, el rey hizo llamar a Abram y se le dirigió con palabras de reproche, las cuales Abram debió notar muy claramente que venían de parte de un idólatra. El patriarca aceptó la justicia de las mismas con su silencio. No obstante la intervención de Dios a favor de Abram indujo a Faraón a dejarle partir con todas sus posesiones intactas; y como indica la fraseología del texto hebreo, le acompañó con honores hasta la frontera de la tierra.

Es una observación cierta, hecha por un escritor alemán, que mientras que la llegada del hambre en Canaán era para enseñar a Abram que incluso en la tierra prometida el alimento dependía de la bendición del Señor (en cierto modo enseñándole anticipadamente esta petición: «danos hoy nuestro pan de cada día»), su experiencia en Egipto también le mostraría que en conflicto con el mundo la sabiduría carnal no servía para nada, y que la ayuda venía solo de parte de aquel que «no consintió que nadie los oprimiera, y por causa de ellos castigó a los reyes. No toquéis, dijo, a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas»,<sup>13</sup> así, comunicaba a la mente de Abram estas otras dos peticiones: «no nos metas en tentación, mas libranos del mal». Y de este modo Abram volvió de nuevo a Betel, «hasta el lugar donde había estado antes; al lugar del altar que había hecho allí antes; e invocó allí Abram el nombre de Jehová». En cierto modo este suceso es figura de lo que acontecería luego a los hijos de Israel.

Igual quer él había hecho, ellos fueron a Egipto por causa del hambre; y como él, salieron de allí bajo la influencia «del temor de ellos que cayó» sobre los egipcios, pero cargados con las riquezas de Egipto.

## *Capítulo 12*

*(Génesis 13, 14)*

Hasta aquí Abram había sido acompañado por Lot en todos sus viajes. Pero incluso entre ellos dos era necesaria una separación. Porque Abram y su descendencia tenían que ser muy distintas de las otras razas, para que el ojo de la fe se pudiera fijar en las edades futuras en el padre de los fieles, como aquél de quien debía salir el Mesías prometido. Como en tantas otras de las más notables intervenciones de Dios, ésta también fue introducida por medio de lo que aparentemente era una serie de circunstancias naturales, y probablemente el mismo Abram ignoraba el propósito divino de lo que en su tiempo no debería ser para él una prueba sin importancia. El aumento de su riqueza, y especialmente de sus ganados y rebaños en Egipto, trajo contiendas

---

<sup>12</sup><sup>12</sup>Otra coincidencia curiosa es el nombre de este «jefe» es Abshah, «padre de tierras», que nos recuerda a Abraham, el «padre de una multitud». En el próximo volumen se tratará ampliamente el apoyo de los monumentos egipcios a los relatos de la Biblia.

<sup>13</sup><sup>13</sup>Salmos 105:14, 15.

entre los pastores de Abram y los de Lot, lo cual era todavía más doloroso porque, como la Biblia indica, «el cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra», y presenciaron esta «rivalidad» entre «hermanos». Para evitar cualquier motivo, Abram propuso una separación voluntaria, permitiendo a Lot, aunque era el menor y más pequeño, que escogiera la región; esto no meramente por su generosidad, sino con fe, dejando en manos del Señor determinar las fronteras de su tierra.

## **Separación de Abram y Lot**

Al estar sobre las montañas más altas entre Betel y Hai, la perspectiva ante ellos debería ser inigualable. Mirando atrás hacia el norte, la vista se detenía sobre las montañas que dividen Samaria y Judea; hacia el oeste y el sur, alcanzaría más allá de la posterior posesión de Benjamín y Judá, hasta divisar en la lejanía la ladera donde se hallaba Hebrón. Pero la vista más hermosa estaba al este: a lo lejos, la oscura montaña de Moab; a su pie, el Jordán, serpenteando por el valle de indescriptible fertilidad; y en primer plano, la cadena de montes de Jericó. Cuando los patriarcas contemplaban toda la cuña del valle del Jordán, estaba colmado de la más exuberante vegetación tropical, el lugar más dulce de todo lo que se hallaba alrededor del Lago de Sodoma, en aquella época seguramente un lago de agua dulce, el «circuito» se parecía en su aspecto a la región del Mar de Galilea, pero superando en gran manera su fertilidad y belleza. En esta «circunferencia» del Jordán, y cerca de las aguas de Sodoma, habían crecido ciudades ricas, pero también eran la sede de la más terrible corrupción. Cuando Lot vio esa «circunferencia» o región, hermosa como el paraíso, verde con su vegetación perenne, como la parte de Egipto bañada por el Nilo, su corazón se fue tras ello, sin preocuparse, o sin tomarse la molestia de indagar sobre el carácter de sus habitantes. Ciertamente dicho espectáculo podía cautivar fácilmente el corazón de cualquiera que tuviese sus afectos puestos sobre las cosas de aquí abajo. Tal era el corazón de Lot; y ahora reivindicaba, con su elección, la necesidad de su separación de Abram. Sin duda alguna sus objetivos se despedazaron al igual que los caminos que tomó. Pero, pese a todo, Dios vigilaba en torno a Lot y no le abandonó a que segara los frutos amargos que él mismo había elegido.

Abram tampoco fue desamparado ni abandonado sin consuelo. Puesto que cuando más lo necesitaba, por cuanto estaba solo y no tenía ante él aparentemente nada más que los áridos montes de Judea, Jehová le renovó una vez más y aumentó la promesa de la tierra, tan lejos como pudieran alcanzar sus ojos, cediéndola a Abram y a su «descendencia para siempre». Porque las palabras de esta promesa no fueron anuladas por los setenta años que Judá pasó en la cautividad de Babilonia, ni lo son por los dieciocho siglos de la falta de fe y la dispersión actuales de Israel. La promesa de la tierra es a la «descendencia» de Abram «para siempre». Dios ha unido la tierra y el pueblo; y aunque una está desolada ahora, como un cuerpo muerto, y el otro va vagando sin descanso, como si se tratara de un espíritu sin cuerpo, Dios los juntará de nuevo en los días en que se establezca definitivamente su promesa. Por lo tanto Abram seguramente entendió la palabra de Jehová. Y cuando, por así decirlo, tomaba posesión de la tierra prometida por la fe, le fueron dadas instrucciones de andar por ella.

## **Abram en Hebrón**

En este deambular llegó a Hebrón, una de las ciudades más antiguas del mundo, donde plantó su tienda en el bosque de un tal Mamré, bajo un encinar que se extendía por el lugar, y edificó un altar a Jehová. Este lugar parece haber continuado como el centro de sus movimientos a lo largo de todo el resto de su vida.

Mientras, Lot había tomado por morada una región que, como el resto de Canaán en tiempos de la conquista de Josué, estaba subdividida bajo unos cuantos pequeños reyes, cada uno gobernando probablemente una ciudad y el vecindario inmediato de la misma. Durante doce años toda esa región había sido tributaria a Quedorlaomer. En el año decimotercero se rebelaron; y, en el decimocuarto, las hordas de Quedorlaomer y de sus tres confederados barrieron la región rebelde, trayendo la desolación, hasta que hallaron los cinco monarcas aliados de la «circunferencia del Jordán», en el valle de Sidim, la región alrededor de la cual posteriormente sería el Mar Muerto.

## **Sodoma saqueada**

Una vez más, la victoria esperaba a los invasores. Dos de los reyes cananeos murieron, y los demás huyeron en una confusión salvaje; Sodoma y Gomorra fueron saqueadas, y sus habitantes (Lot uno de ellos) fueron tomados cautivos por las huestes en retirada. Esta era la primera vez (por lo menos en la historia de la Escritura) que el reino del mundo, como lo fundara Nimrod, entraba en contacto con el pueblo de Dios, y ello en el suelo de Palestina. Porque Quedorlaomer y sus confederados ocuparon precisamente la tierra donde posteriormente estarían los imperios Babilonio y Asirio.<sup>1</sup> Por ello, fue necesario que Abram interviniese. Dios le había dado la tierra, y allí se encontraba su enemigo heredado; y Dios ahora le llamó y le proveyó, aunque no era nada más que un extranjero y peregrino en su tierra, para ser el que la liberara; mientras que el modo y las circunstancias de su liberación señalarían igualmente a las realidades de las que eran figura.

Uno que había escapado del tumulto llevó a Abram la noticia del desastre. Éste armó inmediatamente a sus sirvientes debidamente entrenados, trescientos dieciocho; y, acompañado por Aner, Escol y Mamré, los jefes a quienes pertenecía la región de los alrededores de Hebrón, persiguió a Quedorlaomer y sus aliados. Probablemente, como suele suceder en tales guerras, la victoria los hizo despreocuparse. Seguramente hicieron fiesta, o sus bandas, cargadas de cautivos y despojos, estarían esparcidas y desordenadas. Ciertamente no temían ningún peligro, cuando Abram, tras dividir su fuerza, cayó sobre ellos, en la oscuridad de la noche, desde varios lados al mismo tiempo, causó una gran mortandad y los persiguió hasta cerca de Damasco.

## Rescate de Lot

Todos los despojos y todos los cautivos, Lot entre ellos, fueron rescatados y recuperados. Mientras el ejército de Abram volvía entró en el valle de Save, cerca de los muros de lo que posteriormente sería Jerusalén, fueron recibidos por dos personas con dos caracteres muy distintos, y viniendo de direcciones opuestas. Desde las orillas del Jordán el nuevo rey de Sodoma, cuyo antecesor había caído en la batalla contra Quedorlaomer, subió para dar las gracias a Abram y ofrecerle los despojos que había ganado; mientras que de las alturas de Salem, la antigua Jerusalén, el rey sacerdote Melquisedec descendió para bendecir a Abram, y refrescarlo con «pan y vino».

## Encuentro con Melquisedec

Este encuentro memorable parece haber dado el nombre al valle, «el Valle del Rey»; y en ese lugar, más adelante, Absalón se erigió una columna monumental para él mismo.<sup>2</sup> Pero ahora se daba una escena muy diferente, y una tan significativa en su interpretación como figura como para dejar sus huellas en las profecías del Antiguo Testamento y en su cumplimiento en el Nuevo. Melquisedec aparece como un meteorito en el cielo (repentina, inesperada y misteriosamente), y luego desaparece del mismo modo repentino. Entre la abundancia de datos genealógicos de aquel período no sabemos absolutamente nada de su descendencia; en el volumen de los reyes y sus hazañas, su nombre y reino, su nacimiento y su muerte permanecen en secreto. Considerando la posición que ocupa con respecto a Abram, ese silencio fue seguramente intencionado, y tal intencionalidad está cargada de significado simbólico; es decir, designado para señalar a las realidades que se corresponden en Cristo. Todavía más claramente que su silencio nos muestra la Escritura la profunda significación de su personalidad con la información que nos da de Melquisedec. Su nombre «Rey de Justicia», su gobierno el del «Príncipe de Paz»; es «un sacerdote», pero no en el sentido en que lo era Abram ni «según el orden de Aarón», siendo su sacerdocio diferente y único; bendice a Abram, y su bendición suena como una ratificación de la entrega de la tierra al patriarca; mientras que Abram le da «diezmos de todo». En este último tributo se ve un reconocimiento de Melquisedec como rey y sacerdote; como sacerdote al entregarle «diezmos», y como rey

---

<sup>1</sup> Génesis 10:10. Hay una referencia frecuente en los monumentos asirios al reino de Elam, que confirma la Escritura, y el Sr. Smith inserta los nombres de Quedorlaomer y sus tres confederados en su «lista de monarcas babilonios» (ver *Assyrian Discoveries*, pp. 441, 442).

<sup>2</sup> 2 Samuel 18:18.

entregándole estos diezmos de todos los despojos, como si tuviera un derecho real sobre los mismos; mientras que Abram no acepta tocar nada de ello, y a sus aliados se les permite solamente «tomar su parte».

No es éste el lugar para tratar el significado simbólico de esta historia; pero el acontecimiento y la persona son demasiado importantes como para pasar inadvertidos. Encontramos dos veces más a Melquisedec en las Escrituras: una vez en la profecía del Salmos 110:4; «Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec»; y la otra ocasión en la aplicación de todo ello a nuestro bendito Salvador, en Hebreos 7:3. Que Melquisedec no fuera Cristo mismo resulta evidente por la afirmación «hecho semejante al Hijo de Dios» (He. 7:3); mientras que parece a partir de estas palabras, y por todo el tenor de la Escritura, que era una figura de Cristo. De hecho, nos hallamos en el umbral de dos dispensaciones. El pacto con Noé había hecho su carrera, o mejor dicho, se estaba fusionando con el de Abram. Como en el principio del Nuevo Testamento, Juan dio testimonio de Jesús, y no obstante Jesús fue bautizado por Juan; por lo tanto aquí Melquisedec dio testimonio de Abram, y a pesar de ello, recibió diezmos de Abram. Si añadimos que según nuestra opinión Melquisedec era probablemente el último representante de la fe de Sem, en medio de la idolatría (siendo un «sacerdote del Dios Altísimo») la relación entre ellos será más clara. Era lo antiguo transferido a lo nuevo, y extendido en él; era el mando y la promesa de Sem, cedida solemnemente a Abram de mano del último representante de Sem en aquella tierra, quien así dejaba su autoridad en nombre del «Dios Altísimo, poseedor del cielo y la tierra», «quien entregó» los enemigos de Abram en sus manos. Se ha mencionado correctamente que «la grandeza de Abram consistía en sus esperanzas, y la de Melquisedec en su posesión actual».

Melquisedec era sacerdote y rey, Abram sólo un profeta; Melquisedec fue reconocido como el legítimo poseedor del país, el cual por el momento sólo había sido prometido a Abram. Ciertamente, el futuro será infinitamente mayor que el presente, pero entonces era solo futuro. Melquisedec era el propietario de esa realidad bendiciendo a Abram, y transfiriendo su título a él; mientras que Abram reconocía el presente, dando diezmos a Melquisedec, e inclinándose para recibir su bendición. Así Melquisedec, último representante del orden de Sem, es la figura de Cristo, como último representante del orden de Abraham. Lo que yacía en simiente en Melquisedec debía ser desplegado gradualmente (el sacerdocio en Aarón, la realeza en David) hasta que ambos fueron unidos con grande gloria en Cristo. No obstante, Melquisedec era solo una sombra y una figura; Cristo es la realidad y el cumplimiento de la figura. Es por esto que la Escritura nos ha cerrado las fuentes de investigación sobre su descendencia y la duración de su vida, para que con ese silencio nos señale la descendencia celestial de Jesús. Por este mismo motivo Abram, quien poco después reivindicó su dignidad y posición con el lenguaje de superioridad con que rechazó la oferta de los despojos de parte del rey de Sodoma, se inclinó ante Melquisedec, para que en su bendición recibiera la herencia espiritual que le estaba legando.

Tampoco escapará a la atención del lector el lenguaje usado por Melquisedec para hablar de Dios «el Dios Altísimo», y el «poseedor del cielo y la tierra» (palabras adoptadas por Abram, pero a las que añadió el nuevo nombre de «Jehová», como el del «Dios altísimo, el poseedor del cielo y la tierra») un nombre que se refería al pacto de la gracia del cual Abram sería representante y mediador. Es en armonía con toda esta transacción que Abram depuso la oferta del rey de Sodoma: «Dame las personas, y toma para ti los bienes». Sin duda, no fue como aliado del rey de Sodoma, sino para reivindicar su posición, y la de todos los que estaban relacionados con él, que el Señor había convocado a Abram a la guerra, y le había dado la victoria. Y así estas dos figuras se separan para no encontrarse nunca más: el rey de Sodoma para precipitarse al juicio, que ya quedaba a su alrededor; el rey de Salem para esperar la mejor posesión prometida, la cual ya estaba comenzando.

## *Capítulo 13*

*(Génesis 15–20; 21:22–34)*

Los grandes momentos de prosperidad demasiado frecuentemente son seguidos por épocas de depresión. Abram ciertamente había derrotado a los reyes de Asiria, pero su misma victoria podría exponerle a la venganza de los mismos, o atraer los celos de los que estaban a su alrededor. No era nada más que un extranjero en una tierra extranjera, sin otra posesión que una promesa, y todavía no tenía un heredero a quien transmitirla. En

estas circunstancias se hallaba cuando «Jehová fue a Abram en una visión», diciendo, «yo soy tu escudo y tu galardón sobremanera grande», es decir, yo mismo soy tu defensa de todos tus enemigos, y la fuente y manantial de donde será completamente satisfecha tu fe con gozo.

## **La doble promesa a Abraham de una «descendencia»**

Era simplemente natural y como de niños que Abram, en respuesta, presentara todas sus necesidades y penas ante Dios, no dudando, sino inquiriendo, señalando su falta de hijos, que parecía dejar a Eliezer, siervo suyo, como único heredero. Pero Dios le aseguró que sería diferente de lo que parecía; que su descendencia sería sin número como las estrellas del cielo. «Y creyó a Jehová, y le fue contado por justicia.» Tal afirmación queda solitaria en el relato, como para llamar la atención a un gran hecho; y sus palabras indican, de parte de Abram, no meramente fe en la palabra, sino confianza en la persona de Jehová como su Dios del Pacto. Es altamente conmovedora y sublime esta actitud infantil de simplemente creer sin ver, y esa confianza absoluta. En adelante, a través de millares de años, siempre ha sido un gran ejemplo de fe para la iglesia de Dios. Y de esta fe en el Dios vivo brotó toda la obediencia de Abram. Como la vara de Aarón, su vida reverdeció y floreció y llevó fruto «en el lugar secreto del Altísimo».

Para confirmar esta fe Jehová dio a Abram una señal y un sello, los cuales una vez más lo eran sólo para su fe. Hizo un pacto con él. Para ello el Señor instruyó a Abram para que llevara una becerra, una cabra y un carnero de tres años cada uno, también una tórtola y un palomino. Esos sacrificios (puesto que eran representativos de los tipos que se usarían posteriormente en los sacrificios) debían ser partidos por la mitad, y cada mitad la puso una enfrente de la otra, como era habitual para hacer un pacto, y las partes que se comprometían siempre pasaban entre las mitades, para mostrar que en adelante no habría ya división, sino que lo que había sido partido sería considerado como una unidad entre ellos. Pero aquí, al principio, no pasó ninguna parte del compromiso entre los sacrificios partidos. Durante todo el día, según parecía a Abram, estuvo él sentado mirando solitario, sólo ahuyentaba las aves de rapiña que acudían sobre los cuerpos muertos. Esto es lo que parecía al ojo del sentido común. Tras la caída del sol un sueño profundo y un terror de la gran oscuridad sobrecogieron a Abram. La edad de cada animal sacrificado, el largo día de soledad, las aves de rapiña que descendían y el terror que le vino con la noche, todo se aplicaba a lo que Jehová le iba a predecir: que durante tres generaciones la descendencia de Abram sería afligida en Egipto; pero en la cuarta, cuando la medida de la iniquidad de los habitantes del momento de Canaán alcanzara su plenitud, volverían y entrarían en la posesión prometida de la tierra. En cuanto a Abram, iría «a sus padres en paz». Entonces fue cuando se realizó el pacto; no como de costumbre, pasando ambas partes entre el sacrificio partido, sino solo haciéndolo Jehová, porque el pacto era el de la gracia, en el cual una sola parte (Dios) tomaba todas las obligaciones, mientras la otra recibía todos los beneficios.

Por vez primera vio Abram el horno humeando y la antorcha de fuego que pasaban entre las mitades partidas; el resplandor divino envuelto en una nube, del mismo modo que lo vio Moisés en la zarza, y los hijos de Israel en su paso por el desierto, y como permanecería posteriormente en el santuario sobre el propiciatorio, y entre los querubines. Ésta fue la primera visión concedida a Abram, la primera fase del pacto bajo el cual Dios se comprometió con él, y la primera aparición de la gloria del Señor. Al mismo tiempo, también fue extendida la que podemos llamar promesa personal hecha a Abram, y se definieron claramente las fronteras de la tierra, que se extendían desde el Nilo al oeste, hasta el Éufrates en el este, una extensión, podemos hacer notar aquí, que la Tierra Santa jamás ha tenido todavía, ni siquiera en los días florecientes de la monarquía hebrea.

Aunque la promesa de Dios a Abram había sido preciosa, todavía quedaba un detalle por determinar: ¿quién sería la madre de la descendencia prometida? En vez de esperar las instrucciones de Dios también a este respecto, Sarai parece ser que se anticipó impacientemente al Señor; y, como siempre hacemos cuando tomamos las cosas con nuestras propias manos, de un modo contrario al pensamiento de Dios, y también para el dolor y la decepción de ella misma. Habían pasado diez años desde que Abram entrara en Canaán, cuando Sarai, perdiendo toda esperanza de dar a luz el hijo de la promesa, siguió la costumbre de aquellos días y países, y buscó un hijo por medio de una alianza entre su marido y Agar, su propia sierva egipcia. Las consecuencias de su desatino fueron agitación en su casa, luego reproches, y la huida de Agar.

## Ismael

Es difícil decir qué más hubiese sucedido de no haber sido por la intervención del Señor. Nada menos que el mismo Ángel del Pacto se apareció a la esclava fugitiva, mientras reposaba junto a una fuente en el desierto que iba a su tierra natal de Egipto. Le ordenó volver a su señora, prometió al hijo que iba a dar a luz esa libertad y conducta independiente que siempre han caracterizado a sus descendientes, y le puso el nombre de Ismael (el Señor escucha), atrayéndolo así igualmente por medio de su descendencia y la providencia que había cuidado de él, al Dios de Abram. Agar aprendió también por vez primera a conocerle como el Dios que ve, el Dios vivo, por lo que la fuente junto a la cual se sentara en adelante llevó el nombre de «Pozo del Viviente-que-me-ve». Tan profundas las impresiones causadas por nuestras apreciaciones del Señor, y tan íntimamente deberíamos siempre relacionar con ellas los acontecimientos de nuestras vidas.

Agar, pues, había vuelto a la casa de Abram y dado luz a Ismael. Y ahora venía un período que debemos considerar como de una prueba muy dolorosa para la fe de Abram. Parece ser que transcurrieron trece años enteros sin ninguna revelación de parte de Dios. Durante este tiempo Ismael creció, y Abram casi sin darse cuenta debió acostumbrarse a considerarlo como el heredero, a pesar de saber que con toda probabilidad no había sido destinado para ello. Abram tenía entonces noventa y nueve años, y Sarai entrada en años. Pero toda esperanza o perspectiva humana debía ser barrida, y el heredero debía ser, en el sentido más completo, el hijo de la promesa, a fin que la fe recibiera directamente de Dios lo que había esperado.

## Jehová visita a Abraham

Fue en estas circunstancias que Jehová se apareció por fin una vez más en forma visible a Abram; esta vez para establecer y cumplir el pacto que él había hecho primero.<sup>1</sup> Por ello también en esta ocasión encontramos la amonestación: «Anda delante de mí y sé perfecto», que viene después del pacto y no lo puede preceder jamás. Como prueba de este pacto establecido, Dios encargó a Abram y sus descendientes el rito de la circuncisión como señal y sello; cambiando al mismo tiempo el nombre de Abram, «padre enaltecido» (jefe noble), por Abraham, «padre de una multitud», y el de Sarai, «princesca», a Sara, o «princesa»,<sup>2</sup> para denotar que por medio de estos dos se cumpliría la promesa, y que de ellos tenía que brotar la raza escogida. Estas nuevas llegaron a Abraham con una sorpresa tan llena de gozo que, en adoración humilde, «se postró sobre su rostro», «se rió», al considerar en su interior las circunstancias del caso, como hace notar Calvino, no por duda o falta de fe, sino con felicidad y admiración. Para perpetuar el recuerdo de su admiración, la semilla prometida llevaría el nombre de Isaac, o «risa». Del mismo modo que posteriormente, al principio del llamamiento de los gentiles, el nombre de Saulo fue cambiado a Pablo (probablemente después de los primeros frutos de su ministerio), igualmente aquí, al inicio del llamamiento de Israel, tenemos tres nombres, que nos indican el poder de Dios, que estaba en la raíz de todas las cosas, y de la fe sencilla que recibió la promesa. El heredero de las promesas sería ciertamente el hijo de Sara; pero Dios también velaría por Ismael, y «le multiplicaría en gran manera», y «le haría una gran nación». A partir de aquellos días la señal de la circuncisión permaneció para dar testimonio del pacto con Abraham. En el octavo día, puesto que había pasado el primer período completo de siete días, debe empezar un nuevo período; y todo niño judío circuncidado de este modo es un testimonio vivo de la transacción entre Dios y Abraham hace más de tres mil años. Pero, mucho mejor, apuntaba hacia adelante al cumplimiento de la promesa del pacto en Cristo Jesús, en quien ya no se necesita ninguna circuncisión aparte de la del corazón.

Mientras era ejercitada y bendecida la fe de Abraham de este modo, los «hombres malos e impostores», entre los cuales Lot había escogido su morada, habían ido de mal en peor, y completaron rápidamente la medida

---

<sup>1</sup> La expresión «Haré mi pacto» (Gn. 17:2) es bastante diferente de las mismas palabras traducidas en Génesis 15:18. En el segundo caso se trata de «hacer» (literalmente, «cortar un pacto»); mientras que los términos de Génesis 17:2 son: «Daré mi pacto», es decir, lo pondré, lo cumpliré.

<sup>2</sup> Otros han derivado el nombre Sara de una raíz que significa «ser fructífera».

de su iniquidad. Ese juicio que había estado pendiente sobre sus cabezas como una nube oscura tenía que explotar en una tempestad terrible. Abram estaba sentado «a la puerta de su tienda al calor del día», cuando Jehová se le apareció una vez más en forma visible. En esta ocasión parece ser que se trataba de tres viajeros a los cuales el patriarca se apresuró a recibir en descanso y refrigerio de su morada. Pero los huéspedes celestiales eran el mismísimo Señor<sup>3</sup> y dos ángeles, que serían los dos ejecutores de su venganza justiciera. No cabe duda alguna de que Abraham reconoció el carácter celestial de sus visitantes, pero con la delicadeza y modestia tan típicas suyas, les recibió y hospedó de acuerdo con el modo en que se habían presentado a él. Su visita tenía un objetivo doble; uno con respecto a Sara y el otro a Abraham. Si Sara iba a ser la madre de la descendencia prometida, también ella tenía que aprender a creer.<sup>4</sup> Probablemente no recibiera con mucha fe el relato que Abraham le contara de su última visión de Jehová. En cualquier caso, la primera pregunta de los tres fue sobre Sara. Ahora el mensaje del nacimiento de un hijo se comunicaba directamente a ella; y al manifestarse su incredulidad en su risa, primero fue reprochada y luego eliminada. Habiendo cumplido el primer objetivo de su visita, los tres prosiguieron su camino a Sodoma acompañados por Abraham. Fue entonces cuando el mismo Jehová<sup>5</sup> desveló ante el patriarca el otro propósito de su venida.

## La destrucción de Sodoma

Era para contarle el final inminente de las ciudades de la llanura, y esto por dos razones; porque Abraham era el heredero de la promesa, y porque «mandaría a sus hijos y a su casa después de sí, y guardarán el camino de Jehová, para hacer justicia y juicio». Por estas últimas palabras adivinamos que el final de Sodoma fue comunicado a Abraham para que sirviera de advertencia a los hijos de Israel. No se debe considerar como un juicio aislado; sino que la escena de desolación, que ocuparía para siempre los lugares de las ciudades de la llanura, también para siempre mostraría a Israel las consecuencias del pecado, y serviría para ellos como una figura del juicio futuro. Es bajo esta luz que las Escrituras tanto en el AT como en el NT nos presentan la destrucción de Sodoma y Gomorra. Por otro lado, puesto que Dios había dado en pacto la tierra a Abraham y a su descendencia, parecía adecuado que él estuviera informado de la terrible desolación que tan pronto iba a esparcirse sobre parte de la misma; y esto en su calidad de medio de bendición para todos, se le debía permitir interceder para su conservación, como también antes había sido llamado a luchar por la liberación de ellos. No se trataba, pues, ni debido a la relación íntima entre Dios y Abraham, ni siquiera porque Lot, sobrino de Abraham, estaba implicado en la catástrofe, sino solo de acuerdo con la promesa del pacto de Dios, que Dios notificara a Abraham del juicio inminente, y que se le permitiera suplicar en ese caso.

Ciertamente, la misericordia se extendió para Lot; pero no se libró de las consecuencias de su elección egoísta y pecaminosa de tener una porción en este mundo. Por segunda vez debía recibir la lección que la riqueza y la felicidad no consisten en la abundancia de cosas que tenga un hombre. Hasta ese momento Jehová prestó atención a la súplica de Abraham, cuya insistencia en fe nos recuerda la «inoportunidad» santa,<sup>6</sup> típica de todas las oraciones verdaderas, y prometió salvar a las ciudades de la llanura aunque sólo encontrara diez hombres justos en ellas. Pero el resultado de la prueba de los dos ángeles que fueron a Sodoma fue más terrible de lo que se podía haber anticipado. La última noche breve de terror en Sodoma pasó rápidamente; y, al detenerse sobre los montes de Moab el resplandor de la mañana, los ángeles casi obligaron a Lot y a su familia a salir de la ciudad sentenciada. El persistente sentimiento de pena por Sodoma hizo volver la cabeza hacia atrás a la mujer de Lot, y el juicio la alcanzó también a ella convirtiéndola en una columna de sal. Desde entonces la

---

<sup>3</sup> Ver Génesis 18:13.

<sup>4</sup> Hebreos 11:11.

<sup>5</sup> Génesis 18:17.

<sup>6</sup> Lucas 11:8.

tradición señala una montaña de sal, en el extremo sur del mar Muerto, como el lugar donde sucediera este acontecimiento. Casi no merece la pena decir que, como la mayoría de las tradiciones, que sólo introducen un elemento molesto en nuestro pensamiento, ésta tampoco se basa en hechos. El juicio que descendió sobre las ciudades condenadas se describe en el texto sagrado como «una lluvia de azufre y fuego de Jehová desde el cielo», por medio de la cual toda la región fue derribada. Este relato ha sido confirmado íntegramente al pie de la letra por las investigaciones más recientes del Canon Tristram realizadas en este lugar. Todos los alrededores del Mar Muerto tienen gran cantidad de azufre, aportando los materiales para la terrible conflagración que siguió cuando los relámpagos del cielo lo alcanzaron, probablemente acompañados por un terremoto, que hacía salir nuevas masas de combustible. El humo de la ciudad que se quemaba se veía desde muy lejos; y cuando Abraham lo contemplaba sobre la altura más allá de Hebrón, donde había usado sus palabras de súplica ante Jehová la noche anterior, parecía un enorme horno, del cual la nube de humo subía al cielo.

La cuenca del Mar Muerto ha sido examinada particularmente por una expedición americana al mando del lugarteniente Lynch. Los resultados de sus sondeos han manifestado el hecho notable que está formada por dos lagos; uno, de trece, y el otro de mil trescientos pies de profundidad; el primero considerado el lugar de las ciudades condenadas, y el segundo como un lago de agua dulce, cuyas aguas habían estado a orillas de las mismas. En este caso, se sugiere que la catástrofe fue provocada por agentes volcánicos. Pero fueran cuales fueran los cambios producidos por el juicio del cielo, las autoridades más dignas de confianza han abandonado la opinión que las ciudades de la llanura hayan sido sumergidas por agentes volcánicos, y admiten que el relato que la Escritura ofrece de la catástrofe debe ser tomado de un modo totalmente literal.

Es igualmente triste e instructivo notar cuan poco efecto son capaces de producir los meros juicios, por muy terribles que sean, incluso sobre las personas afectadas más de cerca por los mismos. Lot y sus hijas pudieron retirarse a Zoar, ciudad cercana a Sodoma. Pero la misma debilidad de fe que les impedía abandonar libremente su primera ciudad condenada, ahora les inducía a que salieran de Zoar, aunque se les había prometido la seguridad allí. Mucho peor que eso, cayeron en el pecado más grave y abominable, cuya secuela fue el nacimiento de los antepasados de los enemigos heredados de Israel: Moab y Amón.<sup>7</sup> Pero ni siquiera esto es todo.

## **La estancia de Abraham en Gerar**

Ya fuese por su disgusto por su vecindario que había recibido el juicio tan recientemente, o por la búsqueda de mejores pastos para sus rebaños, Abraham salió del distrito de Mamré, y viajó en dirección sudeste, donde se estableció en el territorio de Abimelec, rey de Gerar, en la tierra de los filisteos. Abimelec parece haber sido un título real, como el de Faraón.<sup>8</sup> Pero en este caso, como entendemos en la Escritura, el poseedor de este título era muy diferente del rey de Egipto. De hecho, parece que no solo era meramente honrado y recto de carácter, sino que también temía al Señor. De acuerdo con esto, cuando Abraham cayó en la misma culpa de engaño que antes en Egipto, haciendo pasar a su esposa por su hermana temiendo por su propia vida, Dios comunicó el estado real de las cosas directamente a Abimelec en un sueño. Ante esta situación, Abimelec se apresuró a enmendar el mal que había estado a punto de cometer involuntariamente. En comparación con el rey gentil, Abraham estaba en una situación menos favorable. No puede explicar su conducta sobre ninguna otra base que no sea la falta de fe. Pero, como Dios notificara a Abimelec, Abraham, a pesar de su debilidad, era «profeta»; y en calidad de ello, como ya citamos, «No permitió que nadie los oprimiese; antes por amor de ellos castigó a los reyes. Diciendo, no toquéis a mis ungidos, ni hagáis mal a mis profetas».

## **Su pacto con Abimelec**

---

<sup>7</sup> Deuteronomio 23:3, 4.

<sup>8</sup> Comp. Génesis 26:1, 8.

La alianza con Abraham que Abimelec había buscado por medio del casamiento, se concertó poco después con un pacto formal entre ambos, acompañado por el sacrificio del número sagrado de siete corderas.<sup>9</sup> Para mostrar que no se trataba de una alianza privada sino pública, Abimelec llegó acompañado de su capitán jefe, o Ficol,<sup>10</sup> afirmando explícitamente al mismo tiempo que se trataba del motivo en el paso público que tomaba, que Dios estaba con Abraham en todo lo que hacía. De modo parecido, se había ya mostrado con anterioridad la coincidencia en estos detalles entre Abimelec y su pueblo, cuando el rey comunicara a «todos sus siervos» lo que Dios le había contado sobre Abraham, «y temieron los hombres en gran manera». En estas circunstancias no nos sorprende que Abraham hiciera de la tierra de los filisteos el lugar de residencia prolongada, plantando su tienda cerca de Beerseba, «el pozo del juramento», con Abimelec; o, mejor dicho, «el pozo de las siete corderas»; y allí, una vez más «invocó el nombre de Jehová, el Dios eterno».

## Capítulo 14

*(Génesis 16–25:1–18)*

Finalmente llegó el tiempo del cumplimiento de la gran promesa hecha a Abraham. El patriarca tenía cien años y Sara noventa cuando les nació Isaac. Evidentemente, había sido el propósito divino extender al máximo el período anterior a tal suceso; en parte para ejercitar y hacer madurar la fe de Abraham, y en parte para que se viera más claramente que el don del heredero de las promesas era, en cierto modo, sobrenatural.

Como hemos visto, el nombre mismo de su hijo fue ideado para perpetuar este hecho; y ahora Sara también, con el gozo de su corazón, dijo: «Dios me ha hecho reír, para que cualquiera que lo oiga se ría conmigo» (literalmente, «La risa me ha preparado Dios; cualquiera que lo oiga reirá (de gozo) conmigo»). Así, puesto que la risa de Abraham había sido causada por la fe en su sorpresa, también la risa de Sara estaba ahora en contraste, con la causada por la debilidad de su creer, por la fe en su gratitud. Pero todavía puede haber un tercer tipo de risa; ni de la fe, ni siquiera de la incredulidad, sino la del escepticismo: la risa de la burla, y ésta también iba a recibir su merecida recompensa. De acuerdo con las instrucciones de Dios,<sup>1</sup> Abraham circuncidó a Isaac al octavo día. Cuando llegó el tiempo de destetarlo, el patriarca lo hizo, según la costumbre de aquella época, con una gran fiesta. No podemos precisar la edad de su hijo; un año o, como deduce Josefo, tres años. En cualquier caso, Ismael ya debía ser un muchacho, comenzando su virilidad, por lo menos quince años y posiblemente diecisiete. «Y vio Sara que el hijo de Agar la egipcia, el cual ésta le había dado a luz a Abraham, que se burlaba», literalmente: «que era un burlón». Como observa un escritor alemán: «Isaac, el objeto de la risa santa, sirve de blanco para el ingenio impío y la burla profana. No ríe; se burla. ¡Este pequeño e indefenso Isaac, el padre de naciones! Incredulidad, envidia y orgullo en su preeminencia carnal; tales eran las razones de su conducta. Puesto que no entiende: «¿Hay algo demasiado difícil para Jehová?», encuentra gracioso relacionar un tema tan grande con un principio tan pequeño». Era evidentemente bajo esta perspectiva que lo vio el apóstol cuando describía la conducta de Ismael de este modo: «Así como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu».<sup>2</sup>

### Expulsión de Ismael

---

<sup>9</sup>Génesis 21:22.

<sup>10</sup><sup>10</sup> Comp. Génesis 26:26.

<sup>1</sup>Génesis 17:12

<sup>2</sup>Gálatas 4:29.

Sobre esta base, y no por envidia, Sara pidió que la sierva y su hijo fueran «echados fuera». Pero Abraham, que parece haber malentendido sus motivos, no estaba dispuesto a concedérselo, por sus sentimientos paternos tan naturales en un caso así, hasta que Dios le dio las mismas instrucciones directamente. La expulsión de Ismael era necesaria, no solo por su ineptitud, y para mantener al heredero de la promesa separado de los demás, sino también por causa de Abraham mismo, cuya fe tenía que ser entrenada para que renunciara, obedeciendo al llamamiento divino, a todo, incluso sus lógicos afectos paternos. Y en su tierna misericordia Dios una vez más simplificó la prueba, otorgándole la promesa especial que Ismael llegaría a ser «una nación». Por lo tanto, aunque Agar y su hijo fueron echados fuera literalmente, con la única carga de lo mínimo indispensable para el viaje (agua y pan), esto estaba ideado especialmente para poner a prueba la fe de Abraham, y su pobreza fue solamente temporal. Porque, poco después leemos en la Escritura que, antes de su muerte, Abraham había enriquecido a sus hijos (los de Agar y de Cetura) con «dones»;<sup>3</sup> y en su entierro aparece Ismael, como un hijo reconocido, al lado de Isaac, para cumplir con los últimos ritos de amor a su padre.<sup>4</sup>

Así «echados fuera», Agar y su hijo erraron por el desierto de Beerseba, probablemente de camino a Egipto. Allí sufrieron lo que de siempre ha sido el gran peligro de los viajeros del desierto: la falta de agua. Al muchacho le faltaron las fuerzas antes que a la madre. Pero a lo largo el ánimo y la resistencia de la madre también sucumbieron ante el cansancio total y el desaliento. Hasta aquel momento ella había ayudado a su hijo en su caminar; pero ahora dejó que se abatiese «debajo de un arbusto», y ella se fue «a cierta distancia», para no presenciar la agonía de su muerte, pero a una distancia a su alcance. Usando el lenguaje pictórico de la Escritura, «alzó su voz y lloró». No obstante, no fue el grito de ella, sino el del hijo de Abraham el que subió a los oídos del Señor; y una vez más Agar recibió indicaciones para llegar a un pozo de agua, pero esta vez, de parte de «un ángel de Dios», no, como antes, «el Ángel de Jehová». Y ahora también, para fortalecerla en el futuro, le fue dada la misma certidumbre que había sido dada a Abraham con anterioridad. Esta promesa de Dios ha sido cumplida muy abundantemente. El muchacho habitó en aquella amplia región entre Palestina y el Monte Horeb, que se llama «el desierto de Parán», el cual hasta hoy es el dominio indiscutible de sus descendientes, los árabes beduinos.

Por amarga que fuera la prueba de «echar fuera» a Ismael, su hijo, se trataba solo de una preparación para una mucho más dura sobre la fe y obediencia de Abraham. Para esta cuesta precisamente (la última, la más alta, pero también la más empinada de la vida de fe de Abraham) todas las indicaciones y los tratos previos de Dios le habían preparado y calificado gradualmente. Pero incluso así, parece que surge de manera solitaria en la Escritura y sin ninguna aproximación, como un magnífico pico de montaña, al cual sólo un escalador ha sido llamado para que lo corone. No, ni siquiera uno, puesto que incluso otro pico y mucho más alto, tan elevado que su cumbre alcanza incluso el cielo, ha sido alcanzado por la «descendencia de Abraham», quien lo ha hecho todo y mucho más de lo que hizo Abraham, y que ha convertido en una bendita realidad para nosotros lo que en el sacrificio del patriarca fue sólo una figura.

Y no cabe duda, fue cuando en el Monte Moria (el monte de la verdadera «provisión» de Dios), Abraham estaba a punto de ofrecer a su hijo en sacrificio, que, con las palabras de nuestro bendito Señor,<sup>5</sup> vio el día de Cristo, «y se regocijó».

## **La fe de Abraham puesta a prueba con la orden de sacrificar a Isaac**

La prueba o «tentación» por la que la fe de Abraham tenía que pasar en este caso, para que fuera purificado totalmente como «el oro en el fuego», llegó en la forma de la orden de Dios para ofrecer a Isaac en holocausto. No se le ahorró ninguna amargura de su dolor al patriarca. Fue dicho con una precisión dolorosa: «Toma ahora

---

<sup>3</sup> Génesis 25:6.

<sup>4</sup> Génesis 25:9.

<sup>5</sup> Juan 8:56.

tu hijo, tu único hijo, a quien amas»; y no se añadió ni una sola palabra de liberación para animarlo en su camino solitario. La misma falta de precisión que había añadido tanta dificultad al primer llamamiento de Abraham para que dejara la casa de su padre caracterizaba esta última prueba de obediencia de su fe. Se le dijo simplemente que lo llevara «a la tierra de Moria», donde Dios le diría más adelante sobre qué montaña de los alrededores debería ofrecer su extraño «holocausto». Lutero ha indicado, en su acostumbrado lenguaje seco, cómo parecería a la razón humana que o bien la promesa de Dios fracasaría, o que esta orden venía del diablo y no de Dios. Solo había una única salida de esta perplejidad: llevar «cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo». Y Abraham «no vaciló» ante la palabra de Dios; no dudó de ella; sino que fue «fuerte en la fe», «considerando» (aunque no lo sabía) «que Dios era poderoso para levantar aun de entre los muertos a Isaac, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir». Porque no podemos desmerecer la prueba introduciendo en las circunstancias nuestro conocimiento del desenlace final. Abraham no tenía ninguna seguridad absoluta ni ningún conocimiento más allá de su deber del momento. Todo lo que podía sostenerlo era la promesa anterior, y el carácter y fidelidad del pacto de Dios, quien ahora le ordenaba ofrecer dicho sacrificio. El contexto fue tan agudo como breve. Solo duró una noche; y la mañana siguiente, sin haber «consultado con carne y sangre», Abraham, con su hijo Isaac y dos siervos, se encaminaron a «la tierra de Moria». No tenemos ningún dato para poder determinar con exactitud la edad de Isaac en aquella ocasión; pero los cálculos de Josefo, que tenía veinticinco años, le hacen más grande de lo que parece indicar el lenguaje del relato de la Escritura. Habían viajado dos días desde Beerseba, cuando al tercero aparecieron ante sus ojos «las montañas que envuelven a Jerusalén». Desde un espacio vacío entre las colinas, el cual constituye el punto más alto en la carretera común, que siempre se ha dirigido hacia arriba desde el sur, sólo aquella única montaña se podía ver, sobre la que posteriormente debería estar erigido el templo. Esa era «la tierra de Moria», y aquélla la colina en la que se iba a realizar el sacrificio de Isaac. Dejando atrás a los dos siervos, con la seguridad que tras haber adorado «volverían» (porque la fe estaba segura de la victoria, y se anticipaba a ella), padre e hijo continuaron su camino solitario, Isaac llevando la leña, y Abraham el cuchillo del sacrificio y el fuego. «E iban ambos juntos. Y entonces habló Isaac a su padre; y le dijo: Padre mío. Y él respondió: Heme aquí, mi hijo. Y el dijo: He aquí el fuego y la leña; más ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y respondió Abraham: Dios se proveerá de holocausto, hijo mío. E iban juntos.» Nada más se dijo entre ambos hasta que llegaron al lugar destinado. Allí Abraham edifica el altar, coloca la leña sobre el mismo, ata a Isaac, y lo pone sobre el altar. Ya había levantado el cuchillo del sacrificio, cuando el Ángel de Jehová, el Ángel del Pacto, paró su mano. La fe de Abraham se acababa de demostrar totalmente, y había sido perfeccionada. «Un carnero trabado en un zarzal» serviría para «el holocausto en lugar de su hijo»; pero para Abraham no solo se repiten y extienden las promesas anteriores, sino que son «confirmadas con juramento», «para que por medio de dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta», él «tuviera un fuerte consuelo». «Porque cuando Dios hizo la promesa a Abraham, no pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo».<sup>6</sup> Este «juramento» sobresale en solitario en la historia de los patriarcas; después es mencionado constantemente,<sup>7</sup> y, como observa Lutero, se convirtió en la fuente de donde brotaba todo lo que se prometía «por juramento» a David, Salmos 89:35; 110:4; 132:2. No es de extrañar que Abraham llamara el lugar «Jehová Fireh» «Jehová ve», o «Jehová provee», lo cual significa que él ve para nosotros, porque como implica la misma palabra, su providencia, o provisión, es simplemente el hecho que él ve para nosotros, qué, dónde y cuándo nosotros no vemos solos. Cuando recordamos que sobre esta cima de la montaña estuvo posteriormente el templo del Señor, y que del mismo subía el humo de los sacrificios aceptos, podemos entender mucho mejor qué es lo que añade el escritor inspirado por medio de la explicación: «Por tanto se dice hoy, en el monte donde Jehová es visto», donde ve y es visto, de donde también se deriva el nombre de Moria.

Pero antes de dejar este acontecimiento, será necesario considerarlo en cuanto a su relación con Abraham, Isaac e incluso los Cananeos, como también su aplicación simbólica o figurativa. Es muy notable que un escritor alemán que se ha opuesto enérgicamente a la verdad de este relato escritural, se ha visto forzado a admitir hasta cierto punto el profundo significado del mismo en la historia de la fe de Abraham. Escribe así:

---

<sup>6</sup> Hebreos 6:13.

<sup>7</sup> Génesis 24:7; 26:3; Éxodo 13:5, 11; 33:1, etc.

«Hasta aquí incluso Isaac, aquel don precioso prometido hacía tanto tiempo, había sido solo una bendición natural para Abraham. Un hijo como cualquier otro, aunque se tratara de un hijo de Sara, había nacido y había sido educado en su casa. Desde su nacimiento Abraham no había sido llamado a soportar el dolor de un alma luchando en fe, y no obstante toda bendición llega a ser espiritual y verdaderamente duradera, si nos la apropiamos en la batalla de la fe». Ante la orden de Dios Abraham había ineludiblemente abandonado su país, parentela y casa, y luego sus afectos paternos para con Ismael. Pero todavía quedaba abandonar a Isaac según la carne, a fin de recibirlo de nuevo espiritualmente; abandonar no meramente «su único hijo, el objetivo de su satisfacción, la esperanza de su vida, el gozo de su anciana edad» (todo lo que él más amaba); sino también el heredero de todas las promesas, y todo ello con una fe sencilla y absoluta en Dios, y con una confianza perfecta que Dios se lo podía levantar incluso de entre los muertos. De este modo la promesa fue purgada, por así decirlo, de todo lo perteneciente a la carne que se había aferrado a ella; y así la fe de Abraham fue perfeccionada, y su amor purificado. También con relación a Isaac era muy significativo ese acontecimiento. Porque cuando no se opuso a su padre, y se dejó atar y colocar sobre el altar, entró en el espíritu de Abraham, tomó sobre sí mismo la fe, y con ello demostró ser un verdadero heredero de las promesas. Tampoco podemos olvidar cómo la entrega del primogénito fue la primicia de aquella dedicación a Dios de todos los primogénitos, que exigiría más tarde la ley, y que significaba que en el primogénito debemos consagrar todo al Señor. Tal vez la lección que los cananeos debieron aprender de este acontecimiento parecerá en cierto modo secundaria, si la comparamos con estas grandes verdades. No obstante tenemos que tener en cuenta que por todos los alrededores se estaban ofreciendo sacrificios humanos sobre todos los montes, cuando Dios sancionó una ofrenda muy distinta, al substituir para siempre los sacrificios animales por medio de esta entrega del más amado a quien la desesperación humana había pedido como expiación por el pecado. Pero Dios entregó a su amado hijo, su propio unigénito hijo por nosotros; y el sacrificio de Isaac tenía que ser una figura gloriosa de este último. Así, como Abraham recibió este sacrificio de nuevo de la muerte «en figura», también nosotros en la realidad, cuando Dios alzó a su propio hijo, Jesucristo, de los muertos, y nos hizo sentar junto a él en lugares celestiales.

## Muerte de Sara

Después de la ofrenda de Isaac, Abraham vivió muchos años; no obstante casi no sucedió nada digno de ser registrado en la Escritura. La primera cosa que leemos después de esto es la muerte de Sara, a la edad de ciento veintisiete años. Es la única mujer cuya edad es registrada en la Escritura, debiéndose la distinción probablemente a su posición para con los creyentes, como se indica en 1 P.3:6. Por entonces Isaac tenía treinta y siete años, y Abraham residía de nuevo en Hebrón. El relato de la compra de Abraham de una sepultura de manos de «los hijos de Het» es grandemente fotográfico. También manifiesta de un modo sorprendente la posición de Abraham en la tierra como extranjero y peregrino, y también su fe en su posesión futura de aquel lugar. El contrato sobre el campo y la cueva de Macpelá (tanto la cueva «doble» como «el lugar separado», o «el lugar ondulante»), que Abraham deseaba comprar como «sepultura», se llevó a cabo en asamblea pública, «a la puerta de la ciudad», como era costumbre en oriente. El patriarca se reconoce explícitamente como «extranjero y advenedizo» entre «los hijos de Het»; y el texto sagrado repite de manera enfática varias veces que «Abraham se levantó, y se inclinó al pueblo de aquella tierra». Por otro lado, llevan a cabo sus negociaciones según la auténtica costumbre oriental, primero ofreciendo cualquiera de sus sepulcros, puesto que Abraham era manifiestamente «un príncipe de Dios» entre ellos (en nuestra versión traducido «un príncipe poderoso»), luego rechazando el pago de Macpelá, pero al final pidiendo su valor completo, en esta manera típicamente oriental: «Señor mío, escúchame: la tierra vale cuatrocientos siclos de plata;<sup>8</sup> ¿qué es esto para ti y para mí?».

En contraste, Abraham sí que actúa como un príncipe con su cortesía y sus acuerdos. Y así el campo y la cueva le fueron concedidos; un «lugar para sepultura», la única «posesión» de Abraham en una tierra que sería suya para siempre. Pero incluso con esta compra de un lugar de sepultura, Abraham demostró su fe en la promesa; tal como, al cabo de muchos siglos, el profeta Jeremías mostró su confianza en el retorno prometido

---

<sup>8</sup> Un precio muy considerable para aquel tiempo.

de Judá de Babilonia, comprando un campo en Anatot.<sup>9</sup> En esta cueva de Macpelá yacen atesorados los restos de Abraham y Sara, de Isaac y Rebeca, también de Lea, y los cuerpos embalsamados de Jacob y tal vez de José.<sup>10</sup> No hay ningún otro lugar de la Tierra Santa que contenga un polvo más precioso que éste; y es, de entre los así llamados «lugares santos», el único que hoy en día puede ser señalado con perfecta certeza. Desde el gobierno musulmán ha resultado inaccesible tanto a cristianos como a judíos. El lugar que está sobre la cueva está cubierto por un santuario mahometano, el cual se halla cercado por un edificio cuadrangular, de doscientos pies de longitud, ciento quince de ancho, y cincuenta o sesenta de altura, cuyas paredes están divididas por pilastras, con una separación de unos cinco pies, y dos pies y medio de ancho. Este edificio, con sus piedras inmensas, una de las cuales mide más de treinta y ocho pies de longitud, debe ser del tiempo de David o Salomón. La mezquita que hay en su interior probablemente fuera una iglesia en la antigüedad; y en la cueva que hay debajo de su suelo están los sepulcros de los patriarcas.

Tres años después de la muerte de Sara, Abraham decidió llenar el vacío de su propia familia y del corazón de Isaac, buscando una esposa para su hijo. A este hecho haremos referencia con relación a la vida de Isaac. Nada más queda por explicar sobre los treinta y ocho años posteriores a la muerte de Sara. Leemos, pues, que Abraham «tomó una esposa», Cetura, y que le dio seis hijos, pero no estamos seguros de cuándo sucediera esto. En cualquier caso, la historia de esos hijos no se mezcla en modo alguno con la descendencia prometida. Fueron los antepasados de las tribus árabes que son mencionadas algunas veces en la Santa Escritura.

## Muerte de Abraham

Y así, por medio del impresionante silencio de tantos años como para abarcar más de una generación, la Escritura nos lleva a la muerte de Abraham, en «buena vejez» de ciento setenta y cinco años, setenta años después del nacimiento de Isaac. Y por citar el lenguaje significativo de la Biblia, «fue unido a su pueblo», una expresión muy diferente de morir o ser sepultado, y que implica reunión con los que habían partido primero, y una creencia firme y segura en la vida venidera. Y mientras sus hijos Isaac e Ismael, ambos de avanzada edad, están al lado de su sepulcro en la cueva de Macpelá, nos parece oír la voz de Dios diciendo en todo tiempo: «Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y abrazándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra».<sup>11</sup>

## Capítulo 15

*(Génesis 24; 25:19; 26)*

El relato sagrado se vuelve hacia la historia de Isaac, el heredero de las promesas, todavía marcando su curso los tratos de parte de Dios que habían caracterizado la vida de Abraham. Desde el punto de vista de las promesas divinas, el casamiento de Isaac tenía que ser ineludiblemente un asunto de gran importancia para Abraham.

El patriarca tenía dos cosas muy claras: Isaac no podía en modo alguno tomar una esposa de entre los cananeos del lugar, no debía hacer alianza con los que iban a ser desposeídos de la tierra; y que Jehová, quien tan a menudo había demostrado ser un Dios fiel, y en obediencia al cual ahora rechazaba lo que hubiese podido parecer relaciones altamente ventajosas, proporcionaría él mismo una compañera adecuada para Isaac. Estas dos

---

<sup>9</sup>Jeremías 32:7, 8.

<sup>10</sup>Ver «Those Holy Fields»; *Palestine illustrated by Pen and Pencil*, p. 39.

<sup>11</sup>Hebreos 11:13.

convicciones determinaron la conducta de Abraham, como también condujeron la de «su criado más viejo», al que Abraham encargó llevar a cabo sus deseos, y quien, en términos generales, parece haber estado profundamente implicado en el espíritu de su amo.

Hacia poco tiempo<sup>1</sup> que Abraham había sido informado que su hermano Nacor, a quien había dejado en Harán, había sido bendecido con numerosos descendientes. A él, pues, envió el patriarca «su criado, el más viejo de su casa, que era el que gobernaba en todo lo que tenía»; se cree que era Eliezer de Damasco,<sup>2</sup> aunque por aquel tiempo ya debía ser de edad avanzada como su amo. Pero antes de partir le hizo jurar por Jehová (ya que este asunto concernía la esencia misma del pacto) para impedir cualquier alianza con los cananeos, y para aplicarlo a su «parentela». Y cuando el criado le planteó la posibilidad que para la ejecución de su deseo podría ser necesario que Isaac volviera a la tierra de donde viniera Abraham, el patriarca se negó rotundamente, tanto por ser contrario a la voluntad divina como por su creencia con fe que no habría dificultad alguna, y confió el resultado en las manos de Dios. En todo esto Abraham no tuvo ninguna nueva revelación del cielo; ni tampoco la necesitaba. Simplemente aplicaba a las circunstancias presentes lo que ya había recibido como la voluntad de Dios, del mismo modo que en todas nuestras circunstancias de la vida no necesitamos ningún nuevo comunicado de las alturas; solamente precisamos comprender y aplicar la voluntad de Dios tal como se nos revela en su Santa Palabra.

El resultado demostró cuán ciertas habían sido las esperanzas de Abraham. Tras llegar a Harán, el criado de Abraham puso en oración el asunto para que Dios «prosperase su camino», porque incluso durante nuestro camino por los mandamientos de Dios debemos buscar y pedir su bendición especial. Allí, mientras estaba fuera de la ciudad junto al pozo al que, según la costumbre oriental, las doncellas acudirían a sacar agua para sus casas, se le ocurrió con naturalidad relacionar en su oración una muestra de aquella cortesía, hospitalidad y amabilidad religiosas a lo que había estado habituado en la casa de su amo, con la parentela de Abraham, y por lo tanto el objetivo de su viaje. Casi no había terminado de orar cuando llegó la respuesta. «Antes que él acabase de hablar»<sup>3</sup> Rebeca, la hija de Betuel, hijo de Nacor, hermano de Abraham, fue al pozo junto al cual se había parado el extraño con sus camellos. Su aspecto era muy simpático («la doncella era de aspecto muy hermoso»), y su forma de actuar muy modesta y conveniente. De acuerdo con la señal que él había determinado en su mente, le pidió agua para beber; y concordando con la misma señal, sobrepasó su petición sacando agua incluso para sus camellos. Pero ni siquiera así el criado de Abraham cedió ante su primera impresión; solamente lo hizo ante el cumplimiento exacto de su oración, «el hombre estaba maravillado de ella, callando, para saber si Jehová había prosperado su viaje o no». Antes de proseguir preguntando quién era su familia, y buscando su hospitalidad, recompensó la amabilidad de ella con regalos espléndidos. Pero cuando las respuestas de Rebeca le demostraron que Jehová le había conducido directamente «a la casa de los hermanos de su amo», el hombre, muy conmovido, «se inclinó y adoró a Jehová».

## Casamiento de Isaac

La descripción de lo que viene a continuación es al mismo tiempo altamente gráfico y cotidiano. Se dice que Rebeca «corrió e hizo saber en casa de su madre», es decir, evidentemente a las mujeres de la casa. Luego, Labán, hermano de Rebeca, viendo las joyas y escuchando la historia, se apresura a invitar al extraño con toda la profusión de bienvenida típica de oriente. Pero las palabras con las que Labán, siendo por lo menos parcialmente idólatra, se dirigió al criado de Abraham: «Bendito de Jehová», nos recuerdan cuán fácilmente el lenguaje de Abraham (es decir, el lenguaje religioso) fue adoptado por aquellos que no tenían ningún derecho a usarlo. El criado de Abraham, por otro lado, es muy parecido a su amo con su conducta digna y honradez de propósito. Antes de aceptar hospitalidad de mano de Betuel y Labán, obtendrá una respuesta sobre la misión para la que había sido enviado, y ni las persuasiones ni las súplicas consiguen hacerle prolongar su estancia, ni

---

<sup>1</sup>Génesis 22:20.

<sup>2</sup>Génesis 15:2.

<sup>3</sup>Comp. Daniel 9:20, 21.

siquiera hasta el día siguiente. La caravana vuelve a Canaán con el pleno consentimiento de Rebeca. Una vez más es ya durante el atardecer cuando se termina el viaje. Y resulta que Isaac ha «salido a meditar al campo» (una expresión que implica comunión religiosa con Dios, probablemente con relación a su casamiento) cuando se encuentra con la caravana que vuelve. Rebeca recibe a su futuro marido con la decorosa modestia de una novia oriental, y la felicidad de corazón del hijo de la promesa le es asegurada en la unión con la mujer que el Señor mismo le «proveyó» por esposa. Cuando se casó Isaac tenía cuarenta años.

## **Nacimiento de Esaú y Jacob**

En el descanso silencioso de su ancianidad Abraham no solo presencié la vida casada feliz de su hijo, sino que incluso vivió quince años después del nacimiento de Esaú y Jacob. En cuanto a Isaac, se había aposentado lejos de las traficadas guaridas de los cananeos, en el pozo Lahai-Roi, una retirada adecuada a su carácter reservado y tranquilo. En veinte años la unión de Isaac y Rebeca no fue bendecida con hijos, para mostrar que también en este caso el heredero de las promesas tenía que ser un regalo de Dios, otorgado a la fe que espera. Finalmente Jehová escuchó «la súplica» de Isaac, «por su esposa», o más literalmente «acerca contra su esposa», porque, como enfatiza sorprendentemente Lutero: «Cuando oro por alguien, lo sitúo ante mi corazón, y no veo ni pienso en nada más, sino que miro solamente a él con mi alma»; y esto es cierto de toda oración de intercesión. Rebeca iba a ser la madre de hijos gemelos. Pero ya antes de su nacimiento sucedió una señal que la perturbó, y la llevó «a consultar a Jehová» sobre su significado, aunque no sabemos el modo exacto en que lo hizo. La respuesta de Dios indicaba bastante claramente que de sus hijos «el mayor servirá al menor»; es decir, en desacuerdo con lo que cabía esperar según la costumbre, el primogénito no poseería la primogenitura que la promesa divina había dado a Abraham. La sustitución del mayor por parte del menor ciertamente concordaba con los tratos anteriores de Dios, pero parecía raro al ser ambos hijos de los mismos padres. No solo es razonable, sino también necesario para comprender la siguiente historia, creer que Rebeca comunicó a su marido el resultado de su consulta, y que posteriormente también Esaú y Jacob fueron informados sobre este hecho.

## **Esaú vende su primogenitura**

Ésta es la única manera de explicar totalmente la conducta de Jacob y su madre intentando apropiarse de la primogenitura, contraria a lo que de otro modo hubiese sido la disposición natural. Cuando nacieron los dos niños, el aspecto pelirrojo y velludo del mayor fue la causa del nombre de Esaú, o «velludo»; mientras que el menor fue llamado Jacob, o el que «traba su mano al talón», porque estaba «trabada su mano al talón de Esaú»; un nombre que más tarde se adaptaría para designar «suplantador»,<sup>4</sup> porque el que se agarra al talón «adelanta» al otro.

El aspecto de los niños no traicionó su carácter cuando crecieron. El carácter salvaje de Esaú, que encontró su trabajo en la vida errante del cazador, nos recuerda a Ismael; mientras que Jacob, apacible y doméstico, buscaba sus placeres en casa. Como sucede a menudo, Isaac y Rebeca tomaron partido por el hijo con el carácter opuesto al suyo propio. El Isaac silencioso y reservado prefería a su hijo mayor atrevido, audaz, fuerte y errante; mientras que Rebeca, que era de naturaleza enérgica, se sintió atraída principalmente por su hijo apacible, Jacob. No obstante, en el fondo, también Esaú era débil y propenso a la depresión, como demostró con sus lágrimas y reproches de impotencia cuando se dio cuenta que estaba realmente privado de la bendición; mientras que Jacob, impetuoso, como su madre, estaba siempre dispuesto a actuar por cuenta propia. Lo reiteramos, en determinado momento todas las partes eran conscientes de que, incluso antes del nacimiento de los niños, la Palabra de Dios había designado a Jacob como el heredero de las promesas. Pero la preferencia de Isaac en lugar de Esaú le impedían aceptar las disposiciones divinas de buen grado; mientras que la impetuosidad de Rebeca y Jacob les motivaba a intentar obtener el cumplimiento de la promesa de Dios por los propios medios de ellos, en lugar de esperar creyendo para ver cuándo lo haría el Señor. Así sucedió que Jacob, atento a sus oportunidades, pronto encontró una posibilidad para aprovecharse de su hermano. Un día Esaú

---

<sup>4</sup>Génesis 27:36.

volvió de su caza «cansado» y con hambre. La visión de un plato de lentejas, que hasta hoy aún es un plato favorito en Siria y Egipto, incapaz como era y por falta de costumbre a controlar los deseos del momento, le indujo a vender su primogenitura por ese «guiso rojo». Las circunstancias se comprenden mucho mejor cuando recordamos que, además del carácter desenfadado de Esaú, y como indica Lightfoot, era una época de inicio de hambre en aquella tierra. Porque, justo después,<sup>5</sup> leemos que «hubo hambre en la tierra», mayor incluso que la de la época de Abraham, y que obligó a Isaac a salir de Canaán durante un tiempo. A partir de este acontecimiento, tan característico y decisivo en esta historia, Esaú, de acuerdo con la costumbre de oriente, obtuvo el nombre Edom, o «rojo», por el color del «plato de potaje» por el cual había vendido su primogenitura.

En cuanto a la conducta de los dos hermanos en este asunto, debemos notar que la Escritura no excusa ni defiende en absoluto a Jacob. De acuerdo con su hábito, simplemente relata los hechos sin comentar nada al respecto. Esto lo deja «a la lógica de los hechos»; y las terribles pruebas que tan pronto apartarían a Jacob de su casa, y que lo tuvieron como servidor en una tierra extraña durante tanto tiempo, son en sí mismas un comentario divino suficiente sobre dicha transacción. Además, es notable que Jacob nunca apeló en el futuro a su compra de la primogenitura. Pero en cuanto a lo que concierne a Esaú, sólo podemos tener una opinión sobre su conducta. Demasiado fácilmente suponemos que si Jacob actuó mal con Esaú o se aprovechó de él, por eso mismo Esaú tenía razón. En cambio la verdad es todo lo contrario. Cuando nos preguntamos qué es lo que Jacob intentaba comprar, o Esaú vender en su «primogenitura», respondemos que en los últimos tiempos concedía una porción doble de las posesiones paternas.<sup>6</sup> En los días de los patriarcas incluía «señorío» sobre el resto de la familia, y especial sucesión a la bendición espiritual que desde Abraham fluiría a todo el mundo,<sup>7</sup> junto con la posesión de la tierra de Canaán y la comunión del pacto con Jehová.<sup>8</sup> Podemos creer fácilmente que la parte espiritual de todo ello era descreditada y menospreciada por parte de Esaú, y lo que era temporal, pero futuro, como demuestra su conducta posterior, se pensaba que lo obtendría por el favor de su padre o por medio de la violencia. Pero el hecho que la satisfacción momentánea de sus apetitos sensuales más bajos le hicieran estar dispuesto a vender tan inefablemente preciosos y santos privilegios, demostró que era, con el lenguaje de la Epístola a los Hebreos,<sup>9</sup> «profano», y por lo tanto no apto para llegar a ser el heredero de las promesas. Porque ser profano es esto: renunciar a lo espiritual y lo no visto por la satisfacción sensual o el deleite momentáneo; ser tan poco cuidadoso por lo espiritual como para aferrarse al gozo actual; en pocas palabras: prácticamente no tener en cuenta nada santo en absoluto cuando se entremete en nuestro gozo actual. La Escritura lo redacta con la amarga sentencia propia, que el mismo Esaú dictó para sí mismo con su conducta: «y él comió y bebió, y se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura».

Antes de continuar con la historia de las pruebas y los gozos de Isaac, parece ser oportuno hacer unas precisiones generales, a fin de explicar tanto la conducta de Isaac como la de Jacob, y su significado para la historia del pacto. Es un hecho común describir a Abraham como el hombre de fe, Isaac como el ejemplo de longanimidad, y Jacob como el hombre del trabajo activo; y en estos dos últimos casos, relacionar los frutos espirituales, que fueron el resultado de su fe, con sus caracteres naturales. Todo esto es correcto; pero, en nuestra opinión, es necesario tomar una perspectiva más amplia de todo el asunto. Tengamos en cuenta que Dios hizo y estableció su pacto con Abraham. La historia de Isaac y Jacob, por otro lado, más bien representa los estorbos contra el pacto. Son los mismos que nosotros encontramos a diario en nuestro caminar de fe. Surgen por causas opuestas, según nuestra debilidad nos rezagamos, o –por nuestra impaciencia– nos adelantamos a

---

<sup>5</sup> Génesis 26:1.

<sup>6</sup> Deuteronomio 21:17.

<sup>7</sup> Génesis 27:27, 29.

<sup>8</sup> Génesis 28:4.

<sup>9</sup> Hebreos 12:16.

Dios. Isaac se rezagó, Jacob intentó ir delante de Dios; y su historia muestra los peligros y las dificultades creadas por cada uno de estos motivos, tal como, por el contrario, los tratos de Dios con ellos muestran con cuanta misericordia, sabiduría y santidad sabía apartar tales obstáculos, y desarraigar esos pecados de sus corazones y vidas. En consecuencia, debemos considerar la historia de Isaac y Jacob como la de los obstáculos contra el pacto y su desaparición. Bajo esta perspectiva entendemos mucho mejor, no solo el intento de Jacob de comprar la «primogenitura» (como si Esaú hubiese tenido algún derecho a venderla) sino también lo que sucedió después de dicha transacción.

## **Isaac en Gerar**

Parece ser que un hambre atroz indujo a Isaac a salir de su lugar, y se le ocurrió con toda naturalidad seguir los pasos de su padre Abraham, e ir a Egipto. Pero cuando llegó a Gerar, el lugar de residencia de Abimelec, rey de los filisteos, donde Abraham había estado con anterioridad, «Jehová se le apareció», y le dio instrucciones especiales de permanecer allí, renovándole al mismo tiempo las promesas que había hecho a Abraham. Podemos reconocer la bondad de Dios tanto en sus instrucciones como en la renovación de la bendición, porque no quería exponer a Isaac a las grandes pruebas de Egipto, y quería reforzar y animar su fe. Parece ser que al llegar a Gerar no dijo que Rebeca era su esposa; y cuando finalmente se le pregunta al respecto, la falta de valentía que había provocado el equívoco desembocó en la falsedad. Imitando a Abraham hizo pasar a su esposa por su hermana. Pero también aquí la bondad de Dios intervino para librarlo de una prueba superior a lo que hubiese sido capaz de soportar. Su engaño fue descubierto antes de que su esposa fuera tomada; y una orden dada por Abimelec (no sabemos si era el mismo que gobernaba en el tiempo de Abraham o su sucesor) aseguró su futuro. Por aquel entonces parece ser que el hambre era tan intensa que el mismo Isaac se puso a labrar la tierra personalmente. Y Dios le bendijo con una producción extraordinariamente enorme, a fin de animarlo todavía más en medio de sus pruebas. Normalmente, incluso en las partes más fructíferas de Palestina, la cosecha era de veinticinco a cincuenta por uno; y en un distrito pequeño, hasta ochenta por uno de trigo, y ciento por uno de cebada. Pero Isaac recibió «ciento por uno» para que viera que incluso en un año de hambre Dios podía conceder la mayor provisión a su siervo. La riqueza creciente de Isaac provocó la envidia de los filisteos. Surgieron las disputas, y taparon los pozos que Abraham había cavado. Al final, incluso Abimelec, aunque era amigo, le aconsejó que se fuera del lugar. Isaac fue al valle de Gerar. Pero allí también surgieron cuestiones parecidas; e Isaac volvió una vez más a la antigua morada de Abraham, a Beerseba. Allí Jehová se le apareció de nuevo para confirmarle, al entrar otra vez en la tierra, las promesas hechas anteriormente. También Beerseba recibió su nombre por segunda vez. Porque Abimelec, acompañado por su capitán principal y su consejero personal, acudió a Isaac para renovar el pacto que había sido hecho antes entre los filisteos y Abraham. Ahora Isaac ya estaba en paz con todos los de su alrededor. Mejor todavía, «edificó un altar» en Beerseba, «e invocó el nombre de Jehová».

## **Casamiento de Esaú**

Pero en la cúspide de su prosperidad le esperaban nuevas pruebas. Su hijo mayor, Esaú, tomó dos cananeas como esposas, «las cuales fueron amargura de espíritu a Isaac y a Rebeca». Seguramente, si Isaac no «se hubiese rezagado mucho», hubiese reconocido en ello la ineptitud final y total de Esaú para heredar la «primogenitura». Pero la misma tendencia que le había mantenido indeciso hasta el momento, le condujo, antes de que se rompiera definitivamente, a un dolor mayor y mucho más profundo que todo lo que había experimentado hasta el momento.

# *Capítulo 16*

*(Génesis. 27; 28:1–9)*

Si hay algo de lo que debemos guardarnos ansiosamente, es de «tentar a Dios». Tentamos al Señor cuando, prestando atención a nuestras propias tendencias, cuestionamos de nuevo lo que él ya ha establecido. Donde Dios ya ha tomado una decisión, no debemos dudar, ni rezagarnos. Y si había algo que podía describirse como claramente determinado por parte de Dios era, sin lugar a dudas, el llamamiento de Jacob y el rechazo de Esaú. Había sido predicho explícitamente incluso antes del nacimiento de los niños; y Esaú había demostrado posteriormente no ser apto para heredar la promesa, primero por su acción de carácter profano superficial, y luego por su alianza con los cananeos, cosas que no podían ser más contrarias a la voluntad de Dios y a los propósitos de su pacto. A pesar de estas claras indicaciones, Isaac se rezagó, no deseando seguir la dirección de Dios. En verdad, había puesto sus afectos naturales en la balanza como contrapeso. Como demostraremos a continuación, Isaac ciertamente vaciló sobre si dar la parte espiritual de la bendición a Esaú; pero lo que él consideraba como los derechos naturales del primogénito aparecieron ante él de modo ineludible, y esto es lo que quería reconocer formalmente al concederle la bendición.

## **Jacob obtiene la bendición de Isaac mediante engaño**

Un escritor alemán observa adecuadamente: «Ésta es una de las más notables complicaciones de la vida, mostrando en el modo más claro posible que los hilos de la historia son movidos por una mano superior, de manera que ni el pecado ni el error pueden liarlos. Cada uno teje los hilos que se le confían según sus propias opiniones y deseos; pero al final, cuando el tejido está acabado, vemos en el mismo el diseño que el Señor había ideado con anterioridad, y en el cual cada trabajador contribuye con uno u otro aspecto». Por el tiempo que estamos escribiendo Isaac tenía ciento treinta y siete años;<sup>1</sup> una edad en la cual su hermanastro Ismael había muerto, hacía catorce años; y aunque Isaac estaba destinado a vivir otros cuarenta y tres años,<sup>2</sup> la debilidad de su vista, junto con otras debilidades, le hizo pensar en la muerte. Bajo estas circunstancias decidió conceder formalmente a Esaú los privilegios que pertenecían por naturaleza al primogénito. Pero, para esto, aparejó una especie de condición preliminar, que Esaú le trajera y preparara carne de venado. Posiblemente considerara el hecho de encontrar caza como una especie de señal providencial, y su preparación como prueba de su afecto. No había nada extraño en esto, porque los que creen en Dios, y no obstante por cualquier motivo rechazan implícitamente seguir las instrucciones de Dios mismo, siempre están a la expectativa de alguna «señal» para justificarse al deponer las indicaciones claras de la voluntad de Dios. Pero Rebeca había oído la conversación entre su esposo y su hijo. Probablemente hacía mucho tiempo que se temía algo por el estilo y estaba atenta a ello. Y ahora el peligro parecía muy inminente. Una hora más, y Jacob perdería la bendición para siempre. Desde un punto de vista humano, el secreto del éxito dependía de una decisión rápida y una acción decisiva. No importaban los medios usados, si se conseguía el objetivo. ¿Acaso Dios no había señalado evidentemente a Jacob como el heredero de las promesas? ¿Acaso Esaú no había demostrado ser totalmente inadecuado para ello incluso antes de casarse con las cananeas? Ella simplemente estaba cumpliendo la voluntad de Dios cuando apartó a su marido de un error tan grande, y se aseguró de que su hijo tuviera lo que Dios había dispuesto para él. Posiblemente éstos fueron los pensamientos interiores de Rebeca. De estar segura, si hubiese tenido la fe de Abraham, que estaba dispuesto a entregar a su propio hijo en el Monte Moria, porque creía que si así había de ser Dios podía levantarlo de entre los muertos, ella no hubiese actuado ni sentido tal como lo hizo. Pero en esos momentos sus motivos estaban muy mezclados, aunque siempre tenía la promesa en mente, y su fe era débil e imperfecta, y aunque pensaba que estaba llevando a cabo la voluntad de Dios.

---

<sup>1</sup> La edad de Isaac se determina como sigue: Cuando José estuvo ante Faraón (Gn. 41:46), tenía treinta años, y por lo tanto treinta y nueve cuando Jacob fue a Egipto. Pero entonces Jacob tenía ciento treinta años de edad (Gn. 47:9). Así Jacob debería tener noventa y un años cuando nació José; y puesto que esto sucedió en el año catorce de la estancia de Jacob con Labán, la huida de Jacob de su casa debió suceder cuando él tenía setenta y siete años, y su padre Isaac ciento treinta y siete.

<sup>2</sup> Génesis 35:28.

Esto nos sucede a la mayoría de nosotros, cuando parece que la necesidad nos obliga y la sabiduría santa nos mueve a realizar por cuenta propia lo que deberíamos dejar en las manos de Dios. Si en alguna ocasión nos introducimos en este orden de cosas, no pasará mucho tiempo sin que abandonemos cualquier tipo de escrúpulo sobre los medios usados, para asegurarnos el objetivo deseado, el cual puede parecernos concordante con la voluntad de Dios. Aquí también la fe es el único remedio verdadero: la fe, que deja a Dios realizar sus propios propósitos, contenta confiando en él totalmente, y de seguirle a cualquier lugar que Él nos conduzca. Y el camino de Dios nunca pasa por el matorral de la astucia y los ardides humanos. «El que crea no vacilará»; y tampoco le es necesario, porque Dios lo hará por él.

Siguiendo con su propósito, Rebeca propuso a Jacob que se aprovechara de la vista débil de su padre, y que simulara ser Esaú. Debía vestirse con las ropas de su hermano, que desprendían el olor de las hierbas aromáticas y de los arbustos por donde él había pasado para cazar, y que cubriera su piel suave con pieles; mientras Rebeca prepararía un plato que el padre no podría distinguir de lo que debía prepararle Esaú. Es digno de hacer notar que, aunque Jacob puso objeciones al inicio, sus escrúpulos fueron causados más bien por el temor a ser descubierto que por sentir el mal que se le proponía. Pero Rebeca acalló sus recelos, posiblemente por confiar en que, al cumplir, según su parecer, la voluntad de Dios, no podía conseguir nada más que el éxito. De hecho, a Jacob le resultó el papel más difícil de lo que cabía esperar. Se debía repetir continuamente el engaño, la ambigüedad y la mentira a fin de apagar la creciente sospecha del anciano.

Al fin Jacob tuvo éxito, con la vergüenza y el remordimiento que fácilmente podemos imaginar, y logró disipar las dudas de su padre; e Isaac le dio «la bendición» y, con ella, la primogenitura. Pero es importante notar, que aunque esta bendición le daba la tierra de Canaán y la soberanía sobre sus hermanos, existe en ella solo una vaga alusión a la gran promesa hecha a Abraham. Las únicas palabras que podemos suponer que se refieran a ella son las siguientes: «Malditos los que te maldijeren, y benditos los que te bendijeren».<sup>3</sup> Pero esto es muy diferente de la bendición de Abraham, «en ti y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra».<sup>4</sup> Resulta evidente, Isaac pensaba que había bendecido a Esaú, y que no osaba conferirle a él los privilegios espirituales unidos a la primogenitura. Así, después de todo, Jacob y Rebeca no lograron lo que buscaban.

## **El dolor de Esaú**

Acababa Jacob de salir de la presencia de su padre, cuando entró Esaú con su carne de venado guisada. Si Isaac, Rebeca y Jacob se habían equivocado en su participación en esa transacción, Esaú por lo menos merece igual culpa. Por no hablar de su conocimiento previo de la voluntad de Dios sobre este tema, disimuló ante su hermano Jacob el hecho de que iba a obtener de parte de su padre el favor que el mismo Esaú había vendido a Jacob. Ciertamente, aquí había tanta falta de honradez, y tantos ardides y falsedades como con Jacob.

Cuando Isaac descubrió el engaño del cual había sido víctima, «se estremeció grandemente», pero no quiso retirar la bendición que había pronunciado: «yo le bendije, y será bendito». Ahora, por vez primera, parece que desaparecieron las tinieblas que envolvían la visión de Isaac sobre este asunto. Ve el dedo de Dios, que ha evitado el peligro que Isaac había provocado por su propia debilidad. Así, a pesar de que todos los implicados en esa transacción habían estado en error y pecado, Dios llevó a cabo su propósito, e Isaac reconoció este hecho. Ahora bien, también por vez primera, Esaú pudo observar ligeramente lo que él mismo realmente se había perdido. Leemos que «después, deseando heredar la bendición, fue desechado, pues no halló oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas».<sup>5</sup>

## **Consecuencias negativas sufridas por todos los miembros de su familia por sus errores**

---

<sup>3</sup> Génesis 27:29.

<sup>4</sup> Génesis 27:18.

<sup>5</sup> Hebreos 12:17.

Ante tal súplica por obtener algún tipo de bendición, Isaac pronunció lo que en realidad era una profecía del futuro de Edom. Su traducción literal, sería:

«He aquí, tu morada será sin la fertilidad de la tierra,  
Y sin el rocío del cielo desde arriba».

Esto describe el aspecto general de las montañas estériles de Edom; después de ello el patriarca continúa con los rasgos generales de la historia futura de los edomitas:

«Pero con tu espada vivirás, y servirás a tu hermano;  
Pero sucederá que, al sacudirlo, romperás  
su yugo de sobre tu cuello».

La última frase, como bien se ha hecho notar, se refiere al éxito cambiante de las luchas futuras entre Israel y Edom, e introduce un elemento de juicio en la bendición de Jacob. Y cuando comparamos las palabras de Isaac con la historia de Israel y Edom, hasta el tiempo en que Herodes, el Idumeo, tomó posesión del trono de David, vemos con cuánta exactitud todo ello ha sido resumido en la Epístola a los Hebreos (11:20): «Por la fe, bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras». Porque el hecho de que Isaac estaba ahora actuando con fe, y había comprendido que sin saberlo había bendecido según el propósito de Dios y no de acuerdo con sus propias inclinaciones, se desprende de la historia subsiguiente. Parece que Esaú, lleno de odio y envidia, resolvió librarse de su rival con el asesinato de su hermano, con la única condición de aplazar la ejecución de su propósito hasta después de la muerte de su padre, que también creía estaba cerca. De algún modo Rebeca, siempre atenta, obtuvo noticias al respecto, y conociendo el carácter irascible de su hijo mayor, el cual, por muy violento que fuera, no conservaba el enfado mucho tiempo, decidió enviar a Jacob fuera, a su hermano Labán, por «algunos días», porque imaginaba que al cabo de dicho tiempo ella «enviaría y lo traería de allá». Pero la amabilidad para con su marido le hizo esconder el plan asesino de Esaú e intervenir ofreciendo como razón de la salida temporal de Jacob lo que, sin duda, también era un fuerte motivo en su interior, que Jacob se casara con alguien de la parentela de ella. Porque, como ella misma dijo, «Si Jacob toma mujer de las hijas de Het, como éstas, de las hijas de esta tierra, ¿para qué quiero mi vida?». Aunque su lenguaje sea enojado su razonamiento era justo, e Isaac lo sabía por la dolorosa experiencia de las esposas de Esaú.

## **Jacob enviado a Labán**

Y ahora Isaac envió a Jacob a Labán explícitamente, para buscarle una esposa; y actuando así, esta vez de modo consciente y con inteligencia, renovó la bendición que había sido obtenida antes de una manera fraudulenta.

## **Isaac renueva y da enteramente a Jacob la bendición de Abraham**

Además, ahora el patriarca habla clara y unívocamente, no solo reiterando los mismos términos de la bendición del pacto en toda su plenitud, sino añadiendo especialmente las siguientes palabras: «el Dios omnipotente... te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo». Así finalmente la debilidad de la luz espiritual de Isaac desapareció totalmente. Pero la oscuridad que envolvía a Esaú parece ser que crecía más y más. Al enterarse del cargo que Isaac había dado a su hijo, y dándose cuenta, parece que por primera vez, del hecho de que «las hijas de Canaán parecían mal a Isaac<sup>6</sup> su padre», tomó a «Mahalat, hija de Ismael» por tercera esposa; como si hubiese arreglado las cosas formando una alianza con una persona a quien Abraham, por orden

---

<sup>6</sup> Aquí no se menciona que Esaú temiera no complacer a Dios, o ni siquiera que lo pensara. Podemos acordarnos de nuestro padre terrenal, pero al mismo tiempo olvidar el celestial.

divina, había «expulsado». De este modo se manifestaba a cada paso la incapacidad espiritual de Esaú y su ineptitud, incluso cuando intentaba actuar amablemente y como se debe.

Para concluir, alteramos y adaptamos el lenguaje de un escritor alemán: después de esto Isaac vivió cuarenta y tres años más. Pero no aparece más en esta historia. El hilo de la misma lo toma Jacob, sobre quien se desarrolla la promesa. La Escritura sólo registra el hecho que Isaac fue reunido con sus padres a los ciento ochenta años de edad, y lleno de días, y que fue sepultado en la cueva de Macpelá por Esaú y Jacob, a quienes tuvo el gozo de ver a la cabecera de su lecho de muerte como hermanos reconciliados. Cuando Jacob se fue, su padre habitó en Beerseba. El deseo de estar más cerca de la sepultura de su padre puede haber causado su posterior asentamiento en Mamré, donde murió.<sup>7</sup> Rebeca, que en su despedida había prometido muy confiadamente que informaría a Jacob cuando se calmase el enfado de Esaú, podía haber muerto incluso antes de ver el regreso a Canaán de su hijo favorito. En todo caso el mensaje prometido nunca fue dado, y el nombre de ella no se menciona en el retorno de Jacob.

## Capítulo 17

*(Génesis 28:10–22; 31)*

Aquel primer día, una vez que Jacob dejara su casa en Beerseba, hizo un largo y cansado viaje.<sup>1</sup> Viajó más de cuarenta millas por las montañas que más tarde serían las de Judá, y atravesó lo que posteriormente sería la tierra de Benjamín. El sol se había puesto, y su resplandor final había desaparecido detrás de las grises colinas de Efraím, cuando llegó a «un valle irregular, cubierto, como de lápidas, con grandes rocas planas, esparcidas por aquí y por allá, en posición vertical como crómlechs de monumentos de Druidas».<sup>2</sup>

Aquí, cerca de una cordillera salvaje, la gran cumbre de la cual estaba cubierta por un olivar, era el lugar donde Abraham reposó por vez primera al entrar en la tierra, y de donde él y Lot, antes de separarse, inspeccionaron el lugar. Allí mismo, ante él, estaba el Luz cananeo; y más allá, a muchos días de camino, se extendía su fatigoso camino a Harán.<sup>3</sup>

Ese valle de piedras era un lugar solitario y misterioso, como para hacer de él la parada de la primera noche. Pero tal vez coincidía mucho mejor con el estado de ánimo de Jacob, que le había hecho continuar más y más, desde temprano por la mañana, despreocupado del tiempo y el camino, hasta que no pudo continuar con su viaje. No obstante, por accidental que parezca la elección del lugar, pues leemos «llegó a un cierto lugar», sin duda era un designio de Dios. Jacob se preparó para reposar. Amontonando algunas piedras esparcidas por el valle, hizo una almohada y se acostó.

### La visión de Jacob en Betel

Fue entonces, en sus sueños, cuando le pareció como si las piedras del valle estaban siendo edificadas por medio de una mano invisible, como peldaño tras peldaño formando una «escalera». Ahora, mientras la miraba, subía y subía, hasta alcanzar el cielo azul lleno de estrellas centelleantes, el cual parecía rasgarse para recibirla. A lo largo de todo ese camino maravilloso se movían formas angélicas «que subían y descendían por ella»; y se

---

<sup>7</sup> Génesis 35:27–29.

<sup>1</sup> Inferimos a partir del texto sagrado que Jacob pasó su primera noche en Betel.

<sup>2</sup> Stanley, *Sinai and Palestine*, p. 217.

<sup>3</sup> El viaje de Beerseba a Harán son cuatrocientas millas.

derramaba la luz angelical sobre su trayectoria, hasta la cúspide, donde se hallaba el glorioso Jehová, quien habló al durmiente solitario allí abajo: «Yo soy Jehová, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac». En su ministerio silencioso los ángeles todavía subían y descendían por las escaleras edificadas por el cielo, desde donde estaba Jacob recostado hasta el lugar donde Jehová hablaba. La visión y las palabras habladas por el Señor se explican mutuamente, siendo la primera figura de lo segundo. En esa primera noche, cuando Jacob, expulsado de su casa y fugitivo, su mente llena de pensamientos duros, dudas y temores; cuando, en todos los sentidos, su cabeza se recostaba sobre una almohada de piedras en el rocoso valle de Luz, Jehová le renovó explícita y plenamente, la promesa y la bendición dada por primera vez a Abraham, y le añadió este consuelo, que le ayudaría en cualquier cosa con la que debiera enfrentar: «Yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho». Y lo que Jacob oyó, eso mismo vio en visión simbólica. La promesa era la escalera realmente edificada por Dios, que llegaba desde el lugar solitario donde el pobre errante se hallaba acostado hasta el cielo, justo ante la mismísima presencia de Jehová; y sobre la cual se extendía el camino del ministerio angelical silencioso y desconocido por el mundo. Y todavía es así para cada miembro real de Israel la promesa de aquella «escalera» misteriosa que conecta la tierra con el cielo. Abajo está el hombre, pobre, sin esperanza y abandonado; arriba, el mismísimo Jehová, y a lo largo de la escalera de la promesa que une la tierra con el cielo, los ángeles de Dios, con su silencioso pero ininterrumpido ministerio, descendiendo con ayuda, y ascendiendo en busca de liberación. Pero esta «escalera» es Cristo,<sup>4</sup> porque por medio de esta «escalera» Dios mismo ha descendido a nosotros en la persona de su amado hijo, quien es, por así decirlo, la promesa hecha realidad, como está escrito: «De aquí en adelante veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios que suben y descienden sobre el Hijo del Hombre».<sup>5</sup>

«Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía.» Ahora tenía un temor bastante diferente del de soledad o duda. Se trataba del temor de hallarse conscientemente ante el Dios del pacto, que siempre está atento y se preocupa, lo que le hacía sentirse, como a tantos otros, como un errante ante su descubrimiento: «¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo». Y a la mañana siguiente temprano, Jacob convirtió su almohada de piedras en una columna conmemorativa, y la consagró a Dios. En adelante ese valle rocoso ya no sería para él el Luz de los cananeos, sino Bet-el, «la casa de Dios»; del mismo modo en que Juan Bautista declaró que de tales piedras Dios podía levantar hijos de Abraham. Al mismo tiempo Jacob hizo un voto, que cuando Dios cumpliera su promesa y lo trajera de vuelta «en paz», él por su parte haría del lugar una Bet-el, dedicándolo a Dios, y ofreciendo al Señor una décima parte de todo lo que Dios le diera, lo cual también cumplió.<sup>6</sup>

No sucedió nada más digno de mención hasta el final de su viaje en «la tierra de los orientales». Allí se encontró en un «pozo», donde, fuera de lo corriente, había tres rebaños esperando, mucho antes de la hora usual de la tarde, para darles de beber. El profesor Robinson hizo esta observación personal, que nos ayudará a comprender las circunstancias: «Sobre la mayor parte de las cisternas se pone una gran piedra plana y gruesa, con un agujero redondo en el centro, que forma la boca de la cisterna. A menudo se encuentra este agujero tapado con una piedra pesada, y para sacarla se necesitan dos o tres hombres».

## **Su llegada a la casa de Labán**

No sabemos si se hacía esperar a los rebaños hasta que llegaran suficientes hombres como para sacar la piedra, o si la costumbre era esperar hasta que llegaran todos los rebaños. En cualquier caso, cuando Jacob se hubo asegurado de que los rebaños venían de Harán, y que los pastores conocían a Labán, el hermano de Rebeca, y cuando vio la hermosa Raquel, su prima, que venía con su rebaño, sacó él mismo la piedra, dio de beber a las ovejas de su tío, y en el calor de sus sentimientos al encontrarse no sólo al final de su viaje, sino que además dirigido por Dios ante la mujer cuyo aspecto se adueñaba de sus afectos, abrazó a su prima. Incluso en

---

<sup>4</sup> Así lo interpretan tanto Lutero como Calvino.

<sup>5</sup> Juan 1:51.

<sup>6</sup> Génesis 35:6, 7.

este pequeño detalle el observador atento del carácter natural de Jacob no dejará de ver «la precipitación» con la cual siempre se anticipaba a las instrucciones de Dios. Cuando Labán, padre de Raquel, se enteró de todas las circunstancias, recibió a Jacob como un familiar. El período de prueba de un mes confirmó con creces a aquel hombre egoísta y codicioso la impresión favorable de poder usar a Jacob como un pastor suyo; impresión seguramente provocada por su intervención inicial en el «pozo». Con esa franqueza aparente y muestras de liberalidad bajo las cuales las personas astutas y egoístas disfrazan sus intenciones poco honradas, Labán pidió a Jacob que estableciera su propio «salario». Jacob amaba a Raquel, la hija menor de Labán. Sin consultar el pensamiento de Dios sobre este asunto, propuso servir a Labán durante siete años por la mano de ella. Éste era simplemente el tiempo normal entre los hebreos de la servidumbre de un judío; es decir, propuso ser esclavo para Raquel. Con la misma candidez, tan bien fingida, de antes, Labán aceptó: «Mejor es que te la dé a ti, y no que la dé a otro hombre (un forastero)». Esta oferta de vender así a su hija no estaba apoyada por las costumbres de su tiempo, y las mismas hijas de Labán sintieron la degradación que no podían soportar, como se desprende de su afirmación, cuando accedieron a escapar de la casa de su padre: «¿No nos tiene ya como por extrañas? Pues nos vendió».<sup>7</sup>

## El casamiento doble de Jacob y su servidumbre

El período de servidumbre de Jacob le pareció que pasaba de prisa, y al final de los siete años reclamó su esposa. Pero ahora era el momento para que Jacob experimentara cómo su propio pecado le sorprendía. Tal como él engañara a su padre, ahora Labán le engañó a él. Aprovechándose de las costumbres orientales, según las cuales la novia siempre es llevada a su marido con el rostro cubierto con un velo, substituyó a Raquel por Lea. Pero, como antes Dios, sin saberlo ellos, había sobrepasado el pecado de Isaac y de Jacob, así actuó también ahora en el caso de Labán y Jacob. Porque Lea, por lo que podemos adivinar, era la que Dios había determinado para Jacob, aunque, por su hermosura, él había preferido a Raquel. De Lea nació Judá, en cuya línea se cumpliría la promesa de Abraham. Lea, como veremos más adelante, temía y servía a Jehová; mientras que Raquel estaba entregada a las supersticiones de la casa de su padre; e incluso el carácter natural de la hermana mayor era más adecuado para su nuevo llamamiento que el carácter petulante, displicente y caprichoso de la hermosa hija menor de Labán. En cuanto al artífice del engaño, Labán, se encubrió con la excusa de que la costumbre nacional era de no entregar una hija antes que su hermana mayor. Pero rápidamente propuso a Jacob darle también a Raquel, a cambio de siete años más de servidumbre. Jacob accedió, y la segunda unión se celebró inmediatamente después de finalizar las fiestas matrimoniales de Lea, las cuales en oriente suelen durar una semana.

Sería un gran error suponer por el silencio de la Escritura que este casamiento doble de Jacob recibió la aprobación divina. Como siempre, la Escritura registra los hechos, pero no comenta. Ello se ve bastante claro en la vida plagada de sufrimientos, deshonra, y pruebas que, en la providencia retributiva de Dios, fue la consecuencia de esta unión doble.

La debilidad pecaminosa de Jacob apareció también en su vida de matrimonio, con la desagradable e injusta preferencia por Raquel, y los tratos de reproche de Dios bendiciendo la esposa «odiada» con hijos, mientras que privaba a Raquel la dicha tan apreciada en una familia donde todo lo precioso se relacionaba con un heredero de las promesas. Al mismo tiempo, serviría para explicar de nuevo lo que había sido comunicado primero a Abraham y luego a Isaac, que especialmente en la familia patriarcal esta bendición debía ser un don directo del Señor.<sup>8</sup> Lea dio a luz sucesivamente cuatro hijos, a los que, muy significativamente, llamó *Rubén* («mirad, un hijo»), diciendo, «Ha mirado Jehová mi aflicción»; *Simeón* («escuchar»), «Por cuanto oyó *Jehová* que yo era odiada»; *Leví* («hendidura», o «unido»), con las esperanzas que «Ahora esta vez se unirá mi marido conmigo»; y *Judá* («alabado» sea Jehová), porque dijo: «Esta vez alabaré a *Jehová*». Merece especial atención que, ante el nacimiento de por lo menos tres hijos, Lea no solo reconoció a Dios, sino que lo reconoció especialmente como *Jehová*, el Dios del pacto.

---

<sup>7</sup> Génesis 31:14, 15.

<sup>8</sup> Ver también Salmos 127:3.

Suponemos que Raquel, que no tenía hijos propios, no estaba esperando todo ese tiempo sin intentar eliminar lo que en su envidia y celos ella consideraba una ventaja de parte de su hermana. De hecho, el texto sagrado no indica en ninguna parte que los hijos de Jacob nacieran en el orden exacto con el que se registran sus nombres. Al contrario, tenemos razones suficientes para suponer que no fue así. Concuerda bastante con el lenguaje petulante y querelloso de Raquel, la suposición que no esperara mucho tiempo, sino tan pronto como descubrió su desventaja ante su hermana, persuadió a su marido para que la hiciera madre por medio de *Bilha*, su sierva, como Sara hizo con Agar. Así los pecados de los padres demasiado a menudo aparecen de nuevo en sus sucesores. En vez de esperar en Dios, o dedicarse a la oración, Jacob satisfizo el deseo de Raquel, y su sierva tuvo dos hijos, a quienes Raquel llamó «Dan», o «juicio», como si Dios hubiese juzgado su mal, y «Neftalí», o «mi lucha», diciendo: «Con grandes luchas he contendido con mi hermana, y he vencido». En ambos casos notamos los celos por su hermana; y aunque reconocía a Dios, no era como *Jehová*, sino como *Elohim*, el Dios de la naturaleza, no el Dios del pacto de la promesa.

Una vez más el mal ejemplo de una hermana, y su supuesto éxito, resulta contagioso. Cuando Lea se dio cuenta de que ya no volvía a ser madre como antes, y probablemente sin esperar a que nacieran los dos hijos adoptivos de Raquel, imitó el ejemplo de su hermana, y dio a Jacob su propia sierva *Zilpa*. Cuando nació el mayor, exclamó: «Vino la ventura»,<sup>9</sup> y le llamó «Gad», o «buena fortuna»; expresando la misma idea con el nombre del segundo, *Aser*, o «feliz». Tampoco Lea se acordó de Dios en todo esto, sino que solamente pensó en el éxito de sus ardides. Pero el número de hijos concedidos a las dos hermanas tampoco hizo desaparecer los celos mutuos ni restableció la paz en la casa de Jacob. Se dieron las escenas más dolorosas; y cuando al cabo del tiempo Lea dio a luz de nuevo a dos hijos, reconoció ciertamente a Dios en sus nombres, pero esta vez, como su hermana, sólo *Elohim*, y no *Jehová*; parece que ella veía en el primero de ellos una recompensa por dar Zilpa a su marido, por lo que el nombre del niño fue *Isacar* («él da», o «trae recompensa»); al mismo tiempo que consideraba a su último hijo, *Zabulón*, o «morada», como una prenda, puesto que ya que había dado seis hijos a su marido, ahora moraría con ella.

Ya se ha dicho que no tenemos que considerar el orden con el que se menciona el nacimiento de los hijos de Jacob como indicativo de su sucesión real.<sup>10</sup> Vienen enumerados así, parcialmente para mostrar los diversos motivos de las dos hermanas, y parcialmente para agrupar los hijos de las diferentes madres. El hecho que el relato escritural no pretende representar la sucesión real de los hijos se muestra también en el dato que el nacimiento de la única hija, *Dina*, («juicio») se cita inmediatamente después de Zabulón. Los términos hebreos usados en este caso implican que Dina nació más tarde («después»), y, de hecho, sólo ella es mencionada con referencia a la última época de la historia de Jacob, aunque tenemos razones para creer que Jacob tuvo otras hijas,<sup>11</sup> cuyos nombres e historia no se mencionan.

Y ahora finalmente parece que Raquel tuvo mejores pensamientos. Cuando leemos que al darle un hijo propio «Dios le escuchó», podemos inferir con toda seguridad que la oración de fe había tomado en su corazón el lugar anteriormente ocupado por la envidia y los celos de su hermana. El hijo que le nació entonces, en el año catorce de la servidumbre de Jacob a Labán, fue llamado *José*, un nombre que tiene un significado doble: «el que quita», porque, como dijo ella misma, «Dios ha quitado mi afrenta», y «añadiendo», puesto que consideraba a su hijo como una prenda de que Dios (esta vez «Jehová») «me añadirá otro hijo». El objetivo de la estancia prolongada de Jacob con su suegro se cumplió entonces. Los catorce años de servicio a Labán lo dejaron tan pobre como cuando llegó a él por primera vez. Las necesidades de su familia en aumento, y las mejores relaciones establecidas en la misma, le debieron hacer pensar en lo positivo de volver a su país. Pero cuando confió este deseo a su suegro, éste no deseaba separarse de quien le había procurado tantos beneficios. Con la confusión típica de ideas paganas con un conocimiento tenue de la existencia de Jehová, Labán dijo a Jacob

---

<sup>9</sup> Ésta es la traducción correcta; o también, según otra lectura: «Con buena suerte».

<sup>10</sup> En la última bendición de Jacob (Gn. 49) encontramos un orden bastante diferente de sus hijos; esta vez también en vista de los propósitos del relato.

<sup>11</sup> Ver Génesis 35, y 46:7.

(traducción literal): «Si he hallado gracia en tus ojos (es decir esperar), porque he adivinado<sup>12</sup> descubierto por medio de la magia), y Jehová me ha bendecido por tu causa». El mismo intento de colocar a Jehová como el Dios de Abraham al lado del dios de Nacor (sin negar la existencia de Jehová, pero sin aceptar que sea el único Dios viviente) aparece de nuevo más adelante cuando Labán hizo pacto con Jacob.<sup>13</sup> También se repite a menudo en la historia posterior de Israel. Tanto las naciones forasteras como Israel misma, cuando se hallan en un estado de apostasía, no negaban que Jehová era Dios, sino que intentaron ponerlo al mismo nivel que divinidades falsas. Pero la Escritura nos enseña que colocar a cualquier otro supuesto Dios junto al vivo y verdadero es una ignorancia y un pecado tan grande como negarle.

De este modo tan peculiar y particular Labán, con candidez y liberalidad fingidas, invitó a Jacob a que mencionara su futuro sueldo. Pero esta vez el engañador iba a ser engañado. Basándose en el hecho que en oriente la mayoría de cabras son negras y las ovejas blancas, Jacob hizo una petición que parecía muy modesta, que su porción sería compuesta por todo animal manchado y salpicado. Labán aceptó con gusto, asegurándose que la selección la hacía él mismo, y que entregase la porción de Jacob a sus propios hijos, mientras que Jacob debía cuidar los rebaños de Labán. Finalmente, separó sus rebaños a tres días de camino de los de Jacob. Pero incluso así, Jacob sabía, por medio de unas artimañas bien entendidas en oriente, cómo embaucar a su suegro, y asegurarse que, a pesar de que las ovejas «manchadas, salpicadas y de color» habían sido una excepción, ahora eran los rebaños más numerosos y fuertes. Y la ventaja siempre estaba de parte de Jacob, aunque Labán invirtiese varias veces las condiciones del contrato.<sup>14</sup> Esto demostraba claramente que las artimañas de Jacob ni eran ni podían ser la única razón de su éxito. De hecho, inmediatamente después del acuerdo con Labán, el ángel de Dios habló a Jacob en un sueño, asegurándole que, incluso sin tales artimañas, Dios le haría justicia ante Labán.<sup>15</sup> Una vez más, pues, Jacob actuó como solía hacerlo en casa de su padre. Se «precipitó»; no podía esperar que Dios cumpliera su promesa; debía usar sus propios medios (emplear su astucia y ardid) para cumplir el propósito de Dios, en vez de entregar su causa a Dios. Y como la vez anterior tuvo la excusa de la debilidad de su padre y la violencia de su hermano, también ahora podía parecer que estaba simplemente actuando en defensa propia, y como si el engaño fuese necesario para su protección; tanto más porque recurrió a su ardid solo en primavera, no en otoño,<sup>16</sup> para que la segunda producción del año perteneciera sobre todo a su suegro.

Las consecuencias se mostraron muy parecidas a las que siguieron a su engaño en la casa de su padre. La riqueza en gran aumento de Jacob durante los seis años de esta relación comercial provocó tan gran enemistad y envidia de Labán y sus hijos, que Jacob sintió la necesidad de irse por su seguridad, aunque no había recibido instrucciones divinas al respecto.

## Jacob huye de Harán

Pero esto disipó toda duda, y tras comunicar su propósito a sus esposas, y haberse asegurado que ambas estaban de acuerdo, se fue en secreto, mientras Labán estaba fuera trasquilando ovejas; actividad que lo tendría ocupado algún tiempo. Pasaron tres días antes de que Labán fuera informado de la fuga de Jacob.

---

<sup>12</sup><sup>12</sup> Es un hecho notable que la palabra hebrea para adivinar es la misma que la de serpiente estaba relacionada con la magia; y en todo esto vemos como toda falsa religión y hechicería tienen su origen sin lugar a dudas en la «serpiente antigua», que es Satanás.

<sup>13</sup><sup>13</sup> Génesis 31:53.

<sup>14</sup><sup>14</sup> Génesis 31:7.

<sup>15</sup><sup>15</sup> Génesis 31:12, 13.

<sup>16</sup><sup>16</sup> Así interpretamos Génesis 30:41, 42. Se supone que la producción de la primavera es más fuerte que la de otoño.

## Persecución de Labán, reconciliación con Jacob

Inmediatamente se puso a perseguirlo, «con sus hermanos», mucho más airado todavía por el robo de los dioses de su casa, o «terafines», que Raquel se había llevado, evidentemente a escondidas de Jacob. En el séptimo día Labán y sus parientes alcanzaron a Jacob y su caravana en el Monte Galaad. Las consecuencias hubieran podido ser terribles de no haber intervenido Dios para advertir en un sueño a Labán, que no hiriera e hiciera daño a Jacob. Frustrándose todavía más en su búsqueda de los *terafines* perdidos, por la astucia de su propia hija, Labán, a pesar de sus palabras hipócritas de cuán afectuosa hubiese sido su partida si Jacob no se hubiese «ido a hurtadillas», quedó acusado de egoísmo y falta de amabilidad. De hecho, si la conducta de Jacob, incluso en su huida, había estado lejos de ser correcta, la de Labán era un comportamiento sin ningún tipo de escrúpulos. No obstante, volvió la paz entre ellos, y se realizó un pacto, en virtud del cual ninguna parte cruzaría con intenciones hostiles la columna conmemorativa que levantaron, y a la cual Labán dio un nombre caldeo y Jacob uno en hebreo, que significa «majano del testimonio».

Por muy hipócrita que parezca en los labios de Labán el nombre adicional de Mizpá, es un término muy significativo para marcar los grandes acontecimientos de nuestras vidas, especialmente nuestras alianzas y empresas. Porque Mizpá significa «atalaya», y las palabras que acompañaron a este nombre fueron:

«Atalaye Jehová entre tú y yo,  
cuando nos apartemos el uno del otro».

## Capítulo 18

(Génesis 32–36)

Ahora nos acercamos a lo que puede ser considerado como el punto culminante de la historia espiritual de Jacob. Por diferente que fuera la historia de Abraham de la de Jacob, de algún modo, lo que significó el Monte Moria para Abraham, es lo que representó para su nieto el vado de Jaboc: un lugar de prueba y decisión; sólo que uno fue a él, y el otro simplemente salió de allí, con un nombre distinto, y todo lo que ello implica.

Había pasado un encuentro temido y evitado los peligros respetados. Jacob, en su miedo, había «escapado a hurtadillas» de Labán. Había sido perseguido como enemigo, pero Dios había introducido la paz en todo ello. En pie junto a su «Mizpá», había visto a Labán y sus aliados que desaparecían detrás de las montañas de Galaad, con lanzas centelleantes al sol, en su camino tortuoso por los bosques de pinos y robles que cubren la ladera de la montaña. Había eliminado un enemigo, pero todavía tenía que encontrarse con otro mucho más poderoso. Con Labán, Jacob podía argumentar justamente sobre su larga servidumbre y el egoísmo desalmado de su patrón. Pero ¿qué podía decir a Esaú para excusarse del pasado o compensarlo? ¿Cómo le encontraría? ¿Tenía su hermano todavía la sed de venganza de la cual había escapado hacía veinte años? No existía ningún tipo de respuesta a esas preguntas, excepto la que sólo la fe podía entender: que si él volvía a su país, y se enfrentaba al peligro que le esperaba, lo hacía por instrucción directa del mismo Señor. Si así era, Jacob tenía que estar seguro. Tampoco tardó en recibir esta seguridad general sobre ello para fortalecer su fe.

### Jacob en Mahanaim

Al dejar atrás las montañas de Galaad, Jacob entraba en la tierra de la promesa, en lo que después fue la posesión de Gad. Allí se abría una perspectiva gloriosa ante él. Una belleza tal, fertilidad, frescor vegetal y riqueza de pastos; por arriba oscuros bosques de montaña, y ricas llanuras abajo. Todo ello desconocido en Palestina durante muchísimos siglos por haber sido desprovista de sus árboles, y con ellos de su humedad, y convertida en tierra de ruinas. Y allí, al entrar en la tierra, «le salieron al encuentro ángeles de Dios». Hacía veinte años lo habían hecho, en su partida, en Betel, y, por así decirlo, le acompañaron en su camino. Y ahora, con un empeño parecido, le daban la bienvenida a su retorno. Solo que en aquella ocasión habían sido ángeles

con el ministerio de subir y descender, mientras que ahora se trataba de «huestes de ángeles» para defenderlo en la lucha inminente, por lo que también Jacob llamó aquel lugar Mahanaim, «dos huestes», o «dos campamentos». Y si en Betel les había visto en un «sueño», ahora se le aparecieron despierto, como para conferirle una mayor seguridad.

Jacob, sin lugar a dudas, necesitaba tal consuelo. Desde Mahanaim envió un mensaje a su hermano para reconciliarse con él. Pero los mensajeros volvieron sin otra respuesta que Esaú estaba yendo en persona a encontrar a su hermano, y precedido por cuatrocientos hombres. Este hecho era suficiente para causar alarma, porque independientemente de las circunstancias, puesto que Esaú (como veremos a continuación) acababa de emprender una expedición de guerra contra Seír, los cuatrocientos hombres que le acompañaban, probablemente se habían reunido en torno a su estandarte para asolar y derramar sangre, como las tribus beduinas que incluso hoy causan terror dondequiera que vayan. Incluso la falta total de respuesta representaba para una persona como Jacob una grande prueba. Hasta aquel momento, por medio de sus ardides, había logrado superar airoso todos los obstáculos y escapar de los peligros. Pero ahora se hallaba totalmente indefenso, ante un enemigo de quien no podía ni retirarse ni escapar. El texto sagrado dice: «Entonces Jacob tuvo gran temor y se angustió». Esto lo demuestran las medidas a las que recurrió. Dividió su caravana en dos grupos, esperando que si Esaú atacaba a unos, los otros podrían escapar durante el combate.

El posible resultado de esta estrategia era bastante dudoso, y, en el mejor de los casos muy triste. Jacob lo debería sentir muy profundamente, y se entregó a la oración. Mezclando la confesión de no merecer absolutamente nada con la súplica para ser librado del peligro que se hallaba ante él, suplicaba ante Dios de modo sucesivo con su orden expresa de volver a Canaán, sus antiguas misericordias, y sus promesas de gracia, al mismo tiempo que se dirigía a Dios con el nombre de Jehová, el Dios del pacto de Abraham e Isaac. Ninguna de estas súplicas podía fracasar. Ese clamor de desesperación era la preparación de lo que iba a seguir: Jacob estaba a punto de aprender cómo obtener, sin sus propios esfuerzos, lo que Jehová había prometido darle.

Conocemos, con una certeza casi perfecta, el lugar exacto donde sucedió la transacción más importante de la vida de Jacob. Fue en el vado de Jaboc, la confluencia de los dos ríos que fluyen en el Jordán desde el este, entre el Mar de Galilea y el Mar Muerto, y casi a medio camino entre estos dos puntos. Ciertamente, hay solo un vado de Jaboc «que sea practicable», «e incluso aquí», como describe un viajero reciente, «la fuerte corriente llega hasta la cincha del caballo».<sup>1</sup> La hermosura y belleza de toda la región es altamente sorprendente: una vista como un parque alternando con dulces claros, cubiertos de fructíferas cosechas; «árboles y arbustos agrupados con grácil variedad»; luego se ve el gran valle del Jordán, con su vegetación casi tropical, y los montes de Palestina en el fondo. Mirando hacia abajo, sobre el vado, el río Jaboc resulta prácticamente invisible debido a la espesura de adelfa que cubre sus orillas; mientras que en los lados más empinados, subiendo en ambas direcciones, los bosques de robles y de roble siempre verde se funden en la oscura pinada. Era de noche en esta soledad. Por encima de sus cabezas brillaban innumerables estrellas (en otra ocasión la muestra de la promesa hecha a Abraham). El silencio impresionante solamente era roto por las aguas de Jaboc, y el mugido de los rebaños, en su paso por los riachuelos, o la preparación para transportar las mujeres, los niños y los criados. Ahora Jacob envió gran cantidad de ganado y ovejas en manadas separadas, para que cada una, al llegar a Esaú sucesivamente como regalo de parte de su hermano, pudiese calmar sus sentimientos de ira, o satisfacer la codicia de sus seguidores. Finalmente se fueron todos, llevando cada pastor un mensaje de paz. También las mujeres y los niños acamparon en un lugar seguro en el lado sur del Jaboc.

## La noche de la lucha

Solamente Jacob quedó en la orilla norte. Eran unos momentos de soledad, «se quedó Jacob solo», bastante solo, como cuando antes abandonara la casa de su padre. Allí, en las orillas de adelfas de Jaboc ocurrió lo que ha sido desde entonces un hecho de gran significado para la iglesia de Dios. «Allí luchó con él un varón hasta que rayaba el alba.» Ese «varón» era el Ángel de Jehová en presencia del cual se hallaba. «Y cuando el varón vio que no podía con él, le tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras

---

<sup>1</sup>Véase la descripción en *Canon Tristram Land of Israel*, pp. 470–563.

con él luchaba.» Entonces la lucha física era ya imposible. Pero siguió otra lucha. «Y dijo: Déjame porque raya el alba. Y Jacob le respondió: No te dejaré, si no me bendices.»

Jacob ahora comprendía el carácter de su contrincante y de la lucha, y buscaba una victoria bastante diferente, y usando unos medios muy distintos de los de antes. Ya no esperaba ganar por su propia fuerza. Pidió la bendición de aquél con quien hasta el momento sólo había luchado para vencer. Aquella bendición le fue concedida. Pero antes el Señor le recordó su antiguo nombre como la expresión de su historia pasada (Jacob, «el astuto, el suplantador»); después le dio un nombre nuevo, como característico de su experiencia nueva y su mejor lucha por medio de la oración: Israel, «un príncipe con Dios». Con este nuevo carácter y nombre tendría «poder con Dios y los hombres», y «vencería» a todos los enemigos. Pero aún no se le había dado a conocer el nombre misterioso de aquel Ángel; porque «el misterio de la divinidad» no debía ser revelado totalmente hasta que se cumplieran todos los propósitos para los cuales Jacob iba a ser Israel. Y entonces «le bendijo allí».

«Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel (el rostro de Dios): porque he visto a Dios cara a cara, y mi alma se ha recuperado.»<sup>2</sup> «Y cuando pasaba de Peniel, le salió el sol; y cojeaba de su muslo. Por esto no comen los hijos de Israel, hasta hoy día, del tendón que se contrajo, el cual está en el encaje del muslo.» Y «hasta hoy día», literalmente, es costumbre entre los «hijos de Israel».

Ahora bien, ¿cuál era el significado de esta transacción solemne? Seguramente, era simbólico, pero ¿de qué? Se trataba de una transacción real, pero simbólica sobre el pasado, el presente y el futuro de Jacob. El «varón» que luchó con Jacob «hasta que rayaba el alba» era Jehová. Jacob había sido sin lugar a dudas el heredero creyente de las promesas, pero durante toda su vida, había estado luchando con Dios; buscando siempre alcanzar el éxito por medio de su propia fuerza y sus propias estratagemas. Aunque aparentemente luchaba con el hombre, en realidad luchaba con Dios. Y Dios también había luchado con él. Finalmente ya no podía darse más lucha: Jacob había sido inhabilitado, porque Dios había tocado el encaje de su muslo. Ante Esaú Jacob se hallaba indefenso. Pero antes de poder encontrarse con su enemigo terrenal más temido, debía encontrarse con Dios, con quien había siempre luchado, aunque sin desearlo, con sus esfuerzos y ardides. La lucha con Esaú no era nada; la lucha con Jehová lo era todo. El Señor no podía estar de parte de Jacob, hasta que fue inhabilitado, y aprendió a usar otras armas diferentes de las de su propio combate. Entonces fue cuando Jacob se dio cuenta con quién había estado luchando hasta aquel momento. Ahora acudió a otras armas, incluso a la oración; y buscó y halló una nueva victoria, hasta en la bendición de Jehová y la fuerza del mismo. Después también, en el verdadero «rayar del alba», recibió un nombre nuevo, y con él nuevo poder, con el que venció con Dios y el hombre. Jacob, sin duda, «cojeaba sobre su muslo»; pero ahora era Israel, un príncipe con Dios. Y todavía, para todas las edades, esta lucha y esta victoria, en desesperación de nuestros propios esfuerzos, y la perseverancia en oración, «No te dejaré, si no me bendices», han representado y son un símbolo muy precioso para los hijos de Dios. ¿No añadiremos también lo que indicó el profeta Oseas como simbólico de la historia de Israel,<sup>3</sup> para que se cumpla totalmente cuando «mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán?».<sup>4</sup>

Al cruzar Jacob de mañana el río Jaboc, el resplandor de las lanzas en la luz del sol, entre los oscuros pinares, confirmaba la llegada de Esaú con sus cuatrocientos hombres. Pero Jacob no tenía que temer nada más: la única lucha real ya había finalizado. Era necesario, cuando Jacob volvía para tomar posesión de la tierra y de las promesas, que todo el pasado de su historia fuese realmente pasado, y así fue. Nunca más, desde aquella noche, volvió a luchar Jacob con armas carnales; y a pesar de que el antiguo nombre sigue apareciendo junto al nuevo, es para recordar tanto a él como a nosotros que Jacob, aunque cojeaba, no estaba muerto, y que también en nosotros se halla la doble naturaleza, como Jacob e Israel.

## Reconciliación entre Jacob y Esaú

---

<sup>2</sup> De esta forma traduce uno de los críticos alemanes más capacitados.

<sup>3</sup> Oseas 12:4.

<sup>4</sup> Zacarías 12:10.

Lo que aconteció a continuación no se puede expresar mejor que con las palabras de un escritor alemán reciente: «Jacob, quien en su lucha con el Ángel de Jehová había vencido por medio de la oración y la súplica, también ahora vence a Esaú con la humildad y la modestia, el cual sale a su encuentro con cuatrocientos hombres». Como ya se sugirió, Esaú probablemente estuviese enzarzado en la expedición guerrera al Monte Seír, la cual le procuró la conquista de esa tierra, donde también se estableció posteriormente.<sup>5</sup> Esto justifica su posición a la cabeza de su grupo armado. Posiblemente, tal vez deseara también tener la venganza de mantener ansioso a su hermano, y de mostrarle el contraste entre sus posiciones mutuas; o incluso dudara sobre cómo iba a tratar a su hermano. En cualquiera de los casos, bajo la dirección de Dios que dirige todas las cosas, y «conmovido por la humildad de Jacob, y por la amabilidad de su propio corazón, Esaú se lanzó al cuello de su hermano, le abrazó y besó. Aceptó de poca gana los ricos regalos de Jacob, y se ofreció para acompañarle hasta el final de su viaje con su grupo armado; sugerencia amablemente rechazada por Jacob. Así los dos hermanos se reconciliaron tras una larga separación de afecto. Su avenencia permaneció sin obstáculos hasta el día de su muerte».

No hay nada en el lenguaje que Jacob usa con su hermano, una vez traducido de las costumbres de conducta y expresión orientales a las occidentales, que no concuerde con el respeto. Si no aceptó la oferta de una guardia armada era porque no sentía la necesidad de la protección de un ejército terrenal. Además, era evidentemente imposible que los rebaños y los niños pudieran mantener el paso de una banda guerrera de beduinos. Así pues, mientras Esaú volvía a Monte Seír, para esperar allí una visita de su hermano, Jacob tomó una dirección noroeste hacia Sucot, un lugar más al este del Jordán, y posteriormente posesión de la tribu de Gad. Seguramente se detuvo bastante tiempo allí, porque leemos que «edificó allí casa para sí, e hizo cabañas para su ganado», de aquí también el nombre de Sucot, o «cabañas».

## **Jacob se establece en Siquem**

Por fin, una vez más, Jacob cruzó el Jordán, «y vino en paz<sup>6</sup> a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán». Las palabras parecen haber sido escogidas para indicar que Dios había cumplido abundantemente lo que Jacob había solicitado en Betel: «volver en paz».<sup>7</sup> Ahora bien, el país había sufrido grandes cambios. Cuando Abraham entró en la tierra e hizo de ella su lugar de reposo, no había ninguna ciudad allí, y sólo era el «lugar de Siquem».<sup>8</sup> Pero ahora la región estaba toda cultivada y con propietario, y se había construido una ciudad, probablemente la construyera «Hamor el heveo», el padre de Siquem, que le dio el mismo nombre que a su hijo.<sup>9</sup> Jacob compró un campo a los «hijos de Hamor» donde «plantó su tienda». Esta era «la parte» que Jacob más tarde daría a su hijo José<sup>10</sup>, y en este lugar «los huesos de José, que los hijos de Israel habían traído de Egipto», fueron finalmente sepultados.<sup>11</sup> Mucho más interesante que este hecho, sabemos que junto al pozo que Jacob construyó, se sentó, muchos siglos más tarde, «El mayor hijo de David», para explicar a la pobre

---

<sup>5</sup> Génesis 36:6, 7.

<sup>6</sup> Se debería traducir así.

<sup>7</sup> Génesis 28:21.

<sup>8</sup> Génesis 12:6.

<sup>9</sup> Comp. Génesis 4:17.

<sup>10</sup> Génesis 48:22.

<sup>11</sup> Josué 24:32.

mujer pecadora de Samaria sobre la «fuente de agua que salta para vida eterna»; la primera no judía en recibir la bendición de probar el agua de la que «el que beba» «no tendrá sed jamás».<sup>12</sup> Aquí Jacob erigió un altar, y lo llamó El-elohe Israel, «Dios, el Dios de Israel».

Pero la estancia de Jacob en Siquem le comportaría una nueva fuente de pruebas. Dina, su hija, que debería tener unos quince años (según adivinamos), por el lenguaje del texto sagrado, «salió a ver a las hijas del país», o, como nos cuenta el historiador judío Josefo, a participar en una fiesta de los siquemitas. Era prácticamente imposible dar una advertencia más terrible de la que recibió como resultado de su participación irreflexiva y culpable en festividades irreligiosas e incluso paganas. Destrozó a la misma Dina, una propuesta de alianza entre los heveos e Israel (a la que Israel evidentemente no podía acceder), y finalmente indujo a Simeón y Leví al vil engaño, con la finalidad de ejecutar una venganza sangrienta, por medio de la cual toda la población masculina de Siquem fue literalmente exterminada. El alma de Jacob reaccionó profundamente ante esta muestra de crueldad oriental, y ello se manifiesta en el hecho que incluso en su lecho de muerte, al cabo de muchos años, volvió a referirse a ello con estas palabras:

«Simeón y Leví son hermanos;  
Sus espadas son armas de iniquidad.  
En su consejo no entre mi alma,  
Ni mi honor se junte en su compañía».<sup>13</sup>

Pero una consecuencia del crimen, aunque no estaba planeado, demostró ser una nueva bendición para Jacob. Era evidente que él y su familia tenían que irse del lugar de la traición y crueldad de Simeón y Leví. Fue entonces cuando Dios dio instrucciones a Jacob para que volviera a Betel, y cumpliera la promesa que había hecho allí al escapar de su hermano Esaú. Deberían haber pasado unos diez años desde que Jacob volviera de Mesopotamia, y todavía no había pagado sus votos al Señor.

## **Jacob sigue hasta Betel para pagar su voto**

De lo que sigue inferimos que seguramente la razón de su retraso había sido que la familia de Jacob no había sido limpiada de idolatría, y que hasta ese momento Jacob había sido demasiado débil para sacar de su casa lo que hubiera hecho imposible su aparición en Betel. Pero ahora leemos que «Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos» (esto como símbolo de purificación): «y levantémonos, y subamos a Betel». Y todos los terafines y «amuletos» de idolatría fueron enterrados debajo de una encina «que estaba junto a Siquem». A continuación se menciona un hecho conmovedor inmediatamente después de su llegada a Betel. «Murió Débora, ama de Rebeca, y fue sepultada al pie de Betel, debajo de una encina, la cual fue llamada Alón-bacut (la encina del llanto)».

Así el largo y fiel servicio de Débora en la casa de Isaac, y el duelo de la familia por la anciana y probada amiga, son tenidos por dignos de ser recordados en el Libro de Dios. Pero del hecho que Débora muriera en la casa de Jacob, inferimos no solamente que su señora Rebeca había muerto, sino que había algún tipo de relación entre Isaac y Jacob desde que éste volviera a Canaán. Muy probablemente Jacob había visitado a su anciano padre, aunque la Escritura no lo menciona porque no incumbe en la historia del pacto. De nuevo se apareció a Jacob un Dios de Betel; y al darle otra vez el nombre de Israel y las promesas del pacto que ya le había mencionado previamente, Jacob también pagó su voto al Señor, y, por su parte, también renovó el nombre del lugar como Betel.

## **Muerte de Raquel**

---

<sup>12</sup><sup>12</sup> Juan 4:14.

<sup>13</sup><sup>13</sup> Génesis 49:5, 6.

Desde Betel siguieron su camino hacia Mamré, el lugar de residencia de Isaac. Durante su camino, a cierta distancia de Efrata, «la fértil», que en tiempos posteriores se llamó Belén, «la casa de pan»,<sup>14</sup> murió Raquel al dar a luz su duodécimo hijo. La madre deseó llamar a su hijo Ben-omi, «el hijo de mi dolor»; pero el padre le llamó Benjamín, que ha sido interpretado de diversos modos como «hijo de la diestra», «hijo de días, es decir, de antiguo» e «hijo de la felicidad», porque completaba el número de doce hijos. Por Jeremías 31:15, adivinamos que Raquel murió en Ramá. «Y levantó Jacob pilar sobre su sepultura». Puesto que el roble, o mejor la encina de Débora todavía se conocía en tiempo de los jueces, cuando la mayor tocaya de Débora habitó bajo su sombra, «entre Ramá y Betel en el Monte Efraím»,<sup>15</sup> también el pilar que señalaba la sepultura de Raquel era un elemento importante en el tiempo de Samuel.<sup>16</sup>

## Jacob se establece en Hebrón

Pero un crimen más tenía que manchar la familia de Jacob en Migdal-Eder, «la atalaya del rebaño», por causa del cual Rubén perdió los derechos de la primogenitura.<sup>17</sup> Finalmente Jacob llegó al final de su viaje, «a Isaac su padre a Mamré, a la ciudad de Arbá, que es Hebrón, donde habitaron Abraham e Isaac». Aquí la Escritura hace una pausa para anticipar la muerte de Isaac, a la edad de ciento ochenta años, aunque dicho acontecimiento sucedió al cabo de doce años de llegar Jacob a Hebrón; y, sin duda alguna, Isaac vivió y compartió el dolor de su hijo, cuando José fue vendido a Egipto, muriendo sólo diez años antes de que Jacob y sus hijos se establecieran en Egipto.<sup>18</sup> Pero el curso de la historia sagrada se ha alejado de Isaac, y, de hecho, el mismo Jacob ya es un actor secundario en sus acontecimientos. En adelante el interés principal recae sobre José, con la vida del cual se identifica el progreso de la historia sagrada.

# Capítulo 19

## (Génesis 37–39)

Para una comprensión adecuada de lo que sigue es importante tener en cuenta que la historia personal de los patriarcas acaba con Jacob; o mejor dicho, se funde con la de los hijos de Israel, la de la familia y las tribus.

El propósito de Dios con los patriarcas como individuos se cumplió cuando Jacob fue padre de los doce, los cuales, a su vez, serían los antepasados del pueblo escogido. Por ello, también cesaron las manifestaciones personales de Dios a individuos. A esto existe una sola excepción, cuando el Señor se apareció a Jacob en su

---

<sup>14</sup><sup>14</sup> Miqueas 5:2.

<sup>15</sup><sup>15</sup> Jueces 4:5.

<sup>16</sup><sup>16</sup> 1 Samuel 10:2, 3.

<sup>17</sup><sup>17</sup> Génesis 49:4.

<sup>18</sup><sup>18</sup> Puesto que Jacob tenía setenta y siete años cuando llegó a Mesopotamia, debería tener ciento ocho años a su vuelta a Hebrón; mientras que Isaac entonces tenía sólo sesenta y ocho años, ya que Jacob nació cuando su padre tenía sesenta años, según se ve en Génesis 25:26. No obstante, es justo añadir que el Dr. Harold Browne propone otra cronología de la vida de Jacob (siguiendo a Kennicott y Horsley), que le hace veinte años más joven, o de cincuenta años de edad, en el momento de su huida a Padam-Aram. (Ver *Bible Commentary*, vol. I, pp. 177, 178.)

camino a Egipto, para darle la seguridad que necesitaba que era por voluntad del Señor que Israel salía de Canaán, y que a su debido tiempo los devolvería a la tierra de la promesa.

A modo de anticipo, podemos afirmar aquí que este salir temporal era absolutamente necesario bajo todo concepto. Formaba el cumplimiento de la predicción de Dios a Abram,<sup>1</sup> al principio de hacer el pacto; y era también imprescindible para separar a los hijos de Jacob de los hijos de la tierra. Con toda facilidad, el contacto constante con los cananeos implicaba incluso al mejor de los hijos de Jacob en horribles vicios. Y lo vemos en la historia de Judá, quien, tras vender a José, abandonó la casa de su padre y, uniéndose a la gente del país, tanto él como los suyos, cambiaron rápidamente de acuerdo con las abominaciones circundantes.<sup>2</sup> También era necesario como preparación para la historia posterior de Israel, cuando el Señor Dios los libraría de su casa de esclavitud con su brazo alzado, y con señales y maravillas. Y este grande acontecimiento iba a formar el fundamento y el comienzo de la historia de Israel como nación; así la esclavitud y el estado humilde que lo precedían eran una figura, y no solo de toda la historia de Israel, sino de la misma iglesia, y también de cada creyente individualmente, a quien Dios libera de la esclavitud espiritual por medio de su poderosa gracia. Finalmente, todos los acontecimientos relacionados con su éxodo de Egipto eran necesarios para la formación de los hijos de Israel, y principalmente para la de José, a fin de ser apto para ocupar la posición en la cual Dios pretendía colocarle. Tampoco podemos olvidar que, a pesar de que José no es mencionado en el Nuevo Testamento como una figura de Cristo, su historia es eminentemente una figura de la de nuestro bendito Salvador, tanto en su traición, como en su exaltación a la más elevada dignidad, en su conservar la vida de los suyos, y en el reconocimiento final y el arrepentimiento de pecados por parte de ellos. No obstante, aunque de todos ellos «desde la eternidad conoce Dios su obra», tenían el libre ejercicio de su elección, para seguir su curso, sin saber que durante todo el tiempo estaban contribuyendo con su parte del cumplimiento de los propósitos de Dios. Y en esto yace el misterio de la Divina Providencia, que siempre hace maravillas, aunque no parece hacer nada en absoluto, por lo que también escapa muy a menudo a la observación de los hombres. Silenciosamente, y sin ser observada por los que viven y actúan, sigue su curso, hasta que al final todas las cosas «cooperan» para la gloria de Dios, y «para bien de los que aman a Dios, de los que son llamados conforme a su propósito».

## **Primera etapa de la vida de José**

La historia escritural de José empieza cuando él tiene diecisiete años. Se nos ofrecen muchos aspectos de la vida de la familia patriarcal. Vemos a José ocupado en oficio pastoral, como sus hermanos. Pero él está principalmente con los hijos de Bilha y Zilpa, las esclavas de Lea y Raquel. También se ve claramente la mala disposición y celos de parte de los hijos de Lea para con el hijo de Raquel. Esto se solidificó aún más por su carácter natural y por la preferencia que Jacob mostraba por el hijo de su esposa amada.

El comportamiento de los hijos de Jacob era duro, salvaje y sin ley, sin preocuparse por los deseos o los objetivos de su padre Israel. Pero, en contraposición, José parecía haber reunido algunas de las mejores características y virtudes de sus antepasados. Era fuerte, decidido y prudente como Abraham; paciente y apacible como Isaac; cálido y afectuoso como Jacob. Y su conducta difiere totalmente de la de sus hermanos.

Por otro lado, no obstante, no es difícil ver cómo incluso las prometedoras cualidades de su carácter natural pueden ser fuente de peligro moral.

Los antepasados de José habían dejado ejemplos demasiado evidentes al respecto. Mucho mayor era el peligro al que se hallaba expuesto un joven ante esta doble tentación de desagrado básico de parte de unos hermanos a quienes no podía respetar, y el demostrado favoritismo de su padre.

La santa reticencia de la Escritura (que siempre habla tan poco del hombre y tanto de Dios) solo nos da algunas indicaciones, pero éstas son suficientemente significativas.

Leemos: «informaba José a su padre de la mala fama» de sus hermanos. Éste era un aspecto de las relaciones familiares. Junto a este último se halla el otro: «Amaba Israel a José más que a todos sus hijos».

---

<sup>1</sup>Génesis 15:12–17.

<sup>2</sup>Génesis 38.

Aunque «la túnica de colores», que dio a «el hijo de su vejez» hubiese sido meramente un vestido costoso y llamativo, se trataba de un distintivo de favoritismo, como el que demasiado a menudo crea sentimientos de amargura en las familias. Porque, ya que el tiempo consta de momentos, también la vida está formada por pequeñas acciones cuya grandeza yace en su combinación.

Pero en realidad no se trataba de una «túnica de colores», sino de una túnica que llegaba hasta los brazos y los pies como las que llevaban los príncipes y personas de distinción,<sup>3</sup> y era una muestra demasiado clara para los hermanos de José que su padre quería pasar a José el derecho de la primogenitura. Sabemos que los tres hijos mayores de Lea no eran aptos por sus propios actos; Simeón y Leví por su crueldad en Siquem, y Rubén por su crimen en la «atalaya del rebaño». ¿Qué podía ser más natural que conceder el privilegio al primogénito de la única que Jacob había escogido como esposa? En todo caso, el resultado fue que «sus hermanos le aborrecían», hasta que, con el lenguaje expresivo del texto sagrado, «no podían hablarle pacíficamente»,<sup>4</sup> es decir, según nuestra interpretación, dirigirle el saludo oriental habitual «La paz sea contigo».

Solamente se precisaba la situación adecuada para que todo este estado de cosas explotara, y se dio muy pronto. Parece bastante natural que José, en las circunstancias que acabamos de describir, tuviera dos sueños sobre su supremacía futura. Afirmamos esto, aunque reconocemos en los mismos una clara dirección divina. Aunque la Escritura tampoco dice que estos sueños le fueran enviados como comunicación directa de Dios, o que recibiera instrucciones para que lo contara a su familia. Las imágenes del primer sueño fueron tomadas de la vida campestre de la familia, y las del segundo de la pastoral. En el primer sueño José y sus hermanos estaban en el campo de la cosecha (esto parece indicar que Jacob, como su padre Isaac, era labrador de la tierra) y el manojo de José se levantaba, mientras los de sus hermanos se inclinaban. En el segundo sueño todos estaban fuera cuidando los rebaños, cuando el sol y la luna y once estrellas se inclinaban ante José. El primer sueño de estos dos implicaba sólo a sus hermanos, el segundo tanto a su padre como a sus hermanos. Seguramente hubo aspectos especialmente ofensivos en su modo de contar esos sueños, porque leemos que no sólo «le aborrecieron aún más a causa de sus sueños», sino también por «sus palabras». Incluso Jacob encontró motivo de reproche, aunque se añade significativamente que meditaba en ello. Tal como los conocemos nosotros ahora, eran sueños proféticos; pero, en aquel momento, no había medios disponibles para juzgar si lo eran o no, y mucho más si José se los contó de un modo que podían parecer meramente el efecto de la vanidad de un joven al cual el favoritismo había exaltado incorrectamente. Sólo el futuro podía demostrarlo; pero, mientras esto no sucedía, ¿no aceptaremos que era preciso para el mismo José salir de sus circunstancias actuales a las que podían propiciar el crecimiento de lo que había de santo y divino en su interior y la desaparición de todo lo personal? Pero dichos resultados se obtienen por medio de un sólo tipo de formación, el de la aflicción.

Los hijos de Jacob se hallaban pastoreando sus rebaños cerca de Siquem, cuando el patriarca envió a José para enterarse de su situación. Totalmente desconocedor del peligro implicado, el joven se apresuró a llevar a cabo su encargo. José no encontró a sus hermanos en Siquem, pero un desconocido le indicó la dirección de «Dotán», los dos pozos, hacia donde habían ido. «Dotán estaba bien situada, a unas doce millas de Samaria. Hacia el norte se extendían ricos pastos; unos cuantos montes la separaban de la gran llanura de Esdralón, y así protegía la entrada del norte, no sólo de Efraím, sino también de la misma Palestina. En la cúspide de uno de esos montes las extensas ruinas de Dotán todavía se distinguen, y a su pie del sur todavía nace una hermosa fuente de agua viva. Tal vez se trate de uno de los pozos de los cuales deriva el nombre de Dotán. Más tarde Gedeón descendería desde esos montes sobre las huestes de Madián. Allí es donde José alcanzó a sus hermanos y fue echado en un pozo seco. Y debe haber sido desde esa altura que los hijos de Jacob deben haber visto la caravana árabe deslizándose lentamente desde el Jordán de camino a Egipto, cuando vendieron a su hermano, con la vana esperanza de encadenar la palabra de Dios y detener su mano.»<sup>5</sup>

---

<sup>3</sup> El Sr. R. S: Poole (en su artículo sobre José, en el *Smith's Dictionary of the Bible*) escribe: «Las clases más adineradas en el antiguo Egipto llevaban vestidos blancos de lino. La gente de Palestina y Siria, que aparecen en los monumentos egipcios como enemigos o tributarios, llevaban vestidos parecidos, parcialmente a color, generalmente con una banda alrededor de las faldas y los bordes de las mangas».

<sup>4</sup> Ésta es la traducción literal.

## José es vendido como esclavo por sus hermanos

Pero nos estamos precipitando. Tan pronto como sus hermanos avistaron a José en la distancia, les vino en mente el plan asesino de librarse de él, donde ningún extraño podría presenciar sus actos. Este sería el modo más fácil para deshacerse «del soñador» y de sus «sueños». Solamente Rubén se echó atrás, y no tanto por amor para con su hermano, sino por consideración hacia su padre. Bajo el pretexto de que sería mejor no derramar la sangre de su hermano, propuso echarlo en una de esas cisternas y abandonarlo allí para que muriera esperando; no obstante, que podría rescatarlo en secreto y llevárselo a su padre. Un escritor griego nos ha dejado una explicación gráfica de tales pozos y cisternas. Las describe construidas normalmente y enyesadas, estrechas en su apertura, pero haciéndose más anchas a medida que descendían, hasta que en el fondo alcanzan una anchura de hasta cien pies. Sabemos que cuando estaban secas, o sólo con barro en el fondo, se usaban como escondrijos, o incluso como cárceles temporales.<sup>6</sup> José, pues, fue echado en uno de estos pozos vacíos, mientras que sus hermanos, como si hubiesen finalizado algún trabajo, se sentaron a comer. Estábamos a punto de escribir, que sucedió por casualidad, pero en realidad fue por la providencia de Dios, que precisamente entonces apareció lentamente una caravana árabe. Estaban siguiendo la antigua ruta de las especias desde Galaad a Egipto (cruzando el Jordán, por debajo del Mar de Galilea, y sobre la llanura de Jezreel), y de allí a lo largo de la orilla del mar. Una vez más las buenas intenciones de otro de sus hermanos resultó fatal para José. Rubén había evitado su propósito de derramamiento de sangre sugiriendo echar a José en «el hoyo», con la esperanza de poderle rescatar después. En esta ocasión Judá deseaba salvar su vida vendiéndolo como esclavo a la caravana que pasaba por allí. Pero ninguno de ellos tuvo el coraje ni la justicia de resistirse abiertamente a la traición y al crimen. De nuevo los otros hermanos prestaron atención a lo que parecía una sugerencia misericordiosa. La venta se cerró rápidamente. José fue vendido a los «ismaelitas» por veinte siclos; el precio, en tiempo reciente, de un esclavo varón de cinco a veinte años,<sup>7</sup> siendo el precio medio de un esclavo de treinta piezas de plata, o unas cuatro libras, calculando el siclo del santuario que valía el doble del siclo común,<sup>8</sup> a dos chelines y ocho peniques. Rubén no se hallaba presente cuando se realizó la venta. A su vuelta «rasgó sus vestidos» como muestra de su duelo impotente. Pero los demás mancharon los vestidos principescos de José en la sangre de un cabrito, para dar la impresión a su padre que José había sido «devorado por alguna mala bestia». El ardid surtió efecto. Jacob hizo duelo por él amargamente y «muchos días», rechazando todo el consuelo que sus hijos e hijas le ofrecían en su hipocresía. Pero incluso su más amarga lamentación expresaba la esperanza de hallar a su amado hijo en otro mundo, porque, dijo: «Descenderé enlutado a mi hijo hasta la tumba (o el Seol)».

Exceptuando una referencia incidental a ello en la confesión final de sus hermanos,<sup>9</sup> no se nos habla de las lágrimas y súplicas con las cuales José intentó en vano conmover a sus hermanos, ni de su viaje a Egipto. Sabemos que al continuar con la caravana de sus nuevos amos, debió ver las alturas de su Hebrón en la distancia, donde, sin sospechar nada, su padre esperaba la vuelta de su hijo favorito. Le encontramos de nuevo en el mercado de esclavos.

## José en la casa de Potifar

---

<sup>5</sup> Esta cita es del autor en su libro *Elisha the Profet, a Type of Christ* (cap. 19 «An unseen Host», p. 225).

<sup>6</sup> Jeremías 38:6; Isaías 24:22.

<sup>7</sup> Levítico 27:5.

<sup>8</sup> Éxodo 21:32.

<sup>9</sup> Génesis 42:21.

Allí, como si se tratara del curso normal de las cosas, «Potifar, oficial de Faraón, capitán de la guardia, varón egipcio, lo compró de los ismaelitas». El nombre Potifar aparece a menudo en los monumentos de Egipto (escrito tanto Pet-Pa-Ra, como Pet-P-Ra), y significa: «Dedicado a Ra», o el sol. Según algunos escritores, «cuando José fue vendido a Egipto, el país no estaba unido bajo el mando de una sola línea nativa, sino que era gobernado por varias dinastías, de las que la más notoria era la decimoquinta dinastía de reyes pastores, a la cual las restantes eran tributarias».<sup>10</sup> En todo caso, seguramente fue llevado a la parte de Egipto que siempre tuvo mayor relación con Palestina. El oficio de Potifar en la corte de Faraón era el de «jefe de ejecutores», o mejor capitán de la guardia personal del rey. En casa de Potifar a José le sucedió como en la suya propia. Porque las circunstancias, tanto adversas como favorables, no pueden alterar nuestros caracteres. El que es fiel en lo poco también será fiel en lo mucho; y el que no sabe cómo utilizar lo que le ha sido confiado, incluso lo que tiene le será arrebatado. José era fiel, honrado, justo y concienzudo, porque sirviendo a su señor terrenal, servía al celestial, cuya presencia siempre sentía. De acuerdo con esto, «Jehová estaba con él», y «Jehová hacía prosperar en su mano, todo lo que él hacía». Su señor no tardó en darse cuenta de ello. De ser un esclavo doméstico común fue ascendido a «mayordomo de su casa, y entregó en su poder todo lo que tenía». La confianza ejercida no se equivocó. En adelante la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que Potifar tenía, y él «dejó todo lo que tenía en mano de José; y no se preocupaba de cosa alguna, sino del pan que comía». Las esculturas y pinturas de las antiguas tumbas Egipcias nos muestran con viveza la vida y las tareas diarias de José. «Se muestra cómo la propiedad de grandes hombres era controlada por escribas, que realizaban una supervisión sumamente metódica y precisa sobre todas las operaciones de agricultura, jardinería, cuidado de los rebaños, y de la pesca. Cada producto era registrado cuidadosamente para comprobar la honradez de los trabajadores, la cual en Egipto siempre fue famosa por su ausencia. Probablemente no existía otro país donde se llevara a cabo una labor granjera tan sistemática. El conocimiento previo de José sobre el cuidado de los rebaños, y tal vez como labrador de la tierra, y su carácter íntegro, le hacía perfectamente apto para el puesto como mayordomo. No se nos dice cuánto tiempo lo tuvo.»<sup>11</sup> Es un error bastante común suponer que la religión sería y la justicia deben ser alcanzadas por el éxito, incluso en este mundo. Sin lugar a dudas, Dios no negará ninguna cosa buena a las personas de las cuales él es sol y escudo; pero el éxito no será siempre una cosa buena para ellos. Además, Dios siempre pone a prueba la fe y la paciencia de su pueblo, y éste es el significado de muchas pruebas. No obstante se necesitan más a menudo como disciplina y para formación, o para que aprendamos a glorificar a Dios en el sufrimiento. En el caso de José, fue preparado, por medio de una tentación y una prueba, exterior e interior, para la posición que tenía que ocupar. La belleza que había heredado de su madre le exponía a las malvadas sugerencias de parte de la esposa de su señor, que sorprenderá poco a los que conocen la situación de la sociedad egipcia antigua. José estaba solo en una nación y una casa paganas. Todo lo que le rodeaba no podía hacer más que erosionar su sentido moral, y convertir la tentación en algo más poderoso. También, en comparación con nosotros, tenía un conocimiento muy imperfecto de la ley de Dios en su altura y su profundidad. Además, lo que había visto en sus hermanos no podía haber elevado su punto de vista. A pesar de todo ello, se resistió firmemente al mal, tanto por su sentido de integridad ante su señor, como, y muy especialmente, por el temor de «este gran mal y pecado contra Dios». Pero parecía que sus principios solamente sirvieron para acarrearle lo peor. Como suele suceder, la pasión violenta de la mujer se convirtió en odio igualmente violento, y con toda malicia le tramó una falsa acusación.<sup>12</sup>

---

<sup>10</sup><sup>10</sup> R. S. Poole, ver nota 3. Hemos expuesto el punto de vista aceptado comúnmente. Pero Canon Cook ha presentado, según nos parece, razones fuertes y convincentes para poder suponer que la venta de José tuvo lugar al final de la dominación duodécima dinastía, o bajolos Faraones originales, antes de que empezara la de los reyes pastores extranjeros. El tema será discutido plenamente en el próximo volumen. Entre tanto el lector curioso debe consultar el ensayo sobre historia egipcia al final del primer volumen de *The Speaker's Commentary*.

<sup>11</sup><sup>11</sup> R. S. Poole, nota 3.

<sup>12</sup><sup>12</sup> Existe una historia egipcia muy parecida, titulada Los Dos Hermanos, que ha sido traducida recientemente. Se parece tanto al relato bíblico que estamos dispuestos a considerarlo por lo menos fundado en la prueba de José. En desacuerdo

## José en la cárcel

Tenemos razones para creer que Potifar no podía en modo alguno creer la historia de su mujer. Porque el castigo que recibían los acusados de tal acto, era mucho más severo del que recibió José. Potifar le entregó a la cárcel del rey, de la cual, como jefe de la guardia personal, él era el superintendente. La amargura de lo acontecido allí al principio nos lo describen las palabras del Salmo 105:17, 18: «Envío a un varón delante de ellos: vendido como esclavo fue José, afligieron sus pies con grillos, el hierro entró en su alma».<sup>13</sup> El contraste entre sus antiguos sueños proféticos y su condición actual no podía ser mayor. Pese a ello José permaneció firme. Y, como si quisiera mostrarnos el otro contraste entre la fe y el ver, el texto sagrado afirma manifiestamente: «pero» (una palabra que nuestra fe debería enfatizar siempre) «Jehová estaba con José, y le extendió su misericordia, y le dio gracia en los ojos del jefe de la cárcel». A medida que su integridad se manifestaba más y más, le fueron confiando el cuidado de los prisioneros; y «lo que él hacía, Jehová lo prosperaba», finalmente todo el mando de la cárcel pasó a sus manos. Así, también en esta ocasión Jehová demostró ser un fiel Dios del pacto. Un rayo de plata cruzaba la nube oscura. Pero todavía debe «la paciencia tener su obra perfecta».

## Capítulo 20

*(Génesis 40; 41; 47:13–26)*

### José en la cárcel

Ya habían pasado once años desde que José fuera vendido a Egipto, y la promesa divina, comunicada por sus sueños, todavía parecía estar más lejos que nunca de su cumplimiento. La mayor parte de este tiempo de fatigas probablemente lo pasara en la cárcel, sin otra expectativa que la ofrecida por tales indulgencias como sus servicios para «el jefe de la cárcel», cuando sucedió algo que, durante un breve tiempo, parecía prometer un cambio en la condición de José. Algún tipo de «ofensa» (real o imaginaria) había hecho caer en desgracia y prisión, como sucede tan a menudo en oriente, a dos oficiales principales de Faraón. El cargo contra el «jefe de los coperos» y el «jefe de los panaderos» naturalmente les llevó al «capitán de la guardia»; suponemos que era un sucesor de Potifar, ya que nombró a José responsable del cuidado personal de ambos.

### El sueño de dos oficiales de Faraón

No llevaban mucho tiempo en la cárcel cuando, por medio de la dirección directa de la providencia divina, los dos tuvieron un sueño la misma noche; un sueño calculado específicamente para impresionarles. Por medio de la misma dirección de la providencia, José fue impulsado a notar su ansiedad por la mañana, y a preguntarles la causa. Consideramos que venía directamente de Dios el hecho de que fuera capaz de darles inmediatamente y sin dudar la interpretación verdadera de sus sueños.

Nos sorprende muy especialmente en cuanto a esto el modo en el cual José lo veía. Cuando les halló preocupados en busca de un «intérprete» como el que hubiesen consultado en libertad, él les señaló directamente a Dios: «¿No son de Dios las interpretaciones?». Animándoles con ello a contar los sueños y, al mismo tiempo, preparándose él mismo para leer los sueños de ellos, confiándolo todo con fe a Dios. En pocas

---

con Poole, sostenemos que el peso de la evidencia está a favor de la suposición.

<sup>13</sup> Traducción literal.

palabras, tanto si al final recibía poder para entender sus sueños como no, por lo menos no sería como los magos egipcios; no afirmaría poseer poder y sabiduría, sino que daría honor a Dios y le respetaría.

Afirmamos con mayor seguridad que la interpretación de José vino directamente de Dios cuanto más fácil y racional nos parece la misma. Porque es precisamente en la dirección sobrenatural de las cosas naturales donde debemos reconocer la participación directa del Señor. Los sueños eran bastante naturales, y así lo fue también la interpretación, a pesar de que ambas venían de Dios. ¿Qué podía resultar más natural para el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos, tres noches antes del cumpleaños de Faraón, en el que, como bien sabían, él siempre «hacía banquete a todos sus sirvientes», que soñar que ellos estarían de nuevo en su puesto de trabajo? ¿Y qué podía ser más natural que en dicha ocasión Faraón considerara, para bien o para mal, el caso de sus oficiales prisioneros ausentes? O finalmente, ¿qué más natural que la conciencia inocente del jefe de los coperos le sugiriera en sus sueños que una vez más atendía a su señor real, mientras que la conciencia culpable del jefe de los panaderos viera únicamente aves rapaces que salían de la cesta con la que había provisto la mesa de su señor hasta el momento?

Podemos decir que aquí tenemos todos los elementos de la interpretación de José, como también veremos que eran igualmente evidentes en los sueños que luego preocuparían a Faraón. Pero del mismo modo que ninguno de los magos y sabios de Egipto pudo leer lo que, una vez explicado, parece escrito con tanta claridad, así aquí todo parece estar envuelto por la perplejidad hasta que Dios da la luz.

Como ya he mencionado, los dos sueños eran básicamente lo mismo. En ambos casos el número tres, ya sea de los racimos de la viña de los que el jefe de los coperos exprimía el rico zumo en la copa de Faraón, o las cestas donde el jefe de los panaderos llevaba los productos de panadería, indicaba los tres días que faltaban para el cumpleaños de Faraón. También en ambos casos sus sueños les llevaban de nuevo a su posición original antes de ser acusados, siendo la diferencia como sigue: que, en un sueño, Faraón aceptó las funciones de su oficial; mientras que en el otro, los pájaros que planean sobre cuerpos muertos comían de su cesta. Es también bastante natural que, si el jefe de los coperos tenía una buena conciencia para con su señor, estuviera bien dispuesto de entrada a contar su sueño; mientras que el jefe de los panaderos, consciente de su culpa, sólo contó el suyo cuando se vio animado por la interpretación favorable de su compañero. Tal vez también deberíamos hacer notar, como evidencia de la veracidad del relato, lo perfectamente egipcias que son hasta el mínimo detalle las imágenes de estos sueños. El cultivo y uso de las viñas en Egipto, que había sido negado por anteriores opositores a la Biblia, ha sido demostrado ampliamente por los monumentos. De la misma fuente sabemos que la panadería y pastelería se realizaban con una gran perfección en Egipto, hasta el punto de justificar la existencia de un oficial real como jefe de los panaderos. Incluso el transporte de las cestas nos da un rasgo característico; porque en Egipto los hombres llevaban la carga sobre la cabeza, y las mujeres en los hombros.<sup>1</sup>

El acontecimiento demostró la exactitud de la interpretación de José. En la fiesta de cumpleaños de Faraón, tres días después de sus sueños, el jefe de los coperos fue restituido en su oficio, pero el jefe de los panaderos fue ejecutado. Al interpretar su sueño, José le había pedido al jefe de los coperos que, al ser restituido, y ya que él mismo también había sufrido por causa de una acusación injusta, se acordara de él, que primero «fue hurtado de la tierra de los hebreos», y hasta el momento había estado encerrado injustamente sin esperanza aparente. Las palabras usadas en la petición de José parecen indicar que, como mucho, aspiraba a obtener la libertad; y que probablemente quería volver a la casa de su padre. ¡Cuánto ignoraba los planes de Dios para él! Pero ¿qué significaba un pobre esclavo hebreo encarcelado para un oficial de la corte egipcia? Es simplemente la naturaleza humana la que hizo, en el día de prosperidad, que «el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que le olvidó».

Pasaron otros dos años en la cárcel (probablemente más terribles) y, desde un punto de vista humano, con menor esperanza que los anteriores. Finalmente llegó la liberación, de forma abrupta e imprevista.

## El sueño de Faraón

---

<sup>1</sup> Esto no hubiese sido así en otros países, en Italia o España, por ejemplo, las mujeres llevan sus cargas sobre la cabeza.

En esta ocasión fue Faraón quien tuvo dos sueños sucesivos. En el primero, siete vacas gordas pacían en la «hierba del pantano»<sup>2</sup> junto al «Nilo». Pero después subieron del «río» siete vacas enjutas, que devoraron a las hermosas, sin, no obstante, engordar con ello. El segundo sueño mostró un tallo de grano con siete espigas, «llenas y hermosas», cuando a su lado brotó otro tallo, también con siete espigas, pero «abatidas del viento solano»; «y las espigas menudas devoraban a las siete espigas buenas». El sueño fue tan vivo que a Faraón le pareció realidad; «y despertó Faraón, y he aquí que era un sueño». Solo un sueño, y, no obstante, la impresión de su realidad todavía le oprimía, de modo que hizo llamar a «los magos de Egipto, y a todos sus sabios» para que interpretasen sus sueños. Pero estas personas cultas no pudieron proponer explicación satisfactoria alguna ante la mente de Faraón; porque es difícil creer que no intentaran dar alguna interpretación. Ante tal perplejidad, la mente del jefe de los coperos fue espoleada por el terror oriental a la decepción del señor, y repentinamente se acordó de sus propios sueños y de los del jefe de los panaderos hacía dos años, y la interpretación de José de los mismos. El acontecimiento se ve mucho más sorprendente y también más natural si tomamos la fecha de modo literal «pasados dos años enteros», o en el tercer aniversario de aquel cumpleaños de Faraón.

Antes de proseguir, llamamos la atención del lector sobre algunos detalles que confieren al relato su viveza y colorido, y al mismo tiempo ilustran de modo maravilloso su certeza histórica. Y, ante todo, el «río» es «el Nilo», la corriente sagrada de Egipto, de la cual dependía su fertilidad; y Faraón está en su orilla. Luego la palabra que hemos traducido por «hierba del pantano», o «hierba de caña»,<sup>3</sup> es sin duda alguna una palabra egipcia sin equivalente hebreo, porque aquello a lo que se aplica es una peculiaridad de las orillas del Nilo. Luego, toda la trama de los sueños es egipcia, como también demostraremos. Además, es notable ver cómo las investigaciones recientes e independientes han confirmado exactamente las expresiones escriturales sobre los «magos» y «los sabios» de Egipto. Se sabe de siempre que había una casta sacerdotal especial en Egipto, a quien se confiaba no solo la religión del país sino también la ciencia. Pero últimamente hemos sabido mucho más. Sabemos no sólo que la magia formaba parte de la religión egipcia, sino que hemos restaurado su mismísimo Ritual mágico. Conocemos sus encantamientos y sus amuletos, con especial referencia a los muertos; su creencia en días y acontecimientos de buen o mal agüero, e incluso en el llamado «mal ojo». Pero lo que más nos concierne en nuestro tema actual es que el cuidado de los libros de magia estaba confiado en manos de dos clases de hombres cultos, cuyos títulos corresponden exactamente con lo que por falta de un término mejor se traduce como «magos», o tal vez «letrados», y «sabios». Fue, pues, ante esta reunión de los hombres más sabios y cultos, los más expertos en la «magia», y los más venerables del sacerdocio, que Faraón contó sus sueños. Los más sabios ciertamente en este mundo, pero los más necios; los más cultos, pero los más ignorantes. Qué contraste entre el saber más venerado de Egipto y el pobre esclavo hebreo sacado de la cárcel: ellos defendiendo por profesión, además de su conocimiento real, sus poderes sobrenaturales; él aceptando abierta y claramente no poseer poder alguno, y clamando a Dios. La Escritura no escenifica una situación mayor que esta; y qué ilustración de lo que era cierto entonces, en los días de nuestro Señor, en los de San Pablo, y hasta el final de esta dispensación: «¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el letrado? ¿Dónde está el discutidor de este mundo? ¿No ha convertido Dios la sabiduría de este mundo en necedad?».

Y no obstante, cuando oímos la interpretación de labios de José, nos parece tan simple, tan obvia como la convicción implícita de Faraón.

Evidentemente, los dos sueños son uno; el primero es sobre la vida pastoral de Egipto, mientras que el segundo es sobre la agricultura. Los sueños son sobre los rebaños y las cosechas. En ambos casos se dan primero siete elementos gordos, y luego siete enjutas, como para cubrir la abundancia previa y no dejar ni rastro de la misma. El segundo sueño explica el primero; pero, no obstante, el primero tiene su propia interpretación. Porque las vacas en Egipto eran reverenciadas como símbolo de Isis, la diosa de la tierra como la que alimenta; y en los jeroglíficos la vaca se interpreta como tierra, agricultura y alimento. Así, esas vacas pacían junto al Nilo, de cuyas inundaciones dependía exclusivamente si el año iba a ser de fertilidad o de hambre. También es típicamente egipcia la descripción del tallo con muchas espigas, que es uno de los tipos de trigo que todavía se cultiva en Egipto. Pero, repetimos, por muy evidente que nos parezca todo esto, los sabios de Egipto se

---

<sup>2</sup> Traducción literal.

<sup>3</sup> «Prado» en nuestras versiones españolas más corrientes, Génesis 41:2.

quedaron sin palabras ante su monarca. Y qué gran testimonio para Dios, decimos de nuevo, cuando a José «lo sacaron apresuradamente de la cárcel». Ante el desafío de Faraón: «He oído decir de ti, que oyes sueños para interpretarlos» (es decir: con sólo oír un sueño ya sabes interpretarlo), él responde simplemente: «No está en mí» («no a mí», «no pertenece a mí»), «Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón»;<sup>4</sup> es decir, para la paz del rey. Tampoco podemos pasar por alto otro ejemplo de la exactitud de todo el relato, al leer que, al prepararse para entrar en presencia de Faraón, José «se afeitó». Sabemos por los monumentos que esto era una costumbre claramente egipcia en tales circunstancias; mientras que entre los hebreos, por ejemplo, afeitarse se consideraba como una deshonra.

La interpretación ofrecida por José con tanta modestia, a la vez que con tanta decisión, que los sueños indicaban siete años de fertilidad sin precedentes seguidos por un número igual de años de hambre, tan profunda que la abundancia anterior quedaría totalmente superada, fue de inmediato aceptada por Faraón y por «todos sus siervos». José añadió a la interpretación un consejo muy sagaz, en busca del cual, en momentos de tanta prueba, debemos mirar mucho más allá del ingenio humano.<sup>5</sup> Aconsejó al rey aplicar un impuesto de aproximadamente una quinta parte del producto de la tierra durante los años de abundancia, y almacenarlo bajo control real para contrarrestar los siete años de carestía. Considerado como impuesto, no era muy gravoso si se tiene en cuenta que se trataba de años de una abundancia excepcional; considerado como una medida fiscal, no resultaba beneficioso en comparación con lo que podemos suponer que había sido anteriormente un sistema de tributación arbitrario, que en realidad era una exacción tiránica; al mismo tiempo que impedía la destrucción del pueblo. Finalmente, a la luz de una modificación superior, es muy notable que esta proporción de dar, por parte de los súbditos de Faraón, llegara a ser posteriormente la base de lo que Jehová pidiera a Israel, su rey celestial.<sup>6</sup>

## Exaltación de José

Casi nos resulta imposible maravillarnos ante el hecho que Faraón nombrara un consejero tal para supervisar las modificaciones que él mismo había propuesto. En definitiva le naturalizó, le hizo su gran visir, y lo proclamó públicamente como «gobernante sobre toda la tierra». Una vez más, todos los rasgos de la descripción son puramente egipcios. Faraón le dio su sello, que «era tan importante para los antiguos reyes de Egipto, que sus nombres siempre se hallaban encerrados en una forma oval que representaba un sello alargado».<sup>7</sup> Le viste con «ropas de *byssus*»<sup>8</sup>, el atavío noble y también sacerdotal; le pone la cadena, o «collar de oro»<sup>9</sup> «en su cuello», que siempre fue el modo de investidura de los altos oficiales egipcios; le hace subir «en su segundo carro», y hace que pregonen delante de él: «*Avrech*», es decir, «caed», «doblad la rodilla», o «haced reverencia».<sup>10</sup> Para completarlo todo, el nombre de José cambia al ser éste naturalizado, y se llama *Safnat-paneaj*, que muy probablemente significa «el defensor de la vida», o también «el alimento de los vivos», aunque otros lo hayan traducido por «el salvador del mundo», y los rabíes, pero sin base suficiente, «el revelador de secretos». Finalmente, a fin de darle una posición entre los más altos nobles de la tierra, Faraón «le dio por

---

<sup>4</sup>De nuevo, traducción literal.

<sup>5</sup>Ver Mateo 10:18, 19.

<sup>6</sup>Se verá en un volumen futuro, cuando se expliquen las contribuciones religiosas y caritativas de Israel.

<sup>7</sup>Sr. R. S. Poole, como antes.

<sup>8</sup>El *byssus* era el lino egipcio «blanco y resplandeciente», o mejor dicho, un material peculiar cultivado exclusivamente en Egipto.

<sup>9</sup>Literalmente «un collar, el de oro», no solamente indefinido, «un collar de oro».

mujer a *Asenat* (probablemente «la de *Neit*», diosa egipcia de la sabiduría),<sup>11</sup> «hija de Potifera (“dedicado al sol”), sacerdote de On», es decir, el sacerdote principal de la antigua capital eclesiástica, literaria, y posiblemente también política de la tierra,<sup>12</sup> «la Ciudad del Sol». Este hecho es más notable si recordamos que el sacerdote principal en general era escogido de entre los familiares más allegados de Faraón.

En cambio, en toda esta historia no hay nada realmente extraordinario. Al depender Egipto para su producción enteramente de las aguas del Nilo, el país siempre ha estado expuesto a terribles hambres; y hay una de siete años exactamente que está registrada en 1064–1071 antes de Cristo, cuyos horrores nos muestran la sabiduría de las medidas de precaución de José. De nuevo, por lo que concierne a la súbita elevación de José, la historia oriental contiene muchos ejemplos parecidos, y ciertamente, un historiador griego nos cuenta acerca de un rey egipcio que hizo del hijo de un albañil su propio yerno, porque le tenía como el hombre más inteligente del país. Pero lo que realmente cabe notar es el designio divino en todo esto, y la igualmente maravillosa elección divina de los medios para hacerlo posible.

## Su gobierno de Egipto

Cuando José fue ascendido tenía exactamente treinta años, la misma edad que tenía nuestro bendito Señor cuando empezó su ministerio como «el salvador del mundo», «el defensor de la vida», y «el revelador de secretos». La historia de la administración de José puede ser trazada con unas pocas frases. Durante los siete años de abundancia, «recogió trigo como arena del mar, mucho en extremo, hasta no poderse contar», un comentario que concuerda notablemente con «las imágenes de los monumentos, que muestran cómo el contenido de los graneros era anotado con exactitud por los escribas cuando los llenaban». Luego, durante los años del hambre, primero vendió el grano a la gente a cambio de dinero. Cuando todo su dinero se terminó, propusieron ellos mismos dar parte de sus rebaños a Faraón, y finalmente de su tierra. En este último caso se hizo excepción de la casta sacerdotal, que derivaba su manutención directamente de Faraón. Así Faraón llegó a ser el poseedor absoluto de todo el dinero, los animales, y la tierra de Egipto, y ello ante la petición del pueblo. Esta ventaja hubiese sido mucho mayor, si hubiera existido alguna tendencia a no estar satisfecho con la casa real del momento por ser de una raza extraña. Pero José tampoco abusó del poder adquirido por dichos medios. Por lo contrario, con un acto espontáneo de generosidad real devolvió la tierra al pueblo bajo la condición que en adelante pagaran una quinta parte de la producción en substitución de todo otro impuesto. Además de los aspectos ya considerados en favor de dicha medida, debemos tener en cuenta que en Egipto, donde toda la producción depende de las aguas del Nilo, un sistema de canales y regadío, indispensablemente pagado por el tesoro del estado, sería una necesidad pública.<sup>13</sup> Pero la frase de la Escritura, que exime de esta medida de imposición pública «solamente la tierra de los sacerdotes, que no fue de Faraón», coincide notablemente con el relato de los historiadores seculares.

---

<sup>10</sup><sup>10</sup> Canon Cook traduce «Regocijaos, pues», y supone que el pueblo o los asistentes clamaban esta expresión. *The Speaker's Comment*, vol. I., p. 482.

<sup>11</sup><sup>11</sup> No podemos estar de acuerdo con el Sr. Poole aquí, quien considera *Asenat* como un nombre hebreo, y no egipcio, que significa «almacén», y paralelo al nombre hebreo *Bityá* (1 Cr. 4:18), una «hija», o «sierva de Jehová», que tomó una mujer egipcia al casarse con Méred, o mejor dicho, en su conversión al Señor. Pero en el caso de *Asenat* el texto parece implicar que el nombre era egipcio.

<sup>12</sup><sup>12</sup> El Sr. Poole, como antes. Esto, como suposición cronológica común; pero ver la nota sobre este tema en el capítulo anterior.

<sup>13</sup><sup>13</sup> De hecho, sabemos que un monarca de la duodécima dinastía, Amenemha III, estableció por primera vez un sistema de canalización, y consiguió que el inmenso lago artificial de Moeris recibiera y distribuyera de nuevo las aguas sobrantes del Nilo.

Dos cosas sobresalen en la historia de José. La misma mano de gracia del Señor, que en su humillación, le había guardado del pecado, la incredulidad y la desesperación, ahora, en su exaltación, le guardó del orgullo, y de caer en el paganismo, al que le hubiese podido conducir fácilmente su relación con el sacerdote principal de Egipto. Y todavía más, él se consideraba «extranjero y peregrino» en Egipto. Su corazón estaba en casa de su padre, con el Dios de su padre, y en las promesas de su padre. Hay evidencia abundante de estos hechos. Su esposa egipcia le dio dos hijos «antes que viniesen los años del hambre». A ambos dio nombres *hebreos* y no egipcios. Con el primero, *Manasés*, o «el que hace olvidar», deseaba honrar la bondad de Dios, que le había hecho olvidar su fatiga y dolor del pasado. Con el segundo, *Efraím*, o «doble fertilidad», reconocía claramente que, a pesar de ser Egipto la tierra donde Dios le había hecho «fértil», todavía era, y siempre será, no la tierra de su gozo sino la de su «aflicción». Si nos preguntamos por qué, en su prosperidad, José no dio noticia a su padre que estaba vivo y con éxito, respondemos que en una historia tal, la seguridad yacía en el esperar en Dios. José había aprendido la gran enseñanza de su vida: que todo el pasado venía de Dios. También ahora seguiría actuando con su guía. El Señor le mostraría el camino y le llevaría hasta la meta.<sup>14</sup> Pero en cuanto a él, creía, y por lo tanto no se apresuraba. Así Dios sería glorificado, y también José sería guardado en perfecta paz, porque confiaba en Dios.

## Capítulo 21

(*Génesis 42–45*)

Nos estamos acercando a un período decisivo de la historia de la casa de Israel. No obstante, una vez más todo parece suceder de un modo bastante natural, mientras que en la realidad todo es sobrenatural. Las mismas causas que provocaron la falta de lluvia sobre las montañas de Abisinia, y con ello de las aguas del Nilo, llevaron sequía y hambre a Palestina. Era de esperar que los hijos de Jacob, salvajes y licenciosos, se quedaran desalentados en tales circunstancias de apuros, al mismo tiempo que su padre se exasperaba.

### Los hijos de Jacob llegan a Egipto para comprar grano

«¿Por qué os estáis mirando?... he oído que hay grano en Egipto; descended allá, y comprad de allí para nosotros.» Los diez hijos de Jacob salieron para cumplir este encargo. Pero Benjamín, que había tomado el lugar de José en el corazón de su padre, no fue enviado con ellos, tal vez por el temor real de algún «mal» durante el camino o, es posible, porque el padre no confiaba en las intenciones de sus hijos.

La siguiente escena nos presenta a los extranjeros hebreos en medio de la abigarrada multitud de nativos y extranjeros, que habían acudido para comprar grano; al mismo tiempo que José, en su condición del más elevado oficial egipcio, controla la venta. De acuerdo con la costumbre oriental, los hijos de Jacob hacen la más humilde reverencia ante «el señor de la tierra». Por supuesto, era imposible reconocer a quien parecía vestido y hablaba como un noble egipcio, al joven que hacía más de veinte años les «suplicara», en la angustia de su alma, que no le vendieran como esclavo.

### José reconoce a sus hermanos

Ellos no habían cambiado tanto, y José inmediatamente reconoció las características de sus hermanos, que tenía grabadas claramente en su memoria. Pero qué cambio en sus posiciones correspondientes. Al ver que se postraban ante él, se acordó vivamente de sus antiguos sueños. Seguramente, incluso una persona mucho menos devota que José, en ese momento, hubiese sentido que una mano divina había guiado el pasado para cumplir un

---

<sup>14</sup> No hay pruebas para pensar que, en aquel tiempo, José supiese el propósito de Dios de hacerle reunir con su familia, y mucho menos que ellos irían a Egipto.

propósito divino. En tal ocasión el resentimiento personal o el enojo no tenían lugar posible. Si, por lo tanto, como algunos han dicho, la severidad determinó parcialmente su conducta para con sus hermanos, no era esta la causa principal. En todo caso, es imposible pensar que él todavía alimentaba sentimientos de ira, porque poco después, ante su expresión de arrepentimiento, «se apartó de ellos, y lloró». Pero preferimos considerar la conducta de José como coherente durante toda esta sucesión de acontecimientos. La aparición de sus hermanos ante él parecía implicar que Dios no deseaba separarlo de su familia, ni que él tuviera que volver a ellos, sino que ellos acudieran a él, y que él había sido enviado como precursor para conservarles la vida. Pero a fin de consumir un reencuentro tal de la familia, era evidentemente necesario que sus corazones y mentes sufrieran un cambio completo de su antigua envidia sin escrúpulos que les había hecho venderlo como esclavo. Este hecho tenía que ser demostrado antes de que él se diera a conocer. Y además, la veracidad de ello tenía que ser puesta a prueba con la experiencia más severa que podían soportar sus sentimientos alterados.

Bajo esta perspectiva podemos comprender toda la conducta de José. Lógicamente su primer objetivo sería separar a los hijos de Jacob de entre la multitud de compradores, para poder tratar de modo especial con ellos, pero sin levantar sospechas; para poder después informarse de la situación en su casa. Luego les haría probar un dolor no merecido por causa del ejercicio de un poder arbitrario, contra el cual eran impotentes (tal como José había estado en manos de ellos). Todos estos objetivos se consiguieron con un solo medio. José les acusó de ser unos espías, que, bajo el pretexto de comprar grano, habían acudido para descubrir las partes indefensas de la tierra. Tal acusación no era ilógica en el estado en que se hallaba Egipto, ni tampoco extraordinaria en países orientales. No solo le servía como pretexto para separarlos de la multitud, sino que en sus respuestas a la acusación le informaban sobre las condiciones de su familia. Porque, naturalmente, no sólo defenderían su inocencia, sino que también intentarían demostrar la inherente incoherencia de un hecho de este tipo. Ningún otro argumento podía ser más evidente que eran «hijos de un varón», puesto que nadie se jugaría las vidas de todos sus hijos en una empresa tan peligrosa. Pero esto no era suficiente para José. Al repetir su acusación ellos tuvieron que dar más detalles, con lo que pudo saber que su padre y Benjamín estaban con vida. No obstante, su referencia al mismo José como el que «no aparece», parecía implicar su persistencia en el antiguo engaño, y seguramente agudizó las dudas de José acerca del estado de la mente de ellos. Pero ahora experimentar la violencia les mostraría no sólo su culpa en el pasado, sino también que, por mucho que Dios parezca retrasar las cosas, él es el vengador de todo mal. Y mucho más, si Benjamín estaba relativamente en la misma posición de favoritismo que José había ocupado; y si en vez de tener envidia de él y de odiarlo estaban dispuestos, no sólo a estar de su parte, sino incluso a sufrir en lugar de él, esto significaba que se habían arrepentido con toda certeza, y su estado de mente era el contrario a lo que había sido hacía veinte años.<sup>1</sup> Continuando con este plan, José encarceló a los diez en primer lugar, sugiriendo que liberaría a uno de ellos para que fuera en busca de Benjamín, a fin de comprobar, según dijo, la veracidad de las palabras de ellos. Esta dureza excesiva seguramente pretendía aterrorizar sus corazones; y, al cabo de tres días, se aplacó como para quedarse con un solo rehén; animándoles al mismo tiempo tanto con la afirmación que actuaba así porque «temía a Dios», como por la seguridad de que, cuando se convenciera de su inocencia, no tendría nada contra ellos. La referencia al «temor de Dios», y su aparente retirada del rigor innecesario, les debió conmover profundamente, porque contrastaba con su conducta implacable para con José. Se escogió a Simeón para que quedara como rehén, porque era el siguiente después del mayor, Rubén, el cual no había sido detenido por haber intentado salvar la vida a José. Este hecho también tuvo que contribuir para hacerles recordar su error anterior; y, por primera vez, se confiesan entre sí su amarga culpa del pasado, y como Dios les estaba visitando en ese momento. Sus sentimientos eran tan intensos que hablaron de ello delante de José en hebreo, sin saber que José, que había hablado con ellos por medio de un intérprete, entendía sus palabras. José se sintió obligado a retirarse para no traicionar su identidad; pero no se apartó de su propósito.

## Simeón prisionero

Simeón fue atado delante de ellos, y el resto fue puesto en libertad; pero cada uno de ellos con provisiones sobrantes para el viaje además de lo que habían comprado, y con el dinero de la compra devuelto en secreto.

---

<sup>1</sup> Éste es básicamente el punto de vista de Lutero, y presentado con su lenguaje típico, peculiar y vigoroso.

El terror causado por estos acontecimientos inesperados se agudizó mucho más cuando, en su primera parada nocturna, uno de ellos descubrió el dinero en su costal. Pero, como en el caso anterior, la impresión fue total. También en esto vieron la venganza de mano de Dios: «¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?».

El relato que, a su vuelta, iban a contar a su padre era bastante triste. Pero lo que acababan de descubrir, que el dinero que habían pagado había sido introducido en secreto en el costal de cada uno de ellos, parecía apuntar hacia algún fuerte plan malvado, y llenó a Jacob y a sus hijos con nuevos temores.

Si la condición para aparecer de nuevo ante el gobernador de Egipto era que llevaran a Benjamín con ellos, Jacob, que ya había perdido dos hijos, se negaría a arriesgar la vida de su querido hijo, la última prenda de Raquel. Rubén, ciertamente y de modo sorprendente, puso como garantía sus dos hijos: «Harás morir a mis dos hijos, si no te lo devuelvo». Pero estas palabras no estaban bien pensadas para animar el corazón de Jacob. Durante un tiempo pareció como si el antiguo dolor de Jacob tuviera que aumentar con la pérdida de Simeón, y como si José y su familia no fueran a encontrarse de nuevo.

Si nos preguntamos por qué José corrió este riesgo o añadió más dolor a su padre, respondemos, a la primera pregunta, que, puesto que José ahora conocía las circunstancias de su familia, y tenía a Simeón a su lado, podía en cualquier momento, en caso de necesidad, ponerse en contacto con su padre. En cuanto a la segunda dificultad, tenemos que entender que dicho dolor y preocupación no podían excluir a su padre si se quería poner a prueba a sus hermanos, y prepararlos para su misión. Es evidente, José había comprendido correctamente la voluntad de Dios en este asunto, ya que el corazón de sus hermanos había sido conmovido como para reconocer su pecado pasado y la mano de Dios. ¿No debía, pues, ahora entregarse más aún a Dios haciendo el bien, y confiar en él? Ciertamente, también podía confiar en que la fe de Jacob lo soportaría. Por lo menos sería una espera breve, y los frutos iban a ser de gran bendición para todos. De nuevo los acontecimientos demostraron que su punto de vista era acertado. Al acabarse las provisiones que trajeran los hijos de Jacob, era imprescindible acudir de nuevo a los graneros de Egipto. Esta vez fue Judá el que se ofreció como garantía de Benjamín. Sus palabras fueron tan calmadas, afectuosas, y a la vez tan firmes, que inspiraron en Jacob la confianza que puede producir la buena y sincera voluntad del propósito correcto de un hombre honrado. Pero tenía un consuelo más elevado: el de la oración y la fe: «el Dios omnipotente os dé misericordia delante de aquel varón, y os suelte a vuestro otro hermano, y a este Benjamín». Pero, aun si Dios había determinado algo diverso, si le parecía adecuado tomar sus hijos, su fe también lo aceptaría: «Y si he de ser privado, séalo»; la voluntad del Señor es buena, y él se postraría ante ella.

Es conmovedor imaginar las manos temblorosas del anciano preparando los presentes que temperasen la ira del egipcio temido. Era un año de hambre, en consecuencia habría escasez de los lujos que normalmente eran exportados de oriente a Egipto. Tomaron pues tales delicadezas para el egipcio; «un poco de bálsamo, un poco de miel, aromas y mirra, nueces y almendras». En cuanto al dinero que les había sido devuelto en los costales, podría tratarse de un error. Debían tomarlo de nuevo además del precio del grano que iban a comprar esta vez.

## **Los hijos de Jacob vuelven por segunda vez, trayendo a Benjamín**

Y así salieron en nombre del Dios de Israel, Benjamín y todos los demás. Jacob se quedaría atrás en los vados de Jaboc; no en solitario, sino con fe y paciencia esperando los resultados. Una vez más los diez hermanos se encuentran ante el egipcio, con el corazón más ansioso de lo que estuviera el de José en su camino a Egipto o en el mercado de esclavos. José vio a los recién llegados, y con ellos, al que supuso ser su hermano menor, al que dejara en su casa cuando solo tenía un año. Claramente, no era el momento ni el lugar adecuado para confiarse y conversar con ellos. Por ello ordenó a su mayordomo que los llevara a su casa, y que comieran con él al mediodía. José habló en egipcio, y parece ser que los hijos de Jacob no le entendían. Cuando se encontraron en casa de José rápidamente pensaron que les iban a acusar del robo del dinero de su primera compra. Pero el mayordomo alejó con palabras amables sus temores que les hacían dudar antes de entrar «a la entrada de la casa».

Al ver que les devolvían a Simeón inmediatamente, cobraron ánimo. Finalmente hicieron los preparativos para el banquete. Fue una escena de profunda prueba para José al volver a casa. Poco podían imaginarse los pensamientos que pasaban por su cabeza, mientras ellos, de acuerdo con la costumbre oriental, ofrecían los humildes regalos que su padre había enviado, y con humildad «se inclinaron ante él hasta la tierra». Sus

palabras disimulaban mal sus sentimientos. Una vez tras otra les preguntaba por su padre, y la respuesta de ellos era: «Bien va a tu siervo nuestro padre; aún vive», y de nuevo «se inclinaron, e hicieron reverencia». Pero cuando miró a Benjamín, el hijo de su propia madre, y dijo, en un modo tan poco egipcio: «Dios tenga misericordia de ti, hijo mío», tuvo que retirarse apresuradamente, «porque se conmovieron sus entrañas a causa de su hermano». Habían pasado veintidós años desde que se separara de su hermano, y ahora Benjamín estaba delante de él; un joven algo mayor de lo que era él cuando empezó su amarga estancia en la cárcel. ¿Serían capaces, los que en otra ocasión sacrificaron a uno por sus celos, de abandonar a su otro hermano por egoísmo?

A los hijos de Jacob les esperaba una sorpresa durante el banquete. Lógicamente, de acuerdo con la costumbre egipcia, José comió solo, y los egipcios ellos solos: él como miembro de una casta superior, y ellos por sus escrúpulos religiosos. Sabemos por la historia secular que los egipcios se abstenían de ciertos tipos de carne, y no comían con los cuchillos y tenedores ni con los utensilios de cocina utilizados por personas de otra nación. Pero era inexplicable que en el banquete sus lugares se dispusieran según su edad. ¿Cómo sabía el egipcio este detalle? y ¿qué circunstancia misteriosa les envolvía en su presencia? Otra cosa también les debería chocar. En casa de su padre el más joven de ellos, el hijo de Raquel, había sido normalmente favorecido ante ellos. Y ahora sucedía lo mismo en el palacio del egipcio. El gobernador egipcio «tomaba viandas de delante de sí para ellos; mas la porción de Benjamín era cinco veces mayor que cualquiera de la de ellos». ¿A qué se debía esta muestra de distinción extraordinaria, según era considerado en tiempos antiguos?<sup>2</sup>

## **José pone a sus hermanos a prueba**

No obstante, el banquete transcurrió apaciblemente, y al día siguiente, de mañana, los once, contentos y agradecidos, se pusieron en camino de vuelta a Canaán. Pero el mayordomo de la casa de José había recibido instrucciones especiales. Como antes, todo «el dinero» había sido devuelto en el costal de cada uno. Pero, además, había colocado en el costal de Benjamín la copa personal de José, o mejor dicho, su gran recipiente de plata. No habían avanzado mucho cuando el mayordomo les alcanzó velozmente. Llamando a los once ingratos, les acusó de haber robado la «copa» de la que «bebe mi señor, y por la que adivinaba». Evidentemente esta frase del siervo no demuestra en modo alguno que José adivinara por medio de esa «copa». Al contrario, no podía ser así porque era imposible adivinar con una copa que le había sido robada (v. 15). Pero, sin lugar a dudas, había en casa de José, como en todas las de los grandes sabios de Egipto, el recipiente de plata usado comúnmente para adivinar, dentro del cual los acontecimientos desconocidos aparecían supuestamente reflejados en el agua, a veces después de tirar gemas u oro (con o sin inscripciones y encantos mágicos) en el interior, a fin de aumentar el resplandor de los rayos de luz. Algunas prácticas parecidas todavía se llevan a cabo en Egipto en la actualidad.

La acusación de traición y robo cogió tan por sorpresa a los hermanos, que, en su inocencia consciente, se ofrecieron a abandonar la vida del culpable y la libertad de los demás, si la copa era hallada en cualquiera de ellos. Pero el mayordomo había recibido otras instrucciones. Tenía que separar a Benjamín de los demás. Rechazó su propuesta con una generosidad fingida, y les comunicó su propósito de retener como esclavo solamente al culpable. Se procedió a la busca de la copa, y fue hallada. Ahora llegaba la primera gran prueba de sus sentimientos. Estaban libres para irse a casa, con sus esposas e hijos; solo Benjamín tenía que ser esclavo: la copa estaba en su costal. Concediendo el hecho de que, a pesar de las apariencias, sabían que era inocente, ¿por qué debían permanecer a su lado? En casa era el favorito; de hecho, por temor a arriesgar su vida, su padre casi dejó perecer de hambre a ellos, sus esposas y sus hijos. Y también en Egipto, el más joven, el hijo de otra madre, había sido favorecido ante ellos. Ya se habían librado de un favorito, ¿a qué esperaban, si la misma providencia les permitía librarse de otro? ¿En base a qué necesidad o interés tenían que identificarse con él? No bastaba con que siempre le colocaran antes que ellos; ¿debían ahora destruir toda su familia y sufrir sus pequeñitos por causa de uno, que, en el mejor de los casos, parecía que los iba a hundir en la tristeza y la ruina? Hubieran podido pensar así, pero no lo hicieron. Porque en todos los asuntos de deber los razonamientos son

---

<sup>2</sup> Ante los príncipes y gobernantes los espartanos ponían doble ración, los cretenses cuatro veces más. En Egipto parece ser que la ración era cinco veces mayor.

siempre peligrosos, y únicamente la obediencia total e inmediata de lo que es justo, es el camino seguro. «Ellos rasgaron sus vestidos, y cargó cada uno su asno y volvieron a la ciudad».

La primera prueba fue superada; la segunda y final iba a empezar. En la presencia de José, «se postraron delante de él en tierra» con su dolor en silencio. Ahora su portavoz es Judá, y su abogacía es una figura anticipada de la defensa de su gran descendiente. No pronuncia una sola palabra como atenuante o súplica. Este solo pensamiento llena su corazón: «Dios ha hallado la maldad de sus siervos». No eran culpables de la acusación actual, pero sí lo eran ante Dios, que había vengado su maldad. ¿Cómo pues iban a dejar a Benjamín en una esclavitud no merecida, cuando eran ellos los causantes de este dolor? Pero José, como ya había hecho su mayordomo, rechaza su propuesta por ser injusta, y ofrece la libertad a todos ellos excepto a Benjamín. Esto da a Judá una oportunidad para suplicar con un lenguaje tan tierno, gráfico y sincero, que pocos han sido capaces de resistirse a su pasión. Cuenta la historia sencilla, cómo el gran señor egipcio les había preguntado primero si tenían padre o hermanos, y cómo le habían hablado de su padre en casa, y sobre el hijo de su vejez que estaba con él como única prenda de su amor de matrimonio, a quien se aferraba el corazón del anciano. Luego el visir quiso que se le trajera al joven, y ellos habían suplicado diciendo que su partida costaría la vida de su padre. Pero el hambre les había hecho pedir a su padre incluso este sacrificio. Y el anciano les había recordado lo que ya sabían perfectamente: que su esposa, la única que él tenía como tal, le había dado dos hijos; uno de ellos se había apartado de él, como ahora se le proponía que se fuera Benjamín, y no le había visto más, y había dicho: «de cierto fue despedazado». Y ahora, si se llevaban también a éste lejos de él y le sucediera algún mal, sus canas irían con dolor a la tumba. Lo que el hombre temía, fuera como fuese, había sucedido. ¿Pero podía Judá presenciar el dolor y la muerte de su anciano padre? ¿No era él especialmente culpable, porque su padre le había dejado ir bajo la garantía de Judá? Él había sido su seguridad; y ahora no pedía ni el perdón ni un favor, solo esto suplicaba: que se le permitiera quedar como esclavo en lugar del joven, y que éste pudiese volver con sus hermanos. Pedía la esclavitud como bendición, porque ¿cómo podía «ver el mal» que sobrevendría a su padre?

Lutero dijo acertadamente: «Cuánto no daría yo para poder orar ante el Señor como Judá intercedió aquí por Benjamín, porque es un modelo perfecto de oración, del profundo sentimiento que debe ser la base de toda oración». Y, bendito sea Dios, porque uno ha intercedido por nosotros, que se dio a sí mismo por nuestra seguridad y se hizo esclavo por nosotros.<sup>3</sup> Su abogacía fue escuchada; su substitución aceptada; y su intercesión por nosotros continúa para siempre, y siempre vence. El Señor Jesucristo es «el León de la tribu de Judá, la raíz de David», y «ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos».

## **José se da a conocer a sus hermanos**

La última prueba había sido superada. De hecho, no podía continuar, porque José «no podía ya contenerse». José hizo salir a todos los extraños apresuradamente y, con toda la ternura de sus afectos y la delicadeza de sus sentimientos, se dio a conocer a ellos como el hermano que habían vendido a Egipto, pero quien, en realidad, Dios había enviado anticipadamente con el propósito no solo de salvar sus vidas, sino también de conservar su posteridad, a fin de que así se cumpliera el misericordioso consejo de Dios para con el mundo. Por ello, no debían estar apenados, porque Dios había vencido en todo. Tuvo que decirlo tres veces y que demostrar su perdón con las palabras más amorosas para que creyeran sus explicaciones o se consolaran por ellas. Pero un objetivo que José tenía en vista entonces era traer a su padre y su familia cerca de él, para que les pudiera alimentar; porque solo habían pasado dos de los siete años de hambre. Y para esto fue ayudado muy especialmente por la providencia divina. Faraón escuchó la noticia de lo sucedido y fue complacido por la conducta generosa del visir. De su propia iniciativa propuso lo que José ya deseaba; y acompañó su invitación con una promesa real de abundante provisión, y enviando «carros» para transportar a las mujeres y los niños. De su parte, José añadió ricos regalos para su padre.

## **Jacob y su familia se preparan para descender a Egipto**

---

<sup>3</sup> Salmos 40:6, 7; Filipenses 2:6–8.

Cuando volvieron los once, volvieron principalmente solo a su padre, y se lo contaron todo, «el corazón de Jacob se afligió, porque no les creía». Luego, al ver los «carros» egipcios que llegaban, tuvo una gran reacción. «El espíritu de Jacob su padre revivió.» El pasado, con sus dolores y pecado, parecía haber sido borrado de su memoria. Una vez más no fue Jacob quien habló, como antes, sino «Israel» (el príncipe con Dios y el hombre) que dijo: «Basta; José mi hijo vive todavía; iré y le veré antes que yo muera».

## Capítulo 22

(Génesis 46–48)

El patriarca Jacob tenía una difícil senda por delante. Dios no le había dado ninguna indicación directa para ir a Egipto con su familia. Pero, no obstante, los tratos de Dios para con José, la invitación de Faraón y el hambre en Canaán servían para indicarle que se trataba del período de tiempo que Dios dijo a Abraham,<sup>1</sup> cuando su descendencia saldría de Canaán y serían extranjeros y esclavos en una tierra que no era suya. Sabía que tenían que suceder dos cosas antes de que Israel volviera a la tierra prometida y la poseyera definitivamente. «La maldad del amorreo» tenía que «llegar a su colmo», y la *familia* de Israel tenía que crecer hasta formar una *nación*. Lo primero todavía era futuro, y por lo que concierne a lo segundo, era evidente que cualquier prolongación de su estancia en Canaán hubiese significado un obstáculo, más que una ayuda, para su cumplimiento. Porque en aquel tiempo Canaán estaba dividida en numerosas tribus independientes, con una o más de las cuales los hijos de Jacob, al aumentar en número, tenían que unirse o entrar en guerra. Más peligroso aún que su religión hubiese sido permanecer entre los cananeos y relacionarse con ellos.

### Jacob y su familia van a Egipto

En Egipto la situación era muy diferente. Allí iban manifiestamente como extranjeros, y con una finalidad temporal. El hecho de ser pastores, y como tales «una abominación para los egipcios», les mantenía separados, tanto política como religiosa y socialmente, del resto de la gente, y, sin lugar a dudas, les obligaba a estar en una región para ellos solos.

Así, «la tierra de Gosén» era la mejor para aumentar sus posesiones de rebaños y ganados. Los animales podían ser tenidos como la razón exterior de su desplazamiento a Egipto; el significado espiritual más elevado ya ha sido expuesto.

Jacob recibió la seguridad que necesitaba para sentirse tranquilo al llegar a Beerseba, la frontera sur de la tierra prometida. Allí el patriarca ofreció «sacrificios al Dios de su padre Isaac», y allí el Señor fiel le habló «en visiones de noche».

Sus palabras confirieron a Jacob una seguridad cuádruple, que Dios *era* el Dios del pacto, y que Jacob no debía tener temor de descender a Egipto; que Dios haría *allí* una gran nación de él, en otras palabras, que la transformación de familia a nación se daría en Egipto; que Dios descendería con él; y finalmente, que él mismo le devolvería de nuevo a su lugar. Y cada una de estas afirmaciones fue introducida con un Yo enfático, para indicar la fuente personal y directa de todas estas bendiciones. Fortalecido de este modo, Israel continuó su camino con espíritu confiado.

Como suele suceder en la Escritura, con relación a esto se nos ofrece una lección muy importante, pero que por su presentación puede escapar a la observación superficial.

Se ha hecho notar varias veces que la Biblia no ofrece la historia de las personas en sí, sino que nos da la historia del reino de Dios. Esto se ve claramente en la lista que se introduce aquí de «los nombres de los hijos de Israel, que entraron en Egipto». Evidentemente, no debe tomarse literalmente como una enumeración de los que acompañaron a Jacob en su viaje a Egipto. Porque algunos de ellos, como el mismo José, y sus hijos Efraím y Manasés, y los hijos de ellos, si tenían alguno en aquel tiempo, ya se hallaban en Egipto. Luego, algunos de los

---

<sup>1</sup>Génesis 15:13.

nietos de los biznietos de Jacob, mencionados en esta lista, debieron nacer después de que los hijos de Jacob entraran en Egipto; mientras que, por otro lado, debía haber otros no mencionados, porque es imposible pensar que todas las familias de aquellos cuyos descendientes no son enumerados se extinguieran. Pero si tenemos en cuenta el principio que sólo se registra lo que se refiere al reino de Dios, entonces todo se entiende.

Ahora lo miramos *no como una lista biográfica*, sino como una tabla genealógica, trazada en base a un objetivo específico. Dicho objetivo es de enumerar en primer lugar los primeros antepasados de las tribus de Israel, y luego sus descendientes que formaron una «familia» distinta en cada tribu. En consecuencia, esta tabla genealógica contiene, además de los nombres de los descendientes de Jacob que fueron literalmente con él a Egipto, también los que llegaron a ser «cabezas de familias». Esto se ve claro al comparar con Números 26, donde las «familias» de Israel son específicamente enumeradas. Entre sus fundadores no aparece un solo nombre que haya sido dado en la tabla previa.

Algunos nombres, no obstante, desaparecen en la segunda tabla, es decir, el nombre de un hijo de Simeón, uno de Aser y los de tres hijos de Benjamín; sin duda alguna, porque se extinguieron o porque fueron sacados de su lugar en juicio.

Tampoco resulta extraño hallar nombres de los futuros cabezas de familias enumerados de antemano en esta lista. ¿Acaso no leemos que en Abraham las generaciones de Leví que no habían nacido dieron diezmos a Melquisedec? Evidentemente la Escritura se expresa de este modo constantemente. Así leemos que Dios dijo a Abraham, a Isaac, y a Jacob: «te daré la tierra», cuando sólo eran extranjeros y peregrinos en la misma; y, muchos siglos antes de que se realizara tal acontecimiento: «En ti serán benditas todas las naciones de la tierra»; y a Jacob Dios le dijo: «yo te haré volver», de Egipto. Porque con Dios nada es, en su sentido real, futuro. «Él ve el final desde el principio».

Pero cuando el texto sagrado resume la tabla genealógica con la afirmación que «todas las persona» eran «setenta», pensamos en la implicación del número, siete veces diez, siendo el siete el número sagrado del pacto, y diez el de la perfección.<sup>2</sup>

En su viaje Jacob envió a Judá por delante, para que comunicara a José su llegada. Él se apresuró para recibir a su padre en la tierra fronteriza de Gosén. Su encuentro, después de una separación tan larga, fue tierno y conmovedor. La expresión hebrea traducida en castellano como: «José... se manifestó a él», implica un aspecto esplendoroso. Y ante su padre hebreo, el gran egipcio era de nuevo simplemente el joven José. «Se echó sobre su cuello, y lloró sobre su cuello largamente.» Entonces era la obligación de José notificar a Faraón la llegada real de su familia a Egipto, para obtener al mismo tiempo un nuevo recibimiento, y una concesión temporal de la tierra de Gosén para sus colonos. Con este fin fue José solo, en primer lugar, y luego presentó a cinco de sus hermanos. Tanto él como ellos hicieron notar particularmente el hecho que la familia eran pastores. Esto les aseguraría su estancia en Gosén, porque era la mejor región para pacer los animales y, al mismo tiempo, el más alejado y aislado de gran parte del pueblo. Porque los monumentos egipcios muestran que los pastores eran considerados como la clase o casta más baja, probablemente debido a que sus costumbres nómadas eran tan opuestas a la civilización tan sedentaria del país. Otro detalle que iba a ser mencionado especialmente ante Faraón por los hijos de Jacob era que habían venido sólo a «residir por una temporada», no para establecerse en la tierra, de modo que, puesto que inicialmente llegaron bajo expresa invitación del rey, podrían partir en cualquier momento que fuese necesario. Es importante notar esto en relación con el error posterior cuando sus descendientes fueron retenidos a la fuerza. Sucedió tal como José esperaba. Faraón les asignó un lugar para morar «en lo mejor de la tierra», es decir, en la parte más adecuada, en lo que era casi la única región adecuada para el pasto; en la tierra fronteriza entre Canaán y Egipto, la tierra de Gosén, o de Ramsés, como se llama a veces por el nombre de la ciudad. Un erudito<sup>3</sup> cuidadoso y capacitado se expresó así sobre este tema: «La tierra de Gosén estaba entre la parte oriental del anciano Delta, y el límite occidental de Palestina; casi no era una tierra propiamente egipcia, era habitada por otros extranjeros además de los israelitas, y por sus nombres

---

<sup>2</sup> La versión griega de los 70 da el número setenta y cinco, y San Esteban lo cita por ser el más conocido por los judíos de esa época (Hch. 7:14). Este número evidentemente es el resultado de una disposición de la tabla ligeramente diferente.

El texto hebreo nombra de Lea: seis hijos, veinticinco nietos, y dos biznietos, además de Dina; de Zilpá: dos hijos, once nietos, dos biznietos, y una hija; de Raquel: dos hijos, y doce nietos; y de Bilhá: dos hijos y cinco nietos. Las «dos hijas» se incluyen por razones especiales.

geográficos era más semítica que egipcia; era una tierra de pastos, especialmente apropiada para los pueblos de pastores, y suficiente para los israelitas, los cuales prosperaron allí, y estaban separados de la mayor parte de egipcios».<sup>4</sup>

## **Entrevista de Jacob con Faraón**

Antes de hacer establecer a su padre en Gosén, José le presentó a Faraón, quien le recibió con la cortesía de un monarca oriental, y el respeto asegurado por una edad que sobrepasaba con muchos años la media de Egipto. Como reconocimiento de la amabilidad de Faraón, «Jacob bendijo» a Faraón; y su respuesta a la pregunta sobre su edad, fue comparar «los días de los años» de su «peregrinación» con los de sus padres. Abraham había vivido ciento setenta y cinco años, Isaac ciento ochenta; mientras que Jacob tenía solo ciento treinta, y sentía la cercanía de su muerte. Sus días, comparados con los de ellos, no sólo habían sido «pocos» sino «malos», llenos de pruebas, dolor, y preocupación, desde el día en que escapó de la casa de su padre. Pero, aunque sus vidas eran exteriormente diferentes, su carácter esencial era igual. Tanto la una como las otras eran una «peregrinación». Porque «Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y abrazándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; ... una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad».<sup>5</sup> Y tales deben ser también nuestras vidas, independientemente de nuestra historia exterior, que las consideremos simplemente una «peregrinación».

## **Su última enfermedad y orden de ser sepultado en Canaán**

Pero Israel recibió todavía setenta años más en su calmado retiro en Gosén. Al sentir el momento en que había realmente llegado su partida, hizo llamar a José. No era su intención expresar sus débiles pesares, ni siquiera para recibir la despedida de amor que, en tales circunstancias, podía ser adecuada. Israel, como se le llama aquí,<sup>6</sup> se estaba preparando para otro gran acto de fe. En su lecho de muerte, aún se aferraba a las promesas de Dios en lo referente a la posesión de Canaán, y todo lo que se relacionaba con ella; hizo jurar a su hijo que le enterraría con sus padres, en la cueva de Macpelá. Tras obtener esta solemne promesa, se dice,<sup>7</sup> «se inclinó en adoración sobre la cabecera de la cama».

## **Efraín y Manasés admitidos entre los hijos de Israel**

---

<sup>3</sup> El Sr. Grove, en *Smith's Dictionary of the Bible*, vol. I., p. 711.

<sup>4</sup> Es bien sabido que un monumento egipcio muestra tan sorprendentemente una ilustración de la llegada de los hijos de Israel en Egipto, que algunos lo han considerado, aunque sin pruebas suficientes, como una representación real de dicho acontecimiento. Los extranjeros evidentemente son de raza semítica y llegaban con sus esposas e hijos.

<sup>5</sup> Hebreos 11:13, 14, 16.

<sup>6</sup> Es altamente instructivo notar los cambios frecuentes en esta historia de los nombres de Jacob e Israel.

<sup>7</sup> Traducción literal. Los traductores griegos, o 70, a los que se cita en Hebreos 11:21, lo han traducido, siguiendo un ligero cambio de la palabra hebrea: «adoró, apoyado sobre el extremo de su bordón». El significado, en su contenido esencial, es el mismo.

Todavía quedaba algo por hacer. Los hijos de José todavía no habían sido admitidos formalmente en la familia de Israel. Y los dos mayores, Manasés y Efraín, iban a ser cabeza de tribu, porque José tenía que recibir su derecho de primogenitura: dos partes en Israel. Por lo tanto, cuando poco después de la conversación con su padre, José recibió la noticia que la última enfermedad fatal le había tomado, se apresuró a llevar sus dos hijos para que fueran colocados como coherederos de los otros hijos de Jacob. Con este acto José demostró su fe. En vez de buscar para sus hijos los honores de la corte de Egipto, renunciaba a todo, para compartir la suerte de la despreciada raza de pastores. Por primera vez encontramos aquí la bendición junto a la imposición de manos.<sup>8</sup> Pero los ojos de Jacob eran débiles, y cuando José puso a sus dos hijos cerca de su padre, situando a Manasés, por ser el mayor, a la derecha de su padre, y a Efraín, por ser menor, a la izquierda, pensó que se trataba de un fallo de su vista al cruzar Israel las manos, poniendo la derecha sobre Efraín y la izquierda sobre Manasés. Pero Jacob lo hacía a propósito. De hecho lo hizo proféticamente. Los acontecimientos demostraron la veracidad de su profecía. En tiempo de Moisés, Manasés todavía tenía veinte mil hombres más que Efraín.<sup>9</sup> Pero esta relación fue invertida en los días de los jueces; y en adelante Efraín continuó siendo, después de Judá, la tribu más poderosa de Israel. Pero lo que más nos impresiona es ver cuán intensamente entrelazados están todos los sentimientos, recuerdos, y la visión del hombre moribundo con su religión. Ya no retiene duros pensamientos sobre sus días «malos» en el pasado. Sus recuerdos sobre su historia son la mansedumbre y la bondad de Dios, quien lo guió durante toda su peregrinación. Sus sentimientos se expresan más explícitamente con las palabras de la bendición que pronunció: «El Dios<sup>10</sup> en cuya presencia anduvieron mis padres Abraham e Isaac, el Dios que me mantiene<sup>11</sup> desde que yo soy hasta este día, el Ángel que me redimió de todo mal, bendiga a estos jóvenes; y que sea perpetuado en ellos mi nombre y el nombre de mis padres Abraham e Isaac, y multiplíquense en gran manera en medio de la tierra». En esta referencia triple a Dios como el Dios del pacto, el Pastor, y el Ángel-Redentor, tenemos una clara anticipación de la verdad sobre la bendita Trinidad.

Una vez pronunciada la bendición, «Jacob dio a su hijo José» un regalo especial, «una parte de la tierra» junto a Sicar,<sup>12</sup> la antigua Siquem, la cual había comprado «a los hijos de Het»;<sup>13</sup> pero, como dijera en la profecía, él, o sea sus descendientes, la tendrían que tomar de nuevo<sup>14</sup> con espada y con arco de mano del amorreo. En esta posesión de José, al cabo de muchos siglos, el Pastor Redentor reposó, cuando, aunque cansado, visitaba y pastoreaba su rebaño.<sup>15</sup> En cuanto a Jacob, la última seguridad que dio a su hijo fue la de repetir con énfasis la confesión de su fe: «He aquí yo muero; pero Dios estará con vosotros, y os hará volver a la tierra de vuestros padres». Porque los hombres pasan, pero la palabra y los propósitos del Señor permanecen para siempre.

---

<sup>8</sup> La imposición de manos formaba parte esencial de los sacrificios de las víctimas. La persona que las ofrecía ponía sus manos sobre la víctima y confesaba sus pecados; con ello los transfería y la víctima venía a ser su substituto.

<sup>9</sup> Números 26:34, 37.

<sup>10</sup> El hebreo escribe el artículo; no solo Dios, sino el Dios.

<sup>11</sup> O «apacentar» como en Salmos 23:1; 28:9. Ver también su totalidad en Juan 10:11.

<sup>12</sup> Juan 4:5.

<sup>13</sup> Génesis 33:19.

<sup>14</sup> El tiempo verbal del versículo 22 es el pasado profético, con el que se contempla el futuro como ya cumplido.

<sup>15</sup> Juan 4.

# Capítulo 23

(*Génesis 49:1*)

Había llegado el momento de la última escena, y Jacob reunió alrededor de su lecho de muerte a sus doce hijos.

## La última bendición de Jacob

Las palabras que dijo fueron una mezcla de bendición y predicción. Ante sus ojos, en una visión profética, era como si se desplegaran imágenes de las tribus que iban a ser encabezadas por sus hijos como progenitores; y lo que vio lo expresó a grandes rasgos. Es absolutamente imposible considerar estas imágenes proféticas como representaciones exactas de un período determinado o suceso concreto de la historia de Israel. Son rasgos de las tribus en sus características amplias, más bien que predicciones, bien sea de acontecimientos específicos, o de la historia de Israel en su totalidad. Y a estas imágenes se aplica perfectamente la descripción que alguien ha dado de las visiones proféticas en general, en estos términos: «son imágenes dibujadas sin perspectiva», es decir, de modo que el observador no puede ver la distancia de cada objeto.

Otras dos aclaraciones pueden ser de utilidad al lector. Se verá que, generalmente, en el discurso de «bendición» el nombre del antepasado parece desplegar el carácter y la historia de la tribu. En segundo lugar, contra toda cavilación, se puede decir abiertamente que estas palabras de bendición fueron pronunciadas personalmente por Jacob. Cuando intentamos imaginarnoslas pronunciadas en cualquier otro período de la historia de Israel, nos encontramos con dificultades insuperables. Porque esas palabras se pueden aplicar a las tribus sólo como las concebía Jacob. No podían haber sido escritas en otro período, porque todo escritor posterior hubiese dicho algo que no se podía aplicar a una u otra tribu, y no hubiese podido usar este lenguaje tan preciso sobre cada una de ellas. Tras estas breves aclaraciones a modo de prefacio, nos dirigimos a las palabras de la «bendición»:<sup>1</sup>

RUBÉN, tú eres mi primogénito,  
Mi fortaleza y el principio de mi vigor,  
Preeminente en dignidad, preeminente en poder.

Ésta debería haber sido la posición de Rubén, como primogénito, de no haber sido por el «carácter presuroso» de sus pasiones y su pecado como consecuencia de ello. Por eso Jacob continúa:

Presuroso como las aguas,  
No serás el preeminente,  
Por cuanto subiste al lecho de tu padre;  
Entonces lo envileciste;  
Subió sobre mi lecho.

Los hijos que seguían a Rubén en edad eran Simeón y Leví. Su crueldad insensible en Siquem, por la cual Jacob se estremecía incluso en su lecho de muerte, les había hecho «hermanos», o compañeros en el mal. Visto que se habían unido para el mal, Dios los iba a esparcir en Israel, para que no crearan tribus independientes y compactas. De hecho, sabemos que incluso en el segundo censo de Israel<sup>2</sup> Simeón era la tribu más pequeña. En la última bendición de Moisés,<sup>3</sup> no hay mención alguna de Simeón. Tampoco parece que esta tribu haya

---

<sup>1</sup> Traducción literal.

obtenido una parte bien definida de la tierra, sino que tenía sólo algunas ciudades dentro de la posesión de Judá.<sup>4</sup> Finalmente, sabemos que las familias de Simeón que crecieron grandemente y se hicieron poderosas, salieron de la tierra santa, y se establecieron fuera de sus límites.<sup>5</sup> La tribu de Leví tampoco recibió posesión alguna en Israel; pero con la diferencia que su esparcimiento cambió de ser maldición a ser bendición por su elección del sacerdocio. Esparcir dos tribus era la respuesta que Dios, en su justa providencia, daba al intento de sus antepasados de vengar el honor de su raza con medios y armas carnales.

SIMEÓN y LEVÍ son hermanos;  
Instrumentos de violencia son sus espadas;  
En su consejo no entre mi alma,  
Ni mi honor se junte en su compañía;  
Porque en su furor mataron hombres,  
Y en su propia voluntad desjarretaron bueyes.  
Maldito su furor, que fue fiero;  
Y su ira que fue dura.  
Yo los apartaré en Jacob,  
Y los esparciré en Israel.

Habiendo tratado con los tres hermanos mayores, y habiendo recibido José la doble parte de la tierra, los demás privilegios de la primogenitura son pasados solemnemente a Judá. Él será el guía. «El león.» Como el león es el rey de la selva, así iba a tener Judá un dominio real, por medio de David, y en adelante hasta el Hijo de David, el Siloh, a quien como «león de la tribu de Judá», todas las naciones rendirían homenaje y obediencia. De modo parecido, la plenitud de las riquezas terrenales iba a distinguir la parte de Judá, siendo estas bendiciones terrenales en sí mismas los emblemas de las riquezas espirituales otorgadas en la porción de Judá. Toda esa descripción está colmada de alusiones mesiánicas, que posteriormente fueron usadas en la profecía de Balaam;<sup>6</sup> luego aplicadas a David;<sup>7</sup> y a partir de él transportadas en profecía, con Salmos 72:9, 11, pasando por Ezequiel 21:27 y Zacarías 9:9, hasta que finalmente fueron cumplidas en Jesucristo, «surgió de Judá»,<sup>8</sup> «nuestra paz, que de ambos hizo uno»,<sup>9</sup> y quien «debe reinar hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies»,<sup>10</sup> «el león de la tribu de Judá, la raíz de David», que «ha vencido».<sup>11</sup>

---

<sup>2</sup> Números 26:14.

<sup>3</sup> Deuteronomio 23.

<sup>4</sup> Josué 19:1–9.

<sup>5</sup> 1 Crónicas 4:38–43.

<sup>6</sup> Números 23:24; 24:9, 17.

<sup>7</sup> Salmos 89:20–37.

<sup>8</sup> Hebreos 7:14.

<sup>9</sup> Salmos 89:20–37.

<sup>10</sup> 1 Corintios 15:25.

<sup>11</sup> Apocalipsis 5:5.

En la bendición de Judá notamos, por vez primera, cómo se despliega y aparece el significado del nombre:

JUDÁ, te alabarán tus hermanos;  
Tu mano en la cerviz de tus enemigos;  
Los hijos de tu padre se inclinarán a ti.  
Cachorro de león es Judá;  
De la presa subiste, hijo mío.  
Se encorvó, se echó como león,<sup>12</sup>  
Así como leona: ¿quién lo despertará?  
No será quitado el cetro de Judá,  
Ni el legislador de entre sus pies,  
Hasta que venga Siloh<sup>13</sup>,  
Y a ÉL la obediencia voluntaria de las naciones.  
Atando a la vid su pollino,  
Y a la cepa el hijo de su asna,  
Lavó en el vino su vestido,  
Y en la sangre de uvas su manto;  
Sus ojos, rojos del vino,  
Y sus dientes blancos de la leche.

A modo de ilustraciones locales de las riquezas de la parte de Judá, el lector recordará que el mejor vino de Palestina se cultivaba cerca de Hebrón y En-gadí,<sup>14</sup> y que uno de los mejores pastos estaba al sur de Hebrón, cerca de Técoa y Carmel.<sup>15</sup>

La siguiente bendición también va relacionada con el nombre de Zabulón, o «morada», aunque debemos tener en cuenta, con una mayor ilustración del hecho que no se concebía como predicción literal, que las posesiones de la tribu de Zabulón, por lo que entendemos en Josué 19:10–16, nunca llegaron a tocar el Mediterráneo, ni el Mar de Galilea ni limitó literalmente con Sidón:

ZABULÓN en puertos de mar habitará;  
Será para puerto de naves,  
Y su límite hasta Sidón.

El nombre de Isacar, «recompensa», o «suelo», también es significativo del carácter de la tribu, porque, en su rica parte de la Galilea inferior, prefirió trabajar en calma, antes que el poder y el dominio:

ISACAR, asno fuerte  
Que se recuesta entre los apriscos;  
Vio el descanso, y que era bueno,  
Y que la tierra era deleitosa,

---

<sup>12</sup><sup>12</sup> Un león joven por su agilidad y gracia; un león adulto por su fuerza y majestad; una leona que defiende a sus cachorros con su ferocidad.

<sup>13</sup><sup>13</sup> Este no es lugar para discusiones críticas; pero afirmamos como convicción deliberada nuestra que el término Siloh puede ser solo una designación del Mesías, independientemente del significado derivado que tenga esta palabra.

<sup>14</sup><sup>14</sup> Números 13:23, etc.; Cantares 1:14.

<sup>15</sup><sup>15</sup> 1 Samuel 25:2; 2 Crónicas 26:10; Amós 1:1.

Y bajó su hombro para llevar,  
Y sirvió en tributo.

La alusión en el caso de Dan, o «juicio», también se halla en el nombre. Aunque Dan fuese únicamente el hijo de una esclava, no iba a quedarse detrás de sus hermanos, sino a «juzgar a su pueblo», es decir, a Israel; quizá refiriéndose a hombres como Sansón, aunque también al carácter general de la tribu. Aquí encontramos otra alusión misteriosa e importante, a la que prestaremos atención rápidamente:

DAN juzgará a su pueblo,  
Como una de las tribus de Israel.  
Será Dan serpiente junto al camino.  
Víbora en la senda,  
Que muerde los talones del caballo,  
Y hace caer hacia atrás al jinete.

No vamos a pretender dar una explicación autoritaria a esta comparación de Dan con una serpiente, y con ese tipo de víbora que, por su color como el del suelo, no se ve hasta que ha dado su picadura mortal. Solo planteamos a modo de sugerencia que contengan una alusión al anticristo,<sup>16</sup> haciendo notar al mismo tiempo que el nombre de Dan se omite en la lista de las tribus en Apocalipsis 7:5–8.

También es significativo el hecho que, justo después de su mención de estas luchas en relación con Dan, Jacob exclama en oración, con la intención, como dice Calvino, no solo de expresar su propia fe y esperanza personales, sino también su confianza para sus descendientes. El comentario, o la paráfrasis,<sup>17</sup> prácticamente más antigua lo expresa así: «Mi alma no espera la liberación de Gedeón, el hijo de Joás, porque era meramente temporal, ni la de Sansón, porque no era nada más que transitoria; sino la redención del Mesías, el Hijo de David, el cual prometiste en tu palabra que enviarías a tu pueblo, los hijos de Israel; ésta, tu salvación, es la que espera mi alma».

Tu salvación es la que yo espero, oh Jehová.

En cuanto a Gad, tenemos una alusión tripartita a una palabra semejante que significa opresión. No podemos conectar ningún cumplimiento histórico concreto a la predicción en sí:

GAD una presión le oprime,  
pero él oprime el talón de ellos.

En el caso de Aser, evidentemente se hace referencia a la posesión más fértil de la tribu, que va desde el Monte Carmelo hasta la tierra de Tiro, la región más rica en grano y aceite:<sup>18</sup>

De ASER fertilidad (literalmente gordura): su pan;  
Y produce deleites a los reyes.

La alusión a Neftalí es a la grácil agilidad y a la velocidad de la gente, y también a su habilidad y ligereza mental:

NEFTALÍ, cierva suelta,  
Que pronunciará dichos hermosos.

---

<sup>16</sup><sup>16</sup> Muchos padres han considerado esta «serpiente» como el anticristo.

<sup>17</sup><sup>17</sup> El Targum de Jerusalén según su recensión más correcta.

<sup>18</sup><sup>18</sup> 1 Reyes 5:11.

Finalmente Jacob llega al nombre de su amado hijo José. Entonces parece como si su corazón se derramara. Primero muestra su carácter fructífero, como un árbol frutal «plantado junto a corrientes de agua»,<sup>19</sup> cuyas ramas se extienden por encima del muro;<sup>20</sup> luego describe su fuerza, que deriva de Dios; y, por último, derrama las bendiciones más ricas, mucho más de lo que habían conferido ninguno de sus antepasados:

Hijo de un árbol frutal (rama fructífera) es JOSÉ,  
Hijo de un árbol frutal junto a una fuente,  
Cuyas hijas (vástagos) se extienden sobre su muro.  
Los arqueros le hostigan,  
Le asaetan y le odian;  
Mas su arco se mantiene con firmeza,  
Y los brazos de sus manos permanecen flexibles  
Por las manos del Fuerte de Jacob,  
Por esto, por el Pastor, por la Roca de Israel,  
Por el Dios de tu padre, te ayudará.  
Y por el Todopoderoso, te bendecirá.  
Bendiciones del cielo de las alturas.  
Bendiciones del abismo que está abajo.  
Bendiciones de los pechos y del vientre.  
Las bendiciones de tu padre son mayores  
Que las bendiciones de mis progenitores;  
Hasta el término de los collados eternos,<sup>21</sup>  
Sea sobre la cabeza de José,  
Y sobre la frente del que fue separado<sup>22</sup> de entre sus hermanos.

Las alusiones a Benjamín se entienden por medio de una referencia a Ehud,<sup>23</sup> a Jueces 5:14; 20:16; 1 Crónicas 8:40; 12:2; 2 Crónicas 14:8; 17:17, y a la historia de Saúl y a la de Jonatán:

BENJAMÍN es lobo arrebatador;  
A la mañana come la presa,  
Y a la tarde reparte los despojos.

## Muerte de Jacob

Y ahora, después de pronunciar sus últimas bendiciones, Jacob vuelve a encargar a sus hijos que le sepulten en la cueva de Macpelá. Luego recogió sus pies en la cama, se acostó con toda calma, y sin suspiros o luchas entregó el espíritu, y «fue reunido con su pueblo».

---

<sup>19</sup><sup>19</sup> Salmos 1:3.

<sup>20</sup><sup>20</sup> Comp. Salmos 80:8–11.

<sup>21</sup><sup>21</sup> Es decir, como las montañas sobrepasan las llanuras, así las bendiciones que José recibe ahora son superiores a cualquiera de las que habían sido concedidas por los antepasados de Jacob.

<sup>22</sup><sup>22</sup> Es decir, en dignidad. La palabra hebrea es Nasir.

<sup>23</sup><sup>23</sup> Jueces 3:15.

Éste fue el final de Jacob, el padre más peregrino de los padres peregrinos. Su última voluntad fue cumplida al pie de la letra. Una vez pasado el primero y natural período de dolor de José, «mandó a sus servidores médicos que embalsamasen a su padre»; ya fuese para llevar a cabo el trabajo ellos mismos como para supervisarlos. El proceso duró cuarenta días,<sup>24</sup> y setenta días, como era su costumbre, le lloraron los egipcios. Al final de dicho período, José, por la obligación de su deber, solicitó, aunque no personalmente, porque no podía aparecer ante el rey con su vestidura de luto, a Faraón permiso para él y su comitiva para ir a sepultar a su padre en la tierra de Canaán. La procesión del funeral incluía, además de José «toda la casa de José», «sus hermanos, y la casa de su padre», también «todos los siervos de Faraón, los ancianos de su casa, y todos los ancianos de la tierra de Egipto» (es decir, los principales oficiales del estado y de la corte, bajo la guardia de «carros y gente de a caballo»). Una compañía tan influyente y «grande» naturalmente evitaría, por temor a enfrentamientos, el territorio de los filisteos, por el cual pasaba el camino directo desde Egipto. Tomaron la ruta indirecta atravesando el desierto y pasando alrededor del Mar Muerto (significativamente, la misma que posteriormente tomó Israel a su vuelta de Egipto) y se pararon en la orilla oriental del Jordán, en Goren-ha-Atad, «la era del espio», o tal vez «la era de Atad». La narración del funeral, como el del embalsamamiento, y naturalmente todas las demás alusiones, concuerda exactamente con lo que sabemos por los monumentos y la historia de Egipto. La costumbre de procesiones de funerales existía en todas las provincias de Egipto, y encontramos representaciones de las mismas en las tumbas más antiguas. Como hace notar un erudito alemán: «Al ver las representaciones en los monumentos, casi podemos imaginar que estamos viendo la caravana del funeral de Jacob». En Goren-ha-Atad se realizaron más ritos de duelo durante siete días. Naturalmente los habitantes de la región estaban curiosos ante el «llanto grande a los egipcios», pero, alterando la pronunciación ligeramente: «llanto grande de los egipcios». Aquí los egipcios se quedaron atrás, y únicamente los hijos y la casa de Jacob estuvieron alrededor de su sepulcro en Macpelá.

Durante su vuelta a Egipto parece ser que los hermanos de José tuvieron un pensamiento sin razón para ello. ¿Qué pasaría si José, estando su padre muerto, decidía vengar todo el mal que había sufrido de manos de ellos? Poco conocían su corazón o apreciaban sus motivos. Sólo la idea de ver que pensaban esto provocó las lágrimas de José. Incluso si hubiese tenido sentimientos de amargura en su corazón —dijo—, «¿Acaso estoy yo en el lugar de Dios», para interferir en su guía de las cosas? ¿No había quedado claro que, cualquier mal que ellos habían planeado realizar, «Dios lo encaminó a bien»? Con tales afirmaciones, y asegurando que cuidaría de ellos con amor, disipó sus temores.

José vivió otros cincuenta años en Egipto. Tuvo el gozo de ver la bendición de su padre en su incipiente cumplimiento. Los hijos de Efraím de la tercera generación, y los nietos de Manasés «fueron criados sobre las rodillas de José». A la buena y avanzada edad de ciento diez años, al sentir que la muerte se le acercaba, reunió a «sus hermanos» a su alrededor. José estaba colmado de honores en Egipto; había fundado una familia, sobre la cual ninguna estaba en situación más elevada. No obstante, su último acto fue repudiar Egipto, y escoger la suerte de Israel: pobreza, desprecio y peregrinación; renunciar al presente, a fin de aferrarse al futuro. Fue un noble acto de fe, auténtico como el de sus padres.

---

<sup>24</sup> Todos estos detalles son auténticamente egipcios: el número de médicos al servicio de José, porque en Egipto cada médico trataba sólo un tipo especial de dolencia; el duelo, que siempre duraba setenta días; y el proceso de embalsamamiento, que tenía una duración de cuarenta a setenta días. Había dos formas de embalsamar, además de la de los pobres; la más elaborada costaba unas 250 £, y la más sencilla por unas 81 £. Primero se extraía el cerebro por las fosas nasales; luego se hacía una incisión en el costado izquierdo y se extraían los intestinos, excepto los riñones y el corazón. A continuación se rellenaba el cuerpo con diversas especias (excepto olíbano), se cosía, y se empapaba de natrum, que se encuentra en los lagos de natrum de Egipto, y consiste en carbonato, sulfato y nuriato sódicos. Aquí omitimos a propósito una gran cantidad de pormenores, tales como el uso de vino de palmera para lavar las partes interiores, el pintado ocasional de las uñas, la envoltura elaborada del cuerpo con byssus, y diversos detalles. Sorprende cuán perfectamente se conservaban todas las partes del cuerpo, incluidas las facciones, con este procedimiento. El cuerpo era colocado en una caja rectangular o, con mayor frecuencia, en una caja con forma de momia. Nuestra descripción se refiere sobre todo al tipo más caro de embalsamamiento.

## Muerte de José

Sus últimas palabras fueron las siguientes: «Yo voy a morir: y Dios os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob». Y su última hazaña fue la de tomar un solemne juramento a los hijos de Israel, de llevarse los huesos de José a la tierra de la promesa. Obedientes a su voluntad, embalsamaron su cuerpo, y lo pusieron en uno de esos ataúdes egipcios, generalmente de madera de arce blanco, parecidos a la forma del cuerpo humano. Y allí, a través de las edades de sufrimiento y esclavitud, estuvo el ataúd de José, con su forma humana, preparado para ser levantado y sacado de allí cuando llegara la hora cierta de la liberación. De este modo, aunque José estaba muerto, todavía hablaba a Israel, diciéndoles que eran sólo moradores temporales en Egipto, que sus ojos debían apartarse de Egipto y mirar a la tierra de la promesa, y eso tenía que esperar con la paciencia de la fe hasta la hora en que Dios ciertamente cumpliría su propia promesa por gracia.

Cuando al final de este período de la historia del pacto miramos alrededor, nos parece como si en ese mismo momento era cuando «el temor de una gran oscuridad» estaba cayendo sobre Israel, el cual experimentó Abraham cuando le fue mostrado el futuro de sus descendientes.<sup>25</sup> La relación personal entre el cielo y la tierra había ya cesado. Desde que Jacob pagara su voto en Betel,<sup>26</sup> ninguna manifestación personal de Dios, como las que tan a menudo habían animado a sus padres y a él mismo, fue concedida jamás, excepto a su entrada en Egipto,<sup>27</sup> y entonces con un propósito especial. Tampoco leemos de ninguna manifestación parecida durante toda la vida de José, tan llena de acontecimientos y pruebas. Y ahora continuarían largos siglos de silencio total. Durante todo ese cansado período, con la miseria de su esclavitud y la tentación de la idolatría cada vez mayor, no hubo ninguna voz del cielo ni manifestación visible que advirtiera o animara a los hijos de Israel en Egipto. Un modo de guía había sido eliminado durante un tiempo. Israel sólo disponía del pasado para sostenerse y ser guiado. Pero ese pasado, con su historia y sus promesas, era suficiente. Además, la antorcha de la profecía, la cual habían cogido las manos del moribundo Jacob, iluminaba el futuro que de otro modo permanecía oscuro. El hecho que la vida de José, que formaba el gran eje de la historia de Israel, había acontecido sin manifestaciones divinas visibles a él y a ellos ya era significativo. Porque incluso si su cuerpo sin sepultura parecía predicar y profetizar, también toda su vida parecería como un libro todavía sin abrir o sólo parcialmente abierto; una gran profecía no leída, que el futuro desvelaría. Y no meramente el futuro inmediato, en cuanto a lo que a Israel concernía, sino también el futuro más distante en cuanto concierne a la entera iglesia de Dios. Porque, aunque la persona de José no sea figura de los grandes hechos relacionados con la vida y la obra de Aquél que fue traicionado por sus hermanos, pero a quien «Dios ha exaltado con su diestra por Jefe y Salvador», sí lo son los acontecimientos principales de su vida.<sup>28</sup>

## *LOS VIAJES DE ABRAHAM*

Mesopotamia, llanura comprendida entre los ríos Tigris y Éufrates, estaba habitada en tiempos de Abraham por dos pueblos, uno semita, el acadio, que vivía en el norte; otro el sumerio, no semita, que habitaba en el sur. Entre sus ciudades más antiguas están Acad, Erec, Ur y Babel o Babilonia. Las excavaciones de Ur, en el sur, han dejado al descubierto calles enteras de tiempo de Abraham, templos y tablillas inscritas con los himnos que se entonaban en ellos.

---

<sup>25</sup> Génesis 15:12.

<sup>26</sup> Génesis 35:15.

<sup>27</sup> Génesis 46:2-4.

<sup>28</sup> Es importante indicar que la persona de José no es mencionada como figura de Cristo en el Nuevo o en el Antiguo Testamento. No obstante, resulta evidente que su vida es una gran figura en cuanto a su aplicación futura.

Aunque falte consenso entre los especialistas, la mayoría sitúa a Abraham entre los siglos XIX y XVII a.C. Sabemos que en el siglo XVII toda la región de Ur, famosa por su relativa fertilidad, fue escenario de saqueos y pillajes, debido a un cambio de régimen político, causado por el derrumbe del imperio de Hammurabi. En casos así, era obvio que los nómadas emigraran hacia otras comarcas donde vivir al menos en paz. Dentro de esas migraciones pueden situarse muy bien las de Abraham, que inicia su marcha hasta la tierra de Canaán, después de una indudable experiencia religiosa que le marcó de por vida.

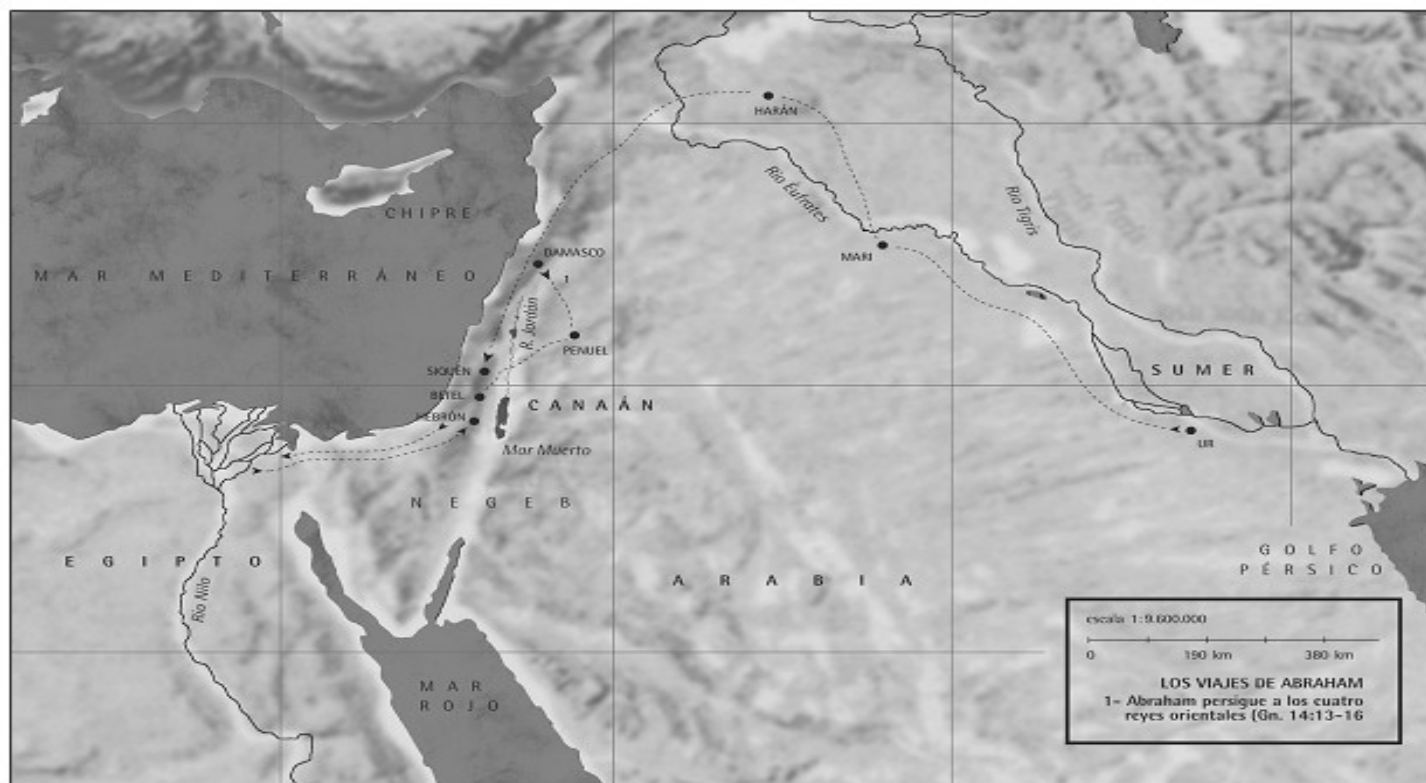
El clan del patriarca primero se dirigió a Harán, en el norte, probable origen de su padre Taré, donde murió y recibió sepultura. Esta ruta, que transcurría a lo largo del Éufrates, aseguraba el suministro de agua tanto para su gente como para sus rebaños. Harán era a la vez el punto de partida de las rutas caravaneras que conducían a los países occidentales. Abraham no era un simple nómada errante, las referencias bíblicas indican que poseía notables riquezas y prestigio. Es muy verosímil que esta riqueza estuviese representada por una gran caravana cuando salió de Harán.

De Harán a Canaán había la ruta de Damasco, que muy posiblemente tomara Abraham al dirigirse al sur. Durante los primeros diez años de sus peregrinaciones en Canaán, Abraham plantó sus tiendas en Siquem, donde Dios le prometió aquella tierra para su descendencia. Allí edificó un altar a Yahvé. Pasó después a Bet-el, donde erigió otro altar, invocando el nombre de Yahvé (Gn. 12:6–8). Se desató un hambre, y Abraham descendió a Egipto, donde, temiendo por su vida, y faltándole la fe entonces, dijo que Sara era su hermana; por su belleza, fue llevada a la casa del Faraón, pero Dios la protegió, y Abraham y Sara fueron expulsados de Egipto después de una reprensión (Gn. 12:10–20). Volvió a Canaán, y plantó de nuevo sus reales en Bet-el, ante el altar que había erigido antes (Gn. 13:3). Visto el gran incremento de sus riquezas en ganado, surgieron riñas entre sus pastores y los de Lot, por lo que decidieron separarse. Abraham cedió a Lot el derecho de elegir a dónde dirigirse (Gn. 13:9), y éste eligió el valle del Jordán (Gn. 13:11). Abraham entonces se encaminó al encinar de Mamre, en Hebrón (Gn. 13:18), declarando Yahvé que le daría toda la tierra que podía ver, a él y a su innumerable descendencia (Gn. 13:14–17). Allí entró en alianza con unos príncipes amorreos (Gn. 14:13), con quienes emprendió una expedición guerrera contra Quedorlaomer y otros reyes coligados con él, que habían invadido Sodoma y Gomorra, las habían saqueado, y se habían llevado cautivos a sus habitantes, incluyendo a Lot. Con el tiempo el patriarca se convirtió en lo que los árabes llaman un sheij, un jeque. Con sus tiendas, su ganado y centenares de hombres cruza las tierras de Canaán.

Al final de su vida Abraham sigue siendo totalmente un peregrino, y se ve obligado a comprar un terreno, la cueva de Macpela, propiedad de una familia hitita, para tener un sepulcro en la tierra (Gn. 23). En ella fueron enterrados Sara, Abraham, Isaac, Rebeca, Lea y Jacob. Tradicionalmente esta cueva ha sido localizada debajo del Haram el-Khalil en Hebrón, la cual es en la actualidad una mezquita musulmana.

#### Bibliografía:

- M. Collin., *Abrahán*. Editorial Verbo Divino, Estella 1987.  
William J. Deane, *Abraham, su vida y sus tiempos*. CLIE, Terrassa 1987.  
Angel González, *Abraham, padre de los creyentes*. Taurus, Madrid 1963.  
F. B. Meyer, *Abraham*. CLIE, Terrassa 1982.  
Thomas L. Thompson, *The Historicity of the Patriarchal Narrative. The Quest for the Historical Abraham*. Walter de Gruyter, Nueva York 1974.  
John Van Seters, *Abraham in History and Tradition*. Yale University Press, New Haven 1975.



Este material está disponible gratuitamente, con la única finalidad de ofrecer lectura edificante a tod@s aquellos herman@s que no tienen los recursos económicos para adquirirlo. Si usted es alguien financieramente privilegiado, utilice este material para su evaluación, y, si es de su gusto, bendiga al autor, editores y librerías, con la compra del libro.

[angelalbertoyjoanne@gmail.com](mailto:angelalbertoyjoanne@gmail.com)